BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM
CONVENTUS
CIVIT. BENITIÆ
Lit. 242 D
Pl.

EL

EVANGELIO MEDITADO.

VII.

PARIS, IMPRENTA DE MOQUET Y COMP.,
Calle de la Harpe, 90.

EL

EVANGELIO MEDITADO

Ó

MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

COMPUESTAS EN FRANCES

POR

EL ABATE DUQUESNE.

Nueva Edicion

revista y notablemente enmendada.

TOMO SÉPTIMO.

MADRID,

EN LA LIBRERIA DE RAZOLA.

PARIS,

LECOINTE, QUAI DES AUGUSTINS, 49.

—

1837

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/elevangeliomedit0000elab_w6d9

EL

EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION CLXXXI.

EL CIEGO DE NACIMIENTO SANADO POR JESUCRISTO. S. Juan c. IX, v. 1. XII.

Primero. Lo que precede esta sanidad. Segundo. Las circunstancia que la acompañan. Tercero. Los discursos que se tienen sobre ella.

PUNTO PRIMERO.

De lo que precede esta sanidad.

Primero. *Pregunta de los Apóstoles sobre este ciego.*—« Y pasando Jesus vió un hombre ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron ¿Maestro, quién pecó, este, ó sus padres, para haber nacido ciego..? » Habiendo salido Jesus del Templo, se retiraba con sus discípulos que lo habian alcanzado. En el camino encontró un hombre que habia nacido ciego, y como mostraba mirarlo con alguna aten-

cion, le preguntaron sus Apóstoles ¿Maestro, es acaso en castigo de las culpas de que este hombre debia hacerse personalmente reo despues de su nacimiento, el que él haya tenido la desgracia de nacer ciego; ó es acaso castigo de los pecados de sus padres...? Dos errores de la escuela Farisáica: el primero, que las aflicciones fuesen siempre pena de cualquier enorme pecado, ó sea que haya sido cometido por el paciente, ó sea que el pecado de los padres fuese castigado en los hijos. — El segundo: que Dios castigase á las veces anticipadamente los pecados que no se habian aun cometido, sino que preveia se debian cometer. — Si estos errores tienen alguna cosa de sorprendente en los Doctores de la Ley, no es menos sorprendente la respuesta de Jesucristo á sus discípulos.

Segundo. *Respuesta de Jesucristo sobre este ciego.* — « Respondió Jesus; ni este ni sus padres han pecado; mas para que en él se manifiesten las obras de Dios... » Sí; este ciego desde su nacimiento es el que está destinado para hacer manifiestas las maravillas de la potencia de Dios: este pobre, este mendigo es el que ha de hacer frente á toda la potencia de los Fariseos, y confundir su orgullo: este ignorante, y este hombre sin letras es el que ha de desconcertar toda la sabiduría de estos Doctores, y reducir á los extremos toda su ciencia, de manera que no sepan ya qué responderle. — ¡O Dios mio, cuán admirables son vuestros consejos, y cuán profundos vuestros juicios!

Consolaos pobres afligidos, mal aliñados en la persona, y privados de bienes de fortuna; vosotros podeis aun en este estado, ser los instrumentos de las maravillas de Dios. ¡Ah! tened solamente la resignacion, y la paciencia, y procurareis con esto su gloria, y conseguireis vuestra salvacion. Vosotros por el opuesto, temblad; vosotros, que habeis nacido en la opulencia, y con todas las ventajas del cuerpo, y del espíritu, temblad y temed, que el abuso que haceis de estos bienes, no os venga á hacer un ejemplo de terror, y que Dios no manifieste en vosotros el rigor de sus venganzas.

Tercero. *Discurso de Jesus en presencia de este ciego.* — « Conviene (prosigue Jesucristo) que yo haga las obras de aquel, que me ha enviado, entre tanto que es de dia; viene la noche, cuando ninguno puede obrar... » Jesus hablaba del milagro que queria obrar, y de la próxima muerte que debia sufrir... Despues de la muerte ninguno puede merecer. ¿Llegados á aquel término, qué no quisiéramos haber hecho? ¡Insensatos! Para trabajar esperamos el tiempo, en que no podremos ya obrar; ¿y perderemos siempre el tiempo precioso en que podemos? Entre tanto la muerte viene; la muerte se acerca. ¡Ah! Démonos priesa, pues, para prevenir aquellos amargos sentimientos, que causarian nuestra desesperacion, y hagamos ahora lo que querriamos haber hecho entonces... Añadió Jesus... « Entre tanto que yo estoy en el mundo, soy la luz del mundo... » Habia ya tenido Jesus este dis-

curso en el Templo, y aquí lo repite, en favor de aquel que está privado de la luz del dia, y á quien queria dar vista. Estos discursos se hicieron cerca del ciego de nacimiento. El es cierto, que los escuchó con suma atencion, y que de ellos concibió alguna esperanza. Probablemente este ciego habia ya oido varias veces hablar de Jesus. Aquí siente una tropa de personas, que discurren entre sí al lado de él, de las cuales una es preguntada bajo el hombre de maestro, y en esta calidad responde; explica la razon de su estado, y dice cosas las mas sublimes, y que todas tenian relacion con él. ¿Podia él por ventura no pensar, que fuese verosimilmente este aquel Jesus, de quien tanto se hablaba?—Admiremos la condescendencia de este Dios Salvador en preparar de este modo el espíritu de este mendigo, y aprendamos de él á poner toda la atencion posible á las instrucciones de Jesus, si queremos como él ser perfectamente dóciles, y obtener nuestra sanidad por nuestra obediencia.

PUNTO II.

De las circunstancias, que acompañan esta sanidad.

Primero. *De la accion de Jesucristo.* — Dicho esto, escupió en tierra, é hizo barro con la saliva, y ungió con el barro sobre los ojos del ciego... »

Todo esto es misterioso, y al mismo tiempo muy propio para excitar la fe y la obediencia. No comprendia el ciego estos misterios; pero la obediencia, que ve todas las razones del precepto, no es la mas meritoria. No nos dice el Evangelio el misterio de esta accion de Jesucristo. Muchos se comprenden en ella, que podemos meditar segun nuestra devocion. Hay quien en ella reconoce la imagen de la creacion del hombre, cuando Dios lo formó del lodo de la tierra: otros la de la encarnacion, cuando la sabiduría de Dios simbolizada en la saliva, se unió á nuestra carne; otros reconocen la de la comunion, y otros finalmente, la de los afectos terrenos, que nos ciegan, y de que Jesus comienza á hacernos la gracia de que sintamos su peso, cuando nos quiere sanar de ellos. Lo cierto es, que este lodo tenia relacion con el orden que Jesus queria dar al ciego, de ir á lavarse en el baño de Siloe; y que bien lejos de disminuir el esplendor del milagro, que se debia obrar, lo acrecentaba mas.

Segundo. *El mandado de Jesus.*—Y le dijo: « ve, lávate en la piscina de Siloe (palabra que significa el enviado)... » El Santo Evangelista nos indica bastantemente el misterio de estos baños, advirtiéndonos que *Siloe* quiere decir *enviado*. Era este uno de los nombres del Mesías en las Santas Escrituras, y el Salvador lo usaba frecuentemente, y aun ahora habia dicho que convenia que hiciese las obras de aquel que lo habia *enviado*. Con que

no por su propia virtud, sino por la de Jesucristo, del Mesías, del Enviado de Dios, podian estos baños sanar de la ceguera. Admirable figura de los baños saludables de Jesus, establecidos en su Iglesia : esto es, del Bautismo, y de la Penitencia. Hemos recibido el primero que nos ha sanado de la ceguera y del pecado original en que habiamos nacido; y bien presto hemos tenido necesidad del segundo. ¿Cuántas veces ha sucedido que Jesucristo nos ha ordenado ir á lavarnos, y nosotros no lo hemos hecho, ó hemos diferido hacerlo : ¿Y cuando hemos ido á él, con qué disposiciones, con qué fruto hemos recibido este sagrado baño?

Tercero. *De la obediencia del ciego al mandato de Jesucristo.* — Sabia el ciego, que era Jesus el que hablaba, ó sea que él mismo se hubiese nombrado al darle esta orden, ó sea que alguno de los discípulos le hubiese advertido,que era Jesus el que se la daba. — Primero. Su obediencia fue simple, y sin discurrir. Este hombre, que con tanta fuerza habló á los Fariseos, no discurre aquí con su Salvador; si lo hubiera hecho, estaba perdido; se hubiera quedado ciego, y se habria privado de todos aquellos bienes, que recibió, y de los que de aquí le vinieron. Un espíritu discursivo habria podido decir, ¿qué relacion hay entre este lodo, que se me pone en los ojos y mi sanidad? y cuando yo habré quitado este lodo de ellos, ¿qué cosa seré sino lo que era antes? — Segundo. Su obediencia fue penosa y sin lamentos. El ciego podia decir tambien,

si en mí se debe obrar un milagro ¿por qué no se hace aquí desde luego cuando ni el lodo, ni aquellas aguas tienen virtud alguna? ¿Si el que me ilumina es la luz del mundo, por qué no me ilumina en este lugar? ¿Y si finalmente es necesario, que yo me lave de este barro, nos faltan aquí otras aguas? ¿Por qué incomodarme en ir á aquellos baños? De hecho, es una cosa singular, que entre tantos enfermos, como sanó Jesucristo, á ninguno haya jamas hecho contribuir por sí mismo en cosa alguna para su sanidad, y parece que si se debia ordenar un viage, convenia, menos á un ciego, que á otro alguno... Pero en todo esto tenia Jesus sus designios. Si por una parte queria probar la obediencia del ciego, queria tambien por otra tener tiempo de retirarse, para no hallarse en aquel puesto, cuando seria obrado el milagro, y dar lugar á cuanto de él se siguió. Todo va medido, y lleno de sabiduría en la conducta de Jesus, y debemos creerlo siempre, aun cuando no veamos ni conozcamos razon ó motivo alguno.— Tercero. Su obediencia fue llena de fe, y obró sin positiva promesa. No le dijo Jesus, ves y sanarás, obedece, y recobrarás la vista; no, el ciego teniendo impreso en su corazon el discurso, que habia oido al Redentor, estaba bien persuadido, que el mandato que recibió, se le habia dado únicamente para su bien, y para su sanidad. No tiene necesidad de seguridad, ni de promesa; le basta el orden de Jesus para inspirarle la mas perfecta confianza. — Cuarto. Su obediencia fue

pronta, y sin dilacion. « Anduvo por tanto, y se lavó, y volvió viendo ya... » Fue ella una obediencia ciega de todos modos; y por eso recibió en el mismo instante su recompensa. El órgano de su vista fue restablecido, se abrieron sus ojos, y recibieron la luz, y él volvió á su casa alabando á Dios... ¡O luz del mundo, alumbradme, como alumbraste este ciego! ¡Ay de mí! Vos lo haríais, o Jesus mio, si como este ciego estuviera yo atento, y obediente á vuestra palabra.

PUNTO III.

De los discursos, que se tienen sobre esta sanidad.

Lo primero. *Consideremos el celo de este ciego ya sano.* — « De aquí es, que los vecinos y aquellos que lo habian visto antes mendigar, decian; ¿No es este aquel, que estaba sentado pidiendo limosna? Los unos decian, es el mismo, y otros no; sino que es uno que se le parece. Pero él decia; yo soy... » Apenas volvió el ciego con vista de los baños de Siloe, se esparció la fama del hecho y de todas partes de la ciudad corria la gente en tropas á su casa para certificarse. Los vecinos y los que lo habian visto pedir limosna y que habian tenido muchas veces compasion de su estado, andaban diciendo entre sí ¿No es este aquel ciego, que se estaba allí sentado y mendigaba? Es él, sin duda afirmaban

unos; no, decian los otros, es alguno, que se le parece. Le era molesto al ciego iluminado este discurso; no podia oir un lenguage tan injurioso á la gloria de su Bienhechor, sin partírsele el corazon. Se encendia su celo, y por sí mismo se presentaba á los incrédulos, para convencerlos y desengañarlos. Sí, yo soy, les decia; yo mismo soy; no lo dudeis; el mismo que era ciego de nacimiento, soy yo; y ahora todos bien lo veis, que veo, que no estoy ya ciego. — Una persona iluminada recientemente por Jesucristo, movida de Dios y sinceramente convertida, debe esperar, que se tendrán muchos discursos sobre su cambiamiento; pero no debe temerlos, ni evitarlos; ni tampoco fingir ó disimular; sino confesar sus errores, su conversion, lo que ella es, y lo que ha sido, dar la gloria á Dios y desengañar, si es posible, á aquellos que de esto se harian materia de burla, ó de escándalo.

Lo segundo. *Consideremos la ingenuidad de este ciego sano.*— «Y le decian. ¿Cómo te se han abierto los ojos? Respondió él aquel hombre, que se llama Jesus, hizo lodo, y ungió mis ojos y me dijo, ve á la Piscina de Siloe y lávate. He ido, me he lavado y veo... » Esta exposicion era breve y clara, su simplicidad sola formaba un convencimiento. No deseaba él otra cosa, que el hacer saber á todo el mundo lo que en su favor se habia obrado contándolo con una admirable ingenuidad y con el mas vivo reconocimiento.— ¡Ah! No temamos de decir lo que nos ha desengañado del mundo y de sus va-

nidades, felices de nosotros si contándolo, podemos desengañar á otros; sino, mostremos á lo menos nuestro reconocimiento para con Dios; y hagámonos mas constantes en nuestras santas resoluciones.

Lo tercero. *Consideremos el dolor de este ciego sano.*— « Y le dijeron, ¿dónde está aquel? Respondió, no lo sé... » Podemos pensar, que fuese para él un gran motivo de dolor el ignorar el lugar, en que se hallaba Jesus su Bienhechor. ¡Ah! Si lo hubiese sabido, estaria sin duda á sus pies, para darle gracias por el grande favor que habia recibido. Pero nosotros, nosotros sabemos donde él está. ¿Cuál, pues, debe ser nuestra frecuencia en ir á buscarlo, á detenernos con él para agradecerle las innumerables gracias que nos ha hecho, y para pedirle las que aun está dispuesto á hacernos? Pero consuélate, o ciego, si no sabes dónde esté Jesucristo, continúa á agradecer el favor que te ha hecho, y en dar testimonio de él. Bien sabe Jesucristo dónde estás tú; sabe lo que tú haces por el, y lo que quisieras hacer, y sabrá tambien encontrarte cuando llegará el tiempo de premiarte con favores infinitamente mayores. — Si algunas veces parece que Jesucristo se retira de nosotros sin que sepamos el medio de buscarlo, y de encontrarlo, no nos perdamos de ánimo: seámosle fieles, y doblemos nuestra exactitud en cumplir todas nuestras obligaciones; bien presto volverá á nosotros, y por medio de nuevas consolaciones nos resarcirá la pena que nos ha ocasionado su ausencia...

Peticion y Coloquio.

Concededme, o Señor, aquellos sentimientos tan justos del ciego que habeis sanado, sentimientos sin los que poco me serviria haber sido iluminado con las luces de la Fe, porque vilmente caeria en las tinieblas del pecado. Haced, o Dios mio, que me sirva de la luz que me ilumina, para hacer las obras de la justicia, y para prevenir aquella noche de la muerte, despues de la cual no podré ya jamas merecer la gloria que Vos me prometeis. Amen.

MEDITACION CLXXXII.

EL CIEGO DE NACIMIENTO PRESENTADO Á LOS FARISEOS.
S. Juan, c. IX, v. XIII, XXXIV.

Consideremos primero. El primer interrogatorio del ciego en que triunfa la ingenuidad de la mala fe. Segundo. El interrogatorio del padre, y de la madre del ciego, en que la verdad triunfa de la política. Tercero. El segundo y último interrogatorio del ciego, en que el celo triunfa del Espíritu de seduccion.

PUNTO PRIMERO.

Primer interrogatorio del ciego de nacimiento, en que la ingenuidad triunfa de la mala fe.

Primero. *Triunfo de la ingenuidad sobre la mala fe en la declaracion del ciego.* — « Llevaron el que habia estado ciego á los Fariseos. Y era Sábado cuando Jesus hizo el barro, y le abrió los ojos... » Aquellos Judíos que fueron los primeros en preguntar al ciego, juzgaron que era necesario dar parte de este negocio al Tribunal de los Fariseos para que decidiesen qué cosa se debia pensar de

este hecho, y qué consecuencias se debian sacar de él, ó en pro, ó en contra de Jesucristo. Lo que irritaba á estos Judíos era que esta sanidad se hubiese obrado en un dia de Sábado, como si Jesucristo haciendo el barro con el polvo, y con su saliva, ó mandando en aquel dia al ciego á quien quiere dar vista, ir hasta los baños de Siloe, hubiese quebrantado en estas dos acciones la letra, ó el espíritu de la Ley. Se presentaron, pues, delante de los Fariseos, donde se puede presumir que concurriese una gran multitud de Pueblo, llevada de la novedad de la causa. Los Judíos que introdujeron al ciego ya sano, hicieron la relacion de cuanto habia sucedido á su propósito. Los Fariseos le hicieron á este hombre un nuevo interrogatorio, y dando muestras por su parte de su desinteres, y de una suma indiferencia, le ordenaron que dijese en su presencia cómo y de qué manera habia recuperado la vista... « De nuevo, pues, le preguntaban tambien los Fariseos en qué manera hubiese obtenido el ver... » La inocencia, y la simplicidad no se dejan atemorizar de las preguntas... El ciego ya sano, sin desconcertarse, y muy contento de tener ocasion de dar testimonio á su Bienhechor, les dijo: (en tres palabras) « puso lodo en mis ojos, y me lavé, y veo... »

Segundo. *Triunfo de la ingenuidad sobre la mala fe en la division que se forma entre los Jueces.* — Cuanto mas breve era esta declaracion del ciego, tanto mas apretaba. De hecho, ella produjo un

cisma entre los miembros del Consejo... « Y decian algunos de los Fariseos : (hablando de Jesucristo) No es de Dios este hombre que no observa el Sábado : otros decian, ¿cómo puede un hombre pecador hacer tales prodigios ? Y estaban entre sí divididos... » Los primeros miraban el hecho como bien verificado, y se remitian á la Ley, y al quebrantamiento del Sábado. Los segundos tenian por muy débil este efugio contra hechos de esta especie, y sostenian que admitiendose el hecho era necesario creer en Jesucristo, y mirarlo como enviado de Dios ; ó que si se miraba como un pecador era necesario negar el hecho, siendo imposible que un pecador obrase semejantes prodigios. La disension causaba ya ruido, y no hacia honor á ellos... Ella no hace menos estrépito, ni se hace menos pública entre aquellos que profesan el error, y siguen la impiedad. ¿Cómo es posible creer á unos maestros guiados tanto de la pasion ; tan vacilantes en sus principios ; y siempre determinados á sostener las paradojas mas increibles, y contradictorias, antes que creer á la evidencia de la verdad ?

Tercero. *Triunfo de la ingenuidad sobre la mala fe en la conclusion del ciego.* — No obstante la disension que reinaba en el Consejo, se aplicaron luego á la primera opinion que admitia el hecho, y condenaba al Autor del milagro, como trasgresor de la Ley del Sábado. Pero como este parecer no quedaba sin dificultad, quisieron hacerlo creible con apoyarlo en el sentimiento mismo de la Persona

interesada. Se vieron, pues, entonces por una vergonzosa é indecible extravagancia humillados los Jueces á preguntar su parecer á aquel que ellos debian juzgar. Una sola palabra que él hubiese dicho, ó equívoca, ó poco favorable á Jesus, les habria bastado; y se persuadieron que el temor ó la complacencia se la habria fácilmente sacado de la boca á un hombre plebeyo; á un mendigo que conocia su modo de pensar, y que debia estar sobrecogido de la magestad de su Tribunal. Pero ellos no conocian á aquel con quien hablaban.... « Dijeron por esto de nuevo al ciego: ¿Tú que dices de aquel que te ha abierto los ojos? Él respondió (sin detenerse, y con su ordinaria precision) que es un Profeta... » ¡O generoso defensor de la verdad, y cuán adelante te guiará este primer paso! Por una confesion semejante mereció la Samaritana conocer al Mesías, y la misma fortuna tendrás tú presto.— La fidelidad que se tiene á una verdad que se conoce, infaliblemente nos guia á conocimientos mas perfectos, mas útiles; y de mayor consolacion, como al contrario, el abuso que se hace de ella, no solo nos priva de las verdades que habriamos conocido, sino que nos hace tambien perder aquellas que ya conociamos.

PUNTO II.

Interrogatorio del padre y de la madre del ciego, en que la verdad triunfa de la política.

Primero. *La verdad triunfa de la política de los Fariseos.* — « No creyeron, pues, los Judíos que él hubiese sido ciego, y viese, hasta tanto que hubieron llamado los padres del que habia recibido la vista, y les preguntaron, diciendo : ¿Es este aquel vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora... ? » El ciego habia inferido de su curacion que Jesus era un Profeta. Era demasiado juiciosa esta conclusion, para no hacer impresion sobre el espíritu del pueblo; y justamente para impedir su efecto se aplicaron al segundo sentimiento, que negaba el hecho de la sanidad. Mas para poderlo negar con alguna sombra de verosimilitud, era necesario estudiar antes los medios de oscurecerlo, de enredarlo, y de debilitarlo; y esto esperaban poder hacer, citando al padre, y á la madre del ciego de nacimiento, y preguntándoles en términos que les hiciesen entrever lo que deseaban ellos, que dijesen. Por poco que hubiesen variado por temor en sus deposiciones, habria comparecido el hecho no mas que débilmente dudoso, y esto hubiera sido bastante para declararlo totalmente falso. Pero toda esta política, toda esta pompa de

jurídicas averiguaciones, y preguntas, acabó con hacer mas resplandeciente la verdad que querian oscurecer.

Segundo. *La verdad triunfa de la política de los Padres.* — « Respondieron los padres de él, y le dijeron : sabemos que este es nuestro hijo, y qué nació ciego. Como, pues, ahora vea no lo sabemos, ó quién le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos : preguntádselo á él ; edad tiene que hable él por sí mismo. Así hablaron los padres de él porque tenian miedo de los Judíos... » Estaban bien informados los padres del ciego : podian responder á todas las preguntas ; pero no tuvieron valor. Con todo, por tímida, y política que fuese su respuesta, la verdad no dejaba de comparecer en toda su mayor claridad. Es verdad que no lo decian todo ; pero en lo poco que decian, decian lo bastante para verificar el milagro. Si no se atrevieron á nombrar al Autor ; si se escusaron echando todas las cosas sobre su hijo fue timidez ; pero esta misma timidez daba nueva fuerza á su testimonio, y ponia fuera de duda, y de sospechas la deposicion que ellos hacian de que aquel era su hijo, y que habia nacido. — ¿Es acaso nuestro temor de los juicios de los hombres menos escusable? ¿Cuántas veces no ha espantado, de suerte que nos ha hecho faltar á los intereses de la verdad, y de la Religion!

Tercero. *La verdad triunfa de la política de la Sinagoga.*— « Porque habian ya decretado los Ju-

díos, que si alguno confesase á Jesus por el Cristo, fuese echado fuera de la Sinagoga... » Este decreto de la Sinagoga era notorio á todo el mundo, y las cabezas de los Judíos no podian hacer otra cosa mas propia para detener el pueblo, y alejarlo de recibir al Mesías. — He aquí ya la Sinagoga endurecida en su ceguedad; hela aquí declarada contra el Cristo, que ella habria debido reconocer la primera, para hacerlo conocer á los otros, hela aquí desde ahora, y para siempre la rival y la enemiga de la Iglesia, hasta que la verdad haya plenamente triunfado de ella. Pero su política será aun en el presente hecho desmentida. Sus amenazas y sus furores servirán antes bien á verificar la verdad, y á darle un nuevo esplendor.

PUNTO III.

Segundo interrogatorio del ciego de nacimiento, en que el celo triunfa del espíritu de seduccion.

Lo primero. *El celo triunfa del espíritu de seduccion y de engaño, dejando á parte las preguntas inútiles.* — Cuanto mas se esforzaban los Fariseos á oscurecer la verdad, tanto mas se hacia ella ver de ellos, y á los ojos de todo el pueblo. Con todo eso; como habian observado la timidez en los padres, esperaron que esta se habria comunicado al hijo, y que así podrian sacar de él una respuesta mas favorable, y

mas circunspecta; pero su corazon estaba inaccesible á todo sentimiento de temor, veia él con indignacion la mala fe, y la parcialidad de sus juicios; no podia sufrir el oir sus fraudulentas preguntas, y aquellos famosos Doctores de quienes muchas veces habia oido hablar, y que ahora veia por la primera vez, le parecieron dignos de todo desprecio.... « Llamaron, pues, de nuevo á aquel que habia estado ciego, y le dijeron, da gloria á Dios: nosotros sabemos que este hombre es pecador.... » Esta introduccion, en que los Fariseos afectaban un tono de celo y de religion, este discurso lo amargó, se veia en él demasiado ultrajada la gloria de su bienhechor, para que se pudiese contener: interrumpió la pregunta, y tomó la palabra sin esperar á ver qué cosa le querian preguntar, y les dijo, si él sea pecador, no lo sé: una cosa sé; que habiendo sido ciego, ahora veo... Con estas palabras dió directamente en el blanco.... De hecho ¿cuándo se trata de la fe, de qué sirven tantas inútiles preguntas como se hacen únicamente para mudar de medio, y hacer perder de vista el objeto principal? La impiedad, y la heregía, procuran siempre prevenir los espíritus contra aquellos que combaten sus dogmas. Estos impíos tienen la advertencia de proponer un objeto al odio del pueblo, para impedir que se vuelva la indignacion contra los que enseñan el error. Pero vamos al hecho; cuando la Iglesia ha hablado, cuando la Iglesia ha decidido, sean lo que se fuesen las personas, esto

nada importa á la cuestion, siempre nos queda que es necesario creer á la Iglesia, y someterse á lo que ha decidido, y á lo que enseña. Cuando se busca solamente la verdad, bien presto se halla, y no son necesarios tantos subterfugios; pero cuando se quiere oscurecer, entonces jamas se acaba.

Lo segundo. *El celo triunfa del espíritu de seduccion evitando las repeticiones.* — El orgullo de los Fariseos quedó sin duda herido de la vivacidad con que el ciego habia respondido sobre un punto de que no se le preguntaba; pero les convino disimular, y continuando la pregunta... « Le dijeron: ¿qué te hizo? ¿cómo te abrió los ojos...? » Los que se obstinan contra la verdad, no se cansan jamas de repetir objeciones, ya mil veces desatadas y destruidas, de hacer continuamente las mismas preguntas, y de volver incesantemente á las mismas dificultades. La malicia y el embarazo de los Fariseos unidos á aquel aire de autoridad, de gravedad y de Religion que afectaban, eran despreciables, y al mismo tiempo ridículos: Nuestro ciego, que los conocia bien, refutó la pregunta que le habian hecho, y se hizo de ella una materia de burla y de befa... « Les respondió, os lo he dicho ya, y lo habeis oido, ¿por qué quereis oirlo de nuevo? Quereis por ventura ser tambien vosotros sus discípulos?... No era necesario tanto para hacer perder la paciencia á los Fariseos... *Lo cargaron de oprobios*, de anatemas, de injurias, y de maldiciones, de las cuales la mas terrible, segun ellos, fue de-

cirle... « Tú seas su discípulo, nosotros somos discípulos de Moises... » Moises es el Maestro que nosotros seguimos; este nos basta, no queremos otros. Tal era la ceguedad de los Fariseos; les parece que lo han dicho todo, nombrando á Moises. Pero Moises los desecha, porque les ha anunciado el Mesías, y ellos no lo creen. Ninguno se abandona al error, sin presumir del Maestro que sigue. Yo tengo mi razon, dice el impío; pero la razon lo condena, porque ella nos descubre la necesidad que tenemos de otra luz, y él no la quiere. Reconozco un Dios, dice el Deista; pero Dios lo condena; porque él ha hablado bien claro, para obligarnos á escuchar á su Hijo, y él no lo escucha. Tengo el Evangelio, dice el Herege, no tengo necesidad de Concilios, ni de nuevas decisiones; pero el mismo Evangelio lo condena, porque nos envia á las decisiones de la Iglesia, y él no las recibe.

Tercero. *El celo triunfa del espíritu de seduccion, rebaticndo y probando con solidez.* — Los Fariseos para justificar sus sentimientos, y traer así el pueblo, añadieron: « Nosotros sabemos que habló Dios á Moises; pero este no sabemos de dónde sea.... » Inflamado con estas palabras el valor del generoso confesor de Jesucristo, esfogó su celo, y con otra tanta razon, que vivacidad « respondió, y les dijo; y aquí justamente está la maravilla, *que vosotros...* » Los Fariseos que haceis punto de honor de ser sabios, y que os haceis nuestros Doctores... *Vosotros* « no sabeis de dónde él sea... » Este hombre de

quien ni siquiera os dignais informaros ciertamente, « hoy abrió mis ojos. « Ahora sabemos... » Y vosotros mismos nos enseñais esta verdad incontrastable.... « Que Dios no oye á los pecadores... » ni á los impíos, confirmando con milagros sus blasfemias y su impiedad.... « Pero el que honra á Dios, y hace su voluntad, este es oido de Dios.... » ¿Y de qué milagro se trata ahora entre nosotros? De un prodigio sin ejemplo desde el origen de los siglos, de la sanidad de un hombre que nació ciego... « Desde que el mundo es mundo, no se ha oido decir que alguno haya abierto los ojos á un ciego de nacimiento, si este no fuese de Dios, nada podria hacer... » No solamente no podria hacer un tan grande milagro, sino que nada podria hacer.... Aquí podemos y debemos conocer el cumplimiento de aquella grande promesa de Jesucristo, hecha á sus Apóstoles, asegurándoles, que cuando fuesen citados delante de los Jueces, el Espíritu Santo les sugeriria las palabras que debian decir.... Debió toda la Asamblea quedar extremamente sorprendida al ver tal firmeza de ánimo y rectitud de razonamiento en un hombre como este. No habian sufrido jamas los Fariseos una escena humillante como esta, ni supieron de dónde sacar términos bastantemente fuertes para exprimir su resentimiento... Desgraciado « le respondieron, y dijeron; tú has nacido lleno de pecados.... » La maldicion de Dios te cogió en el instante mismo en que naciste; eras tú indigno de ver el dia, has vivido mi-

serable, tú eres el desecho de los hombres... « *¿Y tú nos enseñas...?* Sal de aquí, y haz que ya ninguno te vea... « Y lo echaron fuera... » Y lo declararon excomulgado, indigno de entrar en el Templo, y excluido para siempre de la Sinagoga... Así se terminó esta gran causa, y la Asamblea se deshizo.

Peticion y Coloquio.

Dichoso ciego, ¡cuán gloriosa es tu suerte! tú eres echado de la Sinagoga reprobada, para ser admitido en la Iglesia del Mesías, y ocupar en ella un puesto distinguido. Tú eres el primero que ha sido citado delante de los Magistrados por el nombre de Jesus. Tú el primero le has dado testimonio delante de los Tribunales, tú el primero has confundido sus enemigos, y has sido el primero hecho anatema por él, y ciertamente apenas lo conocistes. ¿Qué harias si lo hubieses bien conocido, y recibido su Bautismo y su espíritu? ¡Ay de mí! yo he recibido este santo Bautismo, y este divino espíritu, ¿pero tengo amor, celo, y ardor? ¡Ah! Haced, o Dios mio, que á vista de un tal ejemplo, nada me atemorice en serviros, que no me detenga ya mas el respeto humano, que la presencia de los mundanos, que el temor de algunos dichos y desprecios, y la aprension de las mas terribles vejaciones, no me impidan ya el hablar y obrar por vuestra causa. Amen.

MEDITACION CLXXXIII.

EL CIEGO DE NACIMIENTO INSTRUIDO POR JESUCRISTO.
S. Juan, c. IX, v. XXXV, XLI.

Primero. Jesus encuentra este ciego. Segundo. La advertencia que hace al Pueblo. Tercero. Su respuesta á los Fariseos.

PUNTO PRIMERO.

Jesus encuentra al ciego.

Primero. Jesus se le acerca.... « Oyó Jesus que lo habian echado fuera, y habiéndolo encontrado le dijo: ¿crees tú en el Hijo de Dios?... » El ciego vejado por los enemigos de Jesucristo, se hizo siempre mas digno de la misericordia de este Dios Salvador, y no pasó mucho tiempo sin que fuese sensiblemente consolado de la persecucion que habia sufrido. Quiso Jesucristo recompensar su generoso defensor comunicándole una luz mucho mas grande y superior á la del cuerpo que le habia dado.... Fué luego á buscarlo; se le acercó el primero, y

por un favor no concedido hasta ahora á otro alguno le dijo: « ¿Crees tú en el Hijo de Dios?... » ¡Qué bondad en Jesucristo! Siempre se gana alguna cosa en su servicio, y un favor de que se haga buen uso, es siempre la prenda segura de otro mucho mas señalado.... La misma bondad usó con nosotros Jesucristo.... En nuestro Bautismo, y antes que estuviésemos en estado de poder hacer alguna cosa por él nos fue preguntado de su parte, si creiamos en él, y desde nuestra infancia se nos enseñó á creer en él, ¿pero si ahora nos lo preguntasen qué responderiamos? ¿Qué? Nosotros creemos en el Hijo de Dios, y cada dia quebrantamos su ley: hablamos de su religion como impíos: asistimos sin devocion á sus misterios, y estamos en su presencia sin respeto alguno! ¡Cuántas profanaciones, y cuántas prevaricaciones! ¿Y somos nosotros los que creemos en el Hijo de Dios?

Segundo. *Jesus le manifiesta su Divinidad.* — El ciego ya sano reconocia á Jesucristo por un Profeta, y por un hombre enviado de Dios, pero cuando oyó este gran nombre de Hijo de Dios, ya no supo si aquel de quien hablaba Jesus fuese el mismo ó si fuese un otro. Bien le decia su corazon que era él, pero no se arriesgaba á fiarse de los sentimientos de su amor y de su reconocimiento. Determinado á creer á Jesucristo sobre su palabra, sin temor de que el que le habia dado el uso de la vista, pudiese engañarlo, ardiendo de deseos de ver al Hijo de Dios; y siempre lisonjeado de la dulce esperanza

que aquel seria su bienhechor.... « Respondió y dijo: ¿Quién es, Señor, para que yo crea en él? .. » ¡Ah! Estaba ciertamente bien dispuesto este corazon. ¡O cuán acepta era al Señor esta disposicion. Si la tuviésemos tambien nosotros, bien presto seriamos iluminados.... No se engañó el ciego en su expectacion... « Le dijo Jesus; y lo has visto, y el que hablaba contigo ese mismo es... » ¿Quién podrá decir de qué admiracion, y de qué júbilo tan inefable fue sorprendido á esta declaracion este nuevo prosélito?

Tercero. *Jesus recibe su adoracion.* — Apenas el Divino Salvador se dió á conocer á este fervoroso neófito, penetrado este hombre de respeto, y trasportado de alegría y de amor, exclamó y dijo: « Señor, yo creo.... » De este modo, nuestro ciego es tambien el primero que haya adorado públicamente á Jesucristo, como á Hijo de Dios... Tantas prerogativas nos deben ciertamente hacer bien respetable este mendigo, y aquí debemos reconocer el cumplimiento literal de aquella palabra que habia avanzado Jesucristo: *que este hombre habia nacido ciego, para que en él se manifestasen las obras de Dios....* ¿Pero cuál fue su adoracion? Ella fue interna y llena de fe; ella fue exterior y llena de humildad, cual la exigia el objeto de su fe, y la calidad de Hijo de Dios en aquel que él adoraba: y ella fue pública, y sin respeto humano á la vista de todo el pueblo, y de los enemigos mismos de Jesucristo.... ¿es así la nuestra? ¡Ah! digamos

tambien francamente, que si Jesucristo aceptó aquella favorablemente, debe desechar la nuestra, y castigarla severamente.

PUNTO II.

Advertencias de Jesus al pueblo.

Cuanto habia agradado á Jesucristo la accion del ciego que habia sanado, tanto le desagradó la infidelidad de los Fariseos. Bien lo dió á entender con aquellas palabras que en el momento mismo enderezó al pueblo que se habia juntado... « Jesus dijo: Yo he venido á este mundo para hacer juicio, para que los que no ven, vean; y los que ven, se hagan ciegos... » Esto es, he venido á este mundo para ejecutar los decretos eternos de Dios, el cual, por razones ocultas, abre los ojos del espíritu á aquellos que estan en ceguedad, y cubre de una funesta ceguedad á aquellos que se creen mas iluminados y se glorian de enseñar á los otros el verdadero camino de la salud. Este juicio de una misericordia infinita para con los unos, y de un castigo terrible sobre los otros, ¡o y cuántas veces se ha ejercitado y aun se ejercita!

Lo primero. *Sobre los Gentiles y sobre los Judíos.* — Los Gentiles sepultados en las tinieblas de la idolatría han recibido al Mesías y la luz del Evangelio, y los Judíos revestidos de esta luz, instruidos

de Moises y de los Profetas, testigos oculares del Mesías, lo han desechado, lo han crucificado, han perseguido su Iglesia, y han hecho todos los esfuerzos para sofocarla en la cuna.

Lo segundo. *Sobre los pueblos del nuevo mundo, y sobre los del antiguo.* — Los primeros salvages y bárbaros se han despojado de su inhumanidad; han entrado, y entran hasta ahora á tropas en el seno de la Iglesia Católica, para vivir con una pureza y un fervor, que nos causa vergüenza, y que es digno de los primeros siglos del cristianismo, mientras que entre nosotros, pueblos enteros han abandonado la fe de la Iglesia, han cambiado las máximas de la subordinacion y de la docilidad, aprobadas y seguidas de sus padres, han reconocido nuevos maestros sin mision, y sin aprobacion, y los han preferido á los que Jesucristo les habia dado, y á los que habia prometido su eterna asistencia, y les habia mandado escuchar como á él mismo.

Lo tercero. *Sobre los humildes y sobre los orgullosos.* — Aquellos pequeños, é ignorantes á sus propios ojos, caminan con simplicidad en la fe, conocen y gustan á Dios, observan su Ley, viven una vida inocente, desprecian los bienes del siglo presente, esperan los eternos, y mueren deliciosamente en esta santa esperanza; mientras que estos soberbios por su grandeza y sus riquezas, ó hinchados de su saber, descuidan del pensamiento de su alma, ignoran la ciencia de la salud, no tienen mas atencion que para los bienes y diversiones del

siglo; y no comprenden cosa alguna en los caminos de Dios. — ¡O abismo profundo de los juicios de Dios! ¡Ah! No me cegueis, o Señor, á mí que me he criado en medio de tantas luces, y que tanto tiempo he abusado de ellas: antes bien, tened piedad de mi ceguedad; haced en mí un dichoso cambiamiento. Abrid mis ojos, para que yo os vea; vea á Vos solo y á vuestra santa voluntad, y ignore todo lo demas.

PUNTO III.

Respuesta de Jesus á los Fariseos.

« Y lo oyeron algunos de los Fariseos que estaban con él, y le dijeron: ¿somos acaso ciegos tambien nosotros? Jesus les dijo: si fuérais ciegos no tendríais culpa: pero ahora porque decís vemos, subsiste vuestro pecado... » Esto es: si vosotros os creyérais tan ciegos, como en efecto sois, buscaríais quien os instruyese y luego saldríais del error, y no estaríais en pecado; pero vosotros pensais que lo sabeis todo, y que no se os puede enseñar cosa alguna de nuevo: este es el motivo porque jamas saldreis de vuestra infidelidad; vosotros os quedareis siempre ciegos. — Consideremos en estas palabras tres suertes de ceguedad.

Primera. *Hay una ceguedad comun á todos los hombres que debe cada uno disipar, en cuanto le sea*

posible. — No preguntemos ya con los Fariseos, si somos ciegos; sino reconozcámoslo, y confesémoslo con humildad. Si, somos ciegos sobre nuestras pasiones y sobre sus peligrosas consecuencias: sobre nuestros pecados, y sobre la necesidad de hacer penitencia: sobre nuestras obligaciones, y sobre su importancia: sobre nuestros escándalos, y sobre sus consecuencias: sobre el uso del tiempo, y sobre la cuenta que debemos dar de él: somos ciegos en las cosas de Dios; en los misterios de Jesucristo; en los caminos interiores; en el estado de nuestra conciencia, y en los escondrijos de nuestro corazon; y somos finalmente ciegos en otras mil maneras. ¡Ah! humillémonos, apliquémonos, instruyámonos, y pidamos á Dios que nos ilumine. Guardémonos sobre todo de huir la luz, por el temor de vernos obligados á obrar el bien.

Segunda. *Hay una ceguedad involuntaria que Dios sabe excusar.* — Los Gentiles, antes que les fuese anunciado el Evangelio, no podian sujetarse á él: los pueblos salvages ó remotos, donde no se ha predicado aun Jesucristo, no pueden reconocerlo y adorarlo, y sobre este punto no tienen pecado. Si nosotros mismos hubiésemos quebrantado una ley que ignorábamos con una ignorancia invencible; si en nuestras confesiones hechas, hubiésemos tenido alguna omision considerable sin culpa nuestra despues de un diligente examen, y con una sincera voluntad de no esconder ni ocultar cosa alguna, en esto no tendriamos pecado. Si sobre este

particular tenemos solamente temores inciertos, sin que se presente á nuestra memoria cosa alguna determinada, no nos dejemos atemorizar de vanos escrúpulos, que no servirian de otra cosa, que de hacernos aflojar en el camino de la perfeccion. El Dios á quien servimos es Santo, pero es justo: conoce nuestra flaqueza, y no nos manda cosas imposibles.

Tercero. *Hay una ceguedad obstinada contra la luz misma que nosotros debemos detestar.* — Tal era la de los Fariseos, los cuales contra la evidencia de las Profecías y de los milagros, se obstinaron en no reconocer en Jesucristo el Mesías, y decian: nosotros vemos, nosotros somos los Doctores de la Ley; y con esto alucinaban al pueblo, y lo alejaban de creer en él. — Tal es la ceguedad de los impíos, los cuales, contra la evidencia de las pruebas de la revelacion, se obstinan en no reconocerla, y dicen: nosotros vemos, nosotros somos espíritus fuertes, estamos criados fuera de todo prejuicio; y con esto arrastran en su impiedad á los espíritus superficiales, ya dispuestos para esto por la corrupcion de las costumbres. — Tal es la ceguedad de los Heresiarcas, de las cabezas de partido; los cuales contra la evidencia de la autoridad de la Iglesia, se obstinan en desechar sus juicios, y dicen: nosotros vemos, nosotros somos sabios, profundos teólogos; nosotros penetramos el sentido de las Escrituras; nosotros poseemos la doctrina de los padres, y con esto se llevan tras sí en la rebelion los espíritus

vanos y orgullosos, amigos de la novedad. — ¡O infelices Doctores! espíritus fuertes y sabios, seria ciertamente mejor para vosotros que fuéseis ciegos é ignorantes; pero porque por vuestra propia confesion teneis luces, y aun creeis tener mas que las que de hecho posceis, por esto subsiste vuestro pecado: subsiste, porque no se puede excusar por la ignorancia: subsiste porque vuestra obstinacion os hará perseverar hasta la muerte; y subsiste finalmente porque por un fatal contagio se perpetuará de edad en edad, y os hará responsables de todos los pecados de que el vuestro habrá sido el amargo origen.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor, preservadme de aquella falsa sabiduría que hace al hombre orgulloso, é indocil, porque es sabio á sus propios ojos. No me abandoneis en poder de mis pasiones ni de mis prevenciones. Perdonadme los pecados de ceguedad y de ignorancia; perdonadme los pecados que no conozco; concededme vuestra luz para que los conozca, y vuestra santa gracia para que me corrija de ellos: dignaos, o Jesus, de hacerme oir en lo mas profundo de mi corazon, aquellas palabras de consuelo que enderezásteis al ciego que sanásteis. — « Aquel que contigo habla ese mismo es... » Ese es el Hijo de Dios. Está, pues, atenta alma mia: aquel que ves bajo las especies consagradas; aquel

que te habla internamente, y que quiere dignarse de entretenerse contigo, es el mismo; es el Hijo de Dios, es tu Salvador: alégrate, derrítete en lágrimas de gozo y de ternura, consúmete de amor de un Dios tan grande y tan poderoso, y al mismo tiempo tan bueno y tan amable. Amen.

MEDITACION CLXXXIV

ULTIMO DISCURSO DE JESUCRISTO EN JERUSALEN, DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS, Y DE HABER SANADO AL CIEGO DE NACIMIENTO.

S. Juan, c. X, v. 1, v.

JESUS ES EL VERDADERO PASTOR.

Jesus es el verdadero Pastor. Primero, por la manera con que entra en el rebaño. Segundo, por la manera con que trata con las ovejas. Tercero, por la manera con que se portan con él las ovejas.

PUNTO PRIMERO.

Jesus es el verdadero Pastor, por la manera con que entra en el rebaño.

« En verdad, en verdad os digo, el que no entra en el redil por la puerta, sino que sube por otra parte, es ladron y asesino. Pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas; á este abre el portero... »

Lo primero. *Consideremos cuál es el sugeto de esta*

parábola. — Tuvo Jesucristo este discurso en la ocasion del ciego de nacimiento y de la resolucion, que tomaron las cabezas de los Judíos, de echar de la Sinagoga á cualquiera que creyese que Jesucristo fuese el Mesías. Para entrar en el sentido alegórico, es necesario primero comprender bien el sugeto, ó sea el sentido material, que era familiar á los Judíos; pero que se nos ha hecho extraño, por el cambiamiento de costumbres y de usos. El cuidado de criar los rebaños habia sido la ocupacion de los Patriarcas, y constituia aun en las campañas la riqueza de la nacion. Conviene representarnos el orden, que reinaba, y el uso que se practicaba en las casas de estos pastores opulentos, que tenian numerosos rebaños de todas las especies. Cada rebaño estaba confiado á un cabeza, que ayudado de otros, si era necesario, lo conducia, y lo volvia otra vez al lugar destinado. A proporcion, que por la tarde llegaban las manadas, y entraban en sus diferentes apriscos ó estacadas, el que se llamaba portero cerraba con la llave cada una de estas divisiones, y llevaba á casa del Señor las llaves. Por la mañana, el portero volvia á coger las llaves, y abria á las guias del rebaño segun que se presentaban. — Como el rebaño de las ovejas es el mas delicado, y exige mayor atencion, es tambien el mas manso, y al que se tiene mas afecto. Este es el motivo porque este tenia frecuentemente por pastor al Dueño mismo, ó á su hijo. Sobre este último rebaño, y sobre su pastor funda justamente el Sal-

vador su alegoría, y bajo de esta imagen tan llena de dulzura, y de ternura nos representa la relacion que hay entre él y nosotros. ¡O y cuánto debemos enternecernos! ¡O Divino Pastor de mi alma; yo soy una oveja vuestra, conducidme, no me abandoneis, en Vos pongo toda mi confianza, y todo mi amor!

Lo segundo. *Consideremos como el Salvador ha entrado por la puerta.*—Jesucristo, como verdadero Pastor, se pone aquí en oposicion con el ladron ó asesino, que buscaba solo robar, y matar las ovejas. El discernimiento es facil de hacerse. Si alguno entra en el redil, ó subiendo por alguna abertura, por una ventana, ó por el techo, es seguramente un ladron. Pero aquel á quien abre el portero, y que entra por la puerta, aquel es el verdadero pastor. Ahora ¿de qué manera se ha hecho conocer Jesucristo por Pastor de nuestras almas? ¿Cómo ha entrado en el redil? Al presentarse, todas las puertas, por hablar así, se le han abierto. Desde su nacimiento, han comenzado á cumplirse en él todas las profecías, y han continuado á cumplirse hasta el dia mismo de su muerte. Juan Bautista lo ha anunciado, le ha allanado los caminos, lo ha mostrado, se ha dejado oir la voz del Padre, y lo ha nombrado, sobre él ha reposado el Espíritu Santo, el poder de los milagros lo ha acompañado por todo el tiempo, y ha autorizado todas sus acciones, y toda su mision. Este es un entrar seguramente por la puerta al rebaño. No tenian, pues,

razon los Fariseos para no reconocer un Pastor tan legítimo, y tan autorizado.

Lo tercero. *Consideremos quiénes son aquellos que han entrado por otro lado.* — ¿Por dónde han entrado tantos que se dicen iluminados, tantos entusiastas, tantos seductores? ¿Por dónde ha entrado Mahoma, para hablar solo de este, como del mas conocido hoy en dia, y del mas célebre? Se presentó seiscientos años despues del establecimiento del cristianismo, que él ha copiado en cuanto ha podido; pero de su persona, de su venida, de sus acciones, de su vida, de su muerte, ni siquiera una sombra se halla en los Profetas. Esta puerta estaba para él cerrada. Menos aun le estaba abierta la de los milagros. Confiesa él mismo, que no ha sido enviado para hacer milagros. ¿Cómo, pues, ha entrado él...? Como un ladron, como un asesino, por fraude; vendiendo visiones absurdas, de que ninguno ha podido ser testigo; por violencia, tomando las armas, y poniéndolas en manos de aquellos que se unian á él; por medio de lisonjas, contentando las mas violentas pasiones, la ambicion y la impureza, de que él mismo daba el ejemplo.

¿Con qué pudor se atreven, pues, los impíos de nuestros dias á poner en comparacion á Mahoma, y Jesucristo: el mahometismo, y el cristianismo? No, no, no puede subsistir alguna comparacion en este género: Jesucristo es Hijo de Dios: es el verdadero Pastor de nuestras almas. La legitimidad de sus títulos no se puede contrahacer. Os adoro,

o divino Pastor de mi alma, me sujeto á vuestra conducta; yo no temo engañarme, mientras sea fiel en seguiros.

PUNTO II.

Jesus es el verdadero Pastor por la manera con que trata á sus ovejas.

« A él abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y llama por sus nombres sus ovejas, y las lleva fuera, y cuando ha echado fuera sus ovejas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz... » El verdadero Pastor hace tres cosas.

Primera. *Llama á sus ovejas cada una por su nombre;* por el nombre, que él mismo les ha dado. He aquí como Jesucristo nos conoce á todos... Llegado el tiempo destinado, nombró sus Apóstoles, eligió sus discípulos; llamó una infinidad de almas dóciles, que se unieron á él. A nosotros tambien nos ha llamado, por decirlo así, desde el seno de nuestra Madre; nos ha dado nuestro nombre en el santo Bautismo. Desde aquel momento somos nosotros del número de sus ovejas; nos conoce, tiene los ojos sobre nosotros y nos ama.

Segunda. *El verdadero Pastor camina delante de sus ovejas.*— Así antiguamente el Pastor conducia su rebaño; caminaba delante, mientras que algunos criados se estaban detras, para impedir que alguna

oveja se huyese. — Así hizo con nosotros nuestro Salvador. Nada nos ha mandado que no haya practicado él mismo. El primero entró en los caminos de la virtud, de la santidad, de la penitencia, del desinteres y de la paciencia. Se encaminó el primero al suplicio y á la muerte, bajó al sepulcro, resucitó glorioso, y subió triunfante á lo mas alto de los cielos. He aquí donde nos guia, he aquí el camino por donde nos lleva, si somos fieles en seguirlo.

Tercera. *El verdadero Pastor hace oir su voz á sus ovejas.* — Abierto el redil por el portero, comienza á hacer oir su voz á su amado rebaño; despues se pone á la frente de él y no cesa por el viage de hacer oir á sus ovejas su voz, para que sepan dónde está él, y por dónde pasa: con ellas se entretiene; las llama y las anima á seguirlo... Esto es lo que el Salvador ha hecho con sus instrucciones: lo que hace aun con las Santas Escrituras; con la voz de los pastores, que entre nosotros tienen su lugar; con los libros de piedad que nos hablan en su nombre; con los buenos pensamientos que nos inspira; con las luces que nos comunica y con las internas consolaciones que nos hace gustar. ¡O y cuán dulce es esta voz, cuán íntima es, y de cuánta consolacion! ¡O verdadero Pastor de mi alma; cuántos medios de salud! ¡Seré ciertamente muy culpado, si no me aprovecho de ellos!

PUNTO III.

Jesus es el verdadero Pastor por la manera con que las ovejas se portan con él.

Lo primero. *Las ovejas lo siguen.*— ¡Cuántas almas generosas y fieles han seguido á este Divino Pastor! ¡Cuántas lo han seguido en el desierto y en la soledad, en el ayuno y en la humillacion; en los trabajos apostólicos, en las persecuciones y en las humillaciones, en los sufrimientos, en los tormentos, hasta sobre el Calvario y sobre la Cruz, y finalmente en el Cielo donde ahora reinan eternamente con él.

Lo segundo. *Las ovejas conocen su voz.* — Su voz es tan afectuosa; su habla es tan conforme á las luces mas puras de la conciencia y á los sentimientos mas nobles del corazon, que es facil, cuando se quiere reconocerla por la voz del verdadero Pastor. La reconocen los Santos, la creen, y en ella confian con una total seguridad; saben que es su Dios el que les habla, que los instruye, que les promete; y sobre una seguridad bien fundada, lo siguen y por él emprenden todas las cosas. ¿Entendemos nosotros su voz? ¿Sabemos que ella es voz suya? ¿Por qué, pues, no la seguimos? Los que siguen á un impostor, no es su voz la que siguen; es la voz de sus propias pasiones y de su corazon corrompido.

Lo tercero. *Las ovejas huyen del extraño.*— « Pero no van detras de un extraño, antes huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños... » Así han hecho los Santos y hacen las almas fieles. Una palabra contra la fe, contra la religion, contra la docilidad á los pastores, contra la sumision á la Iglesia, una palabra contra la caridad, contra la obediencia, las afana, las espanta, las pone en fuga.— ¿Hacemos nosotros lo mismo? ¿No es antes bien esta voz extraña, la que amamos, la que nos agrada, la que nos encanta y á la que aplicamos nuestras orejas con mas gusto que á la de nuestro divino Pastor? ¡Ah! Si es así, no nos lisonjeemos de ser del número de sus ovejas! No podemos serlo, sino cuando huiremos de estos engañadores y los tendremos en horror y abominacion.

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! ¿Con que yo no soy del número de las ovejas de mi divino Salvador? ¡Y qué vileza para mí, el quedarme atras! ¿No me moveré yo jamas, ni del amor del divino Pastor que me precede; ni del ejemplo de aquellos, que lo siguen; ni de la recompensa con que me convida? ¡Ah! Señor; Vos sois el verdadero Pastor, á Vos únicamente me uniré y huiré de todo extraño que quiera alejarme de Vos; hacedme oir vuestra voz en lo mas íntimo de mi corazon; instruidme en público y en secreto,

iluminadme en mis dudas, consoladme en mis penas; socorredme en mis males, en mis flaquezas y en mis necesidades, y conducidme á Vos en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION CLXXXV.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO, DESPUES DE HABER SANADO AL CIEGO DE NACIMIENTO.

S. Juan, c. X, v. vi, x.

JESUS ES LA PUERTA.

« Esta comparacion les dijo Jesus; mas ellos no comprendieron, qué cosa les dijese; y Jesus les dijo, otra vez, en verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta de las ovejas. Todos cuantos han venido son ladrones y asesinos, y las ovejas no los han escuchado. Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo y entrará y saldrá y encontrará pasto. El ladron no viene sino para robar y matar, y para destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en mas abundancia... » Los Judíos nada entendieron de la primera Parábola que Jesucristo les propuso. La oscuridad que á ellos les escondia el sentido, era el castigo de su infidelidad. Les propuso luego otra segunda en el mismo género, pero tampoco de esta entendieron

cosa alguna : pero la una y la otra debian servir un dia para instruirnos y edificarnos : este es el espíritu, con que debemos meditar esta, aplicándola á nuestras necesidades. Jesus, respecto de nosotros es la puerta, primero, de la fe; segundo, de mision evangélica ; tercero, del estado que debemos abrazar; cuarto, de la vida interior ; quinto, de la vida eterna...

PUNTO PRIMERO.

Jesus es la puerta de la fe.

La fe es aquella, por la que se va á Dios y por Jesucristo las almas sencillas y fieles reciben esta fe, que las conduce á Dios. Todas las escrituras, el antiguo y el nuevo Testamento tienen á Jesucristo por objeto ; solo por la fe en este divino mediador se puede ir á Dios, agradarle y obtener la dicha de poseerlo ; todos aquellos que han anunciado á los hombres otro camino, han sido otros tantos ladrones y asesinos. Las ovejas ; los que buscan á Dios con sinceridad, no los han escuchado ; se han fastidiado de las quimeras y de los vanos discursos de la filosofía, han detestado la supersticion y la impiedad de la magia, y han reconocido la mentira y el oprobio de tantos impostores, que han remedado á los hombres inspirados *. De hecho ¿ no

* Actor. c. V, v. XXXVI, XXXVII.

sentimos nosotros dentro de nosotros mismos que estamos en el camino de la salud, desde que estamos unidos á Jesucristo y entramos por esta puerta misteriosa ? ¿ Qué abundancia, qué variedad de pastos no encontramos nosotros ? ¡ O y cómo es sólido, saludable y delicioso el nutrimento ! Allí todo lleva el caracter de la verdad y de la santidad; todo se sostiene, todo es conforme á las necesidades del hombre y á sus achaques, y le ofrece de qué llenar la vasta extension de todos sus deseos. No nos dejemos, pues, jamas separar de Jesus y de la sucesion de los pastores, que él ha establecido en su rebaño. El mundo, el demonio, la impiedad, la heregía nos solicitan solo para perdernos y ocasionarnos la muerte. Solo en Jesus y en el seno de su Iglesia podemos hallar la vida de la fe, y allí la encontramos con toda la abundancia y con todas las delicias que puede desear un corazon que ama á Dios, con la sólida esperanza de verlo, de vivir de él y reinar con él eternamente.

PUNTO II.

Jesus es la puerta de la mision Evangélica.

Todo Ministro del Evangelio que no entra por Jesus en el santo ministerio, es un ladron, que solo intenta robar, matar y destruir. Sobre la tierra hay solamente una mision legítima, que sube hasta Je-

sucristo y hasta Dios. Dios ha enviado su Hijo; Jesus Hijo de Dios ha enviado sus Apóstoles; estos y sus sucesores han dado la mision á los ministros inferiores. Cualquiera, que por sí mismo se introduce, ó recibe la mision de algun otro distinto de aquellos que ha establecido Jesus para gobernar su Iglesia, es un intruso, es un asesino, y los que lo siguen no serán jamas reconocidos por Jesucristo, como del número de sus ovejas. Es, pues, una extraña ceguedad en los pueblos de la Gran Bretaña, el persuadirse que sus pastores puedan recibir una mision legítima de la autoridad lega, ó sea de la potestad soberana. — Demos gracias á Dios de estar sujetos á los pastores, que han entrado por Jesucristo y cuya mision sube hasta él. Alegrémonos de un tan grande beneficio y aprovechémonos de los pastos saludables, santos y abundantes, en que ellos nos guian.

PUNTO III.

Jesucristo es la puerta del estado, que debemos abrazar.

Ninguna cosa hay mas importante para nuestra felicidad sobre la tierra, que la eleccion de un estado. — Entremos en un estado, en un cargo, en un empleo solo por medio de Jesus y en él nos salvaremos, en él encontraremos mil virtudes que practicar, mil buenas obras, que hacer, y aun en

nuestras penas y en nuestras aflicciones encontraremos consuelo; porque Dios nos sostendrá en él. Pero si nos empeñamos, si entramos, ó si salimos de él por motivos humanos, por pasion, por interes, por ambicion, por amor de nosotros mismos; ¡ay de mí! ¡á qué peligros nos exponemos! En vez de ser del número de las ovejas dóciles, contentas y satisfechas, vendremos á ser de mil maneras ladrones y asesinos.

PUNTO IV.

Jesus es la puerta de la vida interior.

¡Feliz el alma que entra en esta vida de recogimiento, de oracion, de mortificacion, de amor de Dios, de renuncia de sí mismo, de piedad y de devocion! Halla en ella delicias y una sobreabundancia de consolaciones desconocidas á la tibieza y á la disipacion. Es cosa del todo singular y solamente conocida esta vida en la Iglesia Católica. No oimos hablar de ella en otra parte; no vemos en otra parte algun libro sobre esta materia; ni menos algun ejemplo en la vida de los personages mas ilustres. — Trabajemos, pues, para entrar en este camino, para vivir una vida enteramente interior y para conduc otros á ella: sin esto temamos de caer en las man s de los ladrones, que no tienen otra intencion, que la de perdernos.

PUNTO V.

Jesus es la puerta de la vida eterna.

¡Ah! Aquí es donde se halla la abundancia de la vida y la sobreabundancia de las delicias, por su número, por su calidad y por su infinita duracion... ¡Ay de mí! ¡Cuándo se me abrirá esta puerta de la vida eterna! ¡Cuándo os veré, o Divino Jesus! ¡Cuándo os poseeré, o tierno y caritativo Pastor de mi alma! ¡Cuándo introducireis Vos esta vuestra ovejilla en aquel celestial pasto, donde nada tendrá ya que temer y nada que desear! ¡Ah! Lejos de mí ahora y para siempre todo aquello que podria, aunque por poco separarme, ó alejarme de mi Divino Salvador.

Peticion y coloquio.

Apartad y alejad de mí ¡o Jesus! estos ladrones, estos asesinos, estos enemigos de mi salud, que no respiran otra cosa, ni otra cosa desean que mi perdicion. Defendedme de sus emboscadas y de sus violencias: conservadme con Vos y cerca de Vos: finalmente sea yo enteramente y para siempre vuestro. Amen.

MEDITACION CLXXXVI.

FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO, DESPUES DE HABER SANADO AL CIEGO DE NACIMIENTO.

S. Juan cap. X, ver. XI, XVIII.

JESUS ES EL BUEN PASTOR.

Bajo la alegoría de un buen pastor anuncia Jesus á los Judíos los misterios de su Muerte, de su Resurreccion y de su Iglesia. Para entrar bien en el sentido de esta Parábola, debemos observar la semejanza y la diferencia que se hallan entre un buen pastor en el sentido material y Jesucristo Pastor de nuestras almas. Por esto, consideremos primero, cuál es la generosidad. Segundo, cuáles son los conocimientos. Tercero, cuál es el amor del buen Pastor.

PUNTO PRIMERO.

De la generosidad del buen Pastor.

Lo primero. *Da la vida por sus ovejas.*— « Yo soy el buen Pastor: el buen Pastor da la vida por sus ovejas... » El buen Pastor en el sentido material, da su vida; esto es, por defensa de sus ovejas se expone á veces á riesgo de perder la vida; pero en

el mismo exponerse al peligro, se defiende lo que puede. No lo hace así Jesus: por salvar á sus ovejas, se expone á una muerte cierta, á la ignominia y á los mas crueles suplicios. Él solo es el buen Pastor por excelencia, y da verdaderamente su vida por sus ovejas.

Lo segundo. *Defiende sus ovejas del lobo.*— « Pero el mercenario y aquel, que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir el lobo y deja las ovejas y huye; y el lobo arrebata y esparce las ovejas.. » He aquí la diferencia que hay entre el buen Pastor y el mercenario. ¡Pero cuánto es aun mayor la diferencia que se halla entre este Pastor y el divino Pastor de nuestras almas! El pastor libra sus ovejas de una muerte temporal; pero Jesucristo nos libra de una muerte eterna; nos libra del furor del demonio, que nos arrastraba al infierno y borra en nosotros el pecado, á que se habria seguido un suplicio eterno. — ¿Qué vendrian á ser los hombres sin Vos? ¿Y qué vendria á ser yo mismo; o divino Pastor, si no hubiéseis dado por mí la vida? ¿Cuál hubiera sido mi suerte en la eternidad? Vendria á ser presa del demonio y el infierno hubiera sido mi habitacion eterna. — Esto no basta aun: el pastor preservando sus ovejas del lobo, no las libra de una próxima muerte, sino para conservarlas á una muerte segura; pero Jesucristo muriendo por nosotros, no solo nos libra de una muerte eterna, sino que tambien nos procura una vida eterna, y nos hace dignos del cielo. — ¡O Dios, qué extre-

mos! ¡El infierno, ó el cielo! ¿Y cuál medio? La muerte de Jesucristo; la cual nos libra del uno y nos hace obtener el otro... ¡O muerte, o beneficio! ¿puedo yo asistir á la memoria, que cada dia se renueva de ella sobre nuestros altares, sin quedar penetrado de la mas tierna, y mas generosa gratitud...? Fuera de esto : el pastor salva sus ovejas, por su propia utilidad, mas no lo haceis así Vos, generoso Pastor. Vos no os alimentais de la carne de vuestras ovejas; sino por el contrario, vuestras ovejas se alimentan de la vuestra. ¡Qué misterio! ¡Qué profundidad! ¡Qué caridad!

Lo tercero. *Tiene cuidado de sus ovejas como de cosa suya propia.* — « El mercenario huye, porque es mercenario, y no se cuida de las ovejas... » El mercenario es un siervo asalariado, de quien no son propias las ovejas. El Pastor es el Hijo del Señor, y heredero de su casa. Un mercenario que conduce el rebaño no irá ciertamente á exponer su vida por las ovejas que nada le importan. No hay otro que el pastor, no hay otro que su Hijo que sea capaz de una tal generosidad, porque son suyas propias las ovejas. ¡O cuánto mas pertenecemos nosotros á Jesucristo, de lo que pertenezca un rebaño á su Señor! Como Dios nos ha criado; como Hombre, Dios su Padre, lo ha constituido Heredero universal de todos sus bienes : le ha dado los Angeles, y los hombres, y ha puesto bajo de sí toda la naturaleza. Nosotros somos suyos : somos sus ovejas : él es nuestro Señor : es nuestro Pastor, y nues-

tro buen Pastor, que por nosotros da su vida. Y ¡o cuánto mas le pertenecemos despues que él la ha dado por nosotros, y nos ha rescatado con su muerte! ¿Quién podrá comprender jamas la fuerza, y la dulzura de este título? ¿Quién podrá decir jamas que amor pida de nosotros? ¿Qué sumision, qué confianza, qué ternura no le debamos? Él ha muerto por nosotros, porque eramos suyos: ¿Cuánto mas seremos suyos despues que ha muerto por nosotros? No hay título de propiedad, ni mas grande, ni mas noble, ni mas tierno.

PUNTO II.

De los conocimientos del buen Pastor.

Lo primero. *Conoce sus ovejas.* — « Yo soy el buen Pastor, y conozco las ovejas mias... » ¿Qué conocimiento tiene Jesucristo de nosotros? El mas íntimo, el mas universal. Conoce lo que somos por vicio de nuestra naturaleza, y lo que podemos ser por la fuerza de su gracia. Conoce el bien, y el mal que hay en nosotros: nuestras infidelidades, y los esfuerzos que hacemos para agradarle. No se le oculta alguna de nuestras acciones, ni alguno de nuestros pensamientos. ¡O y cuán atentos nos debe hacer esta reflexion! ¡Cuánto nos debe animar y consolar!

Lo segundo. *Se da á conocer á sus ovejas.* —

« Conozco mis ovejas, y las mias me conocen, como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre, y pongo mi vida por mis ovejas... » La relacion que hay entre Jesus, y nosotros tiene por modelo la relacion que hay entre su Padre y él. Su Padre lo conoce, y él conoce á su Padre; así Jesus nos conoce á nosotros, y nosotros lo conocemos á él. ¡O y cuán nobles son estas ideas! ¡Cuán grande y sublime es la Religion Cristiana! Como el Padre se manifiesta al Hijo, así el Hijo se descubre á nosotros. Las almas fieles lo conocen; conocen su grandeza, y su amor; conocen sus preceptos, y sus ejemplos; sus deseos y sus inclinaciones, y se uniforman á él. Crecen cada dia en este conocimiento, y cada dia crecen en su amor. ¿Soy yo de este número? Las ovejas conocen su Pastor: ¡Ay de mí! ¡Cuánto tiene de que confundirme el instinto de estos animales! ¡Estos conocen á su pastor, y yo no conozco al mio!

Lo tercero. — *Conoce la manera de aumentar su rebaño.* — « Y tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es necesario que yo las traiga, y escucharán mi voz, y será hecho un solo aprisco, y un Pastor... » El pastor que quiere aumentar su rebaño, no es aun dueño y señor de las ovejas que tiene designios é intencion de adquirir, y no las conoce aun. Solo Jesus puede decir: « Tengo otras ovejas, las que es necesario que yo junte... » Hablaba de los Gentiles; hablaba de nosotros; nosotros ya le perteneciamos, y ya nos conocia; pero

estábamos bien lejos de no conocerlo, y de entender su voz. Su palabra se ha verificado; nosotros vemos su cumplimiento. Vemos la Iglesia esparcida en todo el universo; formar un solo cuerpo debajo de una Cabeza invisible que está en los Cielos, y bajo una Cabeza visible, su Vicario en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro, dejado por Jesucristo á su Iglesia en esta calidad, el cual confirió el primero el Bautismo á los Gentiles. * ¿Dónde, pues, se halla hoy en dia en las sectas separadas de la Iglesia esta unidad de rebaño y de cabeza? Si para ellas es Jesucristo el único Pastor ¿por qué tienen otros sobre la tierra? Y ya que no pueden estar sin otros pastores ¿dónde está para ellas sobre la tierra el punto de reunion, el centro de la unidad, el Vicario de Jesucristo, el sucesor de San Pedro? ¿Es posible que no puedan ver por solo este caracter, que no es ya una Iglesia reformada la que han hecho, sino una porcion de la Iglesia que han separado, una manada que han cortado, un pueblo que se ha retirado, y que ya no se halla en la unidad del rebaño, ni bajo la unidad de los Pastores?

* Act. cap. X.

PUNTO III.

Del Amor del buen Pastor.

« Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi vida para volverla á tomar. Ninguno me la quita, sino que yo la pongo por mí mismo, y tengo potestad para ponerla, y tengo potestad para volverla á tomar; este mandamiento he recibido de mi Padre... » Aquí cesa toda comparacion entre Jesucristo y un Pastor. El amor consumado en la Cruz llegó á su colmo, y á un punto que no puede tener ejemplo en las criaturas. Un padre no puede mandar á un hijo suyo morir por su rebaño; estimaria mas perder el rebaño, que savarlo á costa de un hijo amado. No hay otro que Dios que pueda dar una tal orden á su hijo; porque hay un Dios solo que dando á su Hijo este primer mandamiento, esto es, el de morir, pueda darle el segundo, esto es, de resucitar. ¡Ah! penetremos en cuanto nos sea posible este misterio de amor, reconociendo en él nuestra felicidad, y nuestras obligaciones.

Lo primero. *Del amor de Dios Padre para con su Hijo, y para con nosotros.* — En los designios de Dios no podiamos nosotros ser reconciliados con él, sin que quedase satisfecha su justicia, y para atis facerla plenamente, ha querido que su Hijo

muriese de una muerte infame y cruel. Le dió para esto la orden expresa; se la ha intimado, y ama á su Hijo, porque este Hijo obediente y sumiso ha ejecutado puntualmente la orden tan rigurosa. Pero ordenándole dar su vida, le ordena volverla á tomar. Sin esto no habria sabiduría en el orden, y la obediencia del Hijo quedaria sin recompensa. La gloriosa Resurreccion del Hijo en nada disminuye el mérito de sus sufrimientos y pasion, sino hace que no queden perdidos para él. Hace que aquel que realmente ha muerto por obedecer á su Padre, y por salvarnos, esté en estado de gozar del amor de su Padre, y tenga el derecho de exigir el nuestro. ¡Ah! ¡Qué misterio! ¡Qué caridad! ¡Dios ordena á su Hijo que muera por nosotros! ¿Y podemos nosotros tener un corazon, y no quedar arrebatados de admiracion, y encendidos de amor?

Lo segundo. *Del amor de Dios Hijo para con su Padre, y para con nosotros.* — No obedeció Jesucristo á su Padre por fuerza, sino por amor. Entró en todos los sentimientos, y en todas las voluntades de su Padre: conoció en ellos la equidad, la sabiduría, la caridad inmensa... « Como el Padre me conoce á mí, y yo conozco al Padre, y doy mi vida por mis ovejas... » Como nos ha amado su Padre, él tambien nos ha amado: como su Padre ha querido que muriese por nosotros, él por nosotros ha querido morir: esta muerte por su parte ha sido perfectamente voluntaria; y puro efecto de su amor. Ninguna cosa podia contra él la potencia de

sus enemigos, la malicia de los demonios, la crueldad de los verdugos : dueño de dejar la vida, y de volverla á tomar otra vez, ha sido condenado á la muerte por nuestros pecados, y ha resucitado para nuestra justificacion; esto es, la muerte que ha padecido obra en nosotros, y significa la muerte del pecado, por el que él ha satisfecho; y la vida que ha vuelto á tomar obra en nosotros, y significa la vida de la gracia, de la reconciliacion con Dios, y de la justificacion en que nos ha restablecido. Jesucristo se ha dado todo enteramente á nosotros; su vida, su muerte, su resurreccion, y su gloria todo es para nosotros. ¿Por qué, pues, no es todo suyo nuestro corazon? ¿Por qué no es suyo todo lo que nosotros somos?

Lo tercero. *Amor que debemos al Padre, y á Jesucristo su Hijo.*—Nosotros debemos amor por amor, vida por vida. Si somos fieles á cumplir esta obligacion, tendremos el amor del Padre, y la resurreccion, y la gloria del Hijo. A nosotros mira como miembros de Jesucristo el duplicado precepto de morir y de resucitar; Dios nos lo impone, y en cumplirlo está nuestra felicidad. Muere el ciudadano por su Príncipe y por su Patria; muere el hombre por necesidad de naturaleza, y en pena del pecado : pero si muriendo así no morimos al mismo tiempo por Dios, por obedecerle, y en union con la muerte de Jesucristo, la muerte para nosotros es una pura pérdida, y nos priva de poder con ella gustar la gloria, y recibir la recompensa;

mas la muerte en Jesucristo es un esfuerzo de amor, cuyo fruto todo entero lo gozaremos nosotros en una vida eterna.

Peticion y coloquio.

¡O buen Pastor que habeis querido morir por nosotros! ¿Qué otra cosa puedo yo desear sobre la tierra, sino la gloria, y la felicidad de morir por Vos, á fin de reinar eternamente con Vos? Amen.

MEDITACION CLXXXVII.

DE LA DISENSION OCASIONADA ENTRE LOS JUDIOS POR EL DISCURSO PRECEDENTE.

S. Juan, c. X, v. XIX, XXI.

DE TRES ESTADOS DE LUZ EN ORDEN A LOS MISTERIOS DE JESUCRISTO.

Primer estado el de los Judíos al tiempo del Salvador : segundo, estado el de los Cristianos en este mundo : tercer estado el de los Justos en el Cielo.

PUNTO PRIMERO.

Primer estado el de los Judíos al tiempo del Salvador.

El primer estado es aquel en que se hallaban los Judíos cuando el Salvador les hablaba. El grado de luz que recibian era aun debil y rodeado de nubes. Pero no obstante la oscuridad esparcida en los discursos del Salvador, si sus corazones hubieran sido dóciles, y hubieran estado bien dispuestos, fácilmente se hubieran reunido en la misma Fe,

y Jesucristo hubiera sido reconocido de todo el mundo por Hijo de Dios, por el Mesías, por el Salvador de los hombres; pero las pasiones no permitian jamas esta uniformidad de sentimientos. Hubo disension y division entre los Judíos, con la ocasion de la sanidad obrada en el ciego de nacimiento... « Nació nuevamente disension entre los Judíos por estos discursos... »

Primero. *Los unos desecharon la luz.* — Ciegos de sus prejuicios, y de sus pasiones, nada entendieron de este discurso, ni sacaron de él cosa alguna. Si á lo menos se hubieran quedado en silencio, habrian sido en algun modo escusables, pero la pasion no vive tranquila, ella calumnia, ella está en continuo movimiento. Los mas ciegos son los primeros á decidir, y á pretender iluminar á los otros... « Muchos de ellos decian; él es un endemoniado, y ha perdido el juicio ¿por qué lo oís?... » He aquí como os han tratado los hombres, o Salvador mio, en el tiempo mismo en que los instruís sobre el exceso de vuestro amor, y sobre la felicidad que estábais resuelto á procurarles.

Segundo. *Otros vieron la luz.* — « Otros decian; estas palabras no son de endemoniado... » Bien que estos no comprendiesen todo el sentido del discurso del Salvador, no dejaban de descubrir en él alguna cosa de grande, y de resplandeciente, que estaba bien lejos de ser el lenguage de un endemoniado, y de un insensato. Tuvieron valor de decirlo en alta voz, y sostener la causa de

Jesucristo, oponiendo su sentimiento al de sus enemigos. Una reflexion tan sabia debia destruir la calumnia, y contener sus funestos efectos.

Tercero. *Algunos finalmente recurrieron á otra luz.* — « ¿Puede por ventura el demonio abrir los ojos á los ciegos?... » No comprendian estos, en verdad, el discurso de Jesus; pero al fin, allí se hallaba el ciego de nacimiento, su sanidad justificaba este discurso, y le quitaba suficientemente la oscuridad. No, decian estos, un demoniado no da la vista á los ciegos, y el demonio no puede comunicar un tal poder. Apoyados sobre la evidencia del milagro, y contentos con la luz que en él hallaban, esperaban el tiempo para que se aclarase; y esperándolo, creian en aquel que hablaba con tanta magestad y dulzura, y que al mismo tiempo obraba tan grandes prodigios. ¿Cómo, pues, no se rindieron los primeros á un razonamiento tan simple, á una prueba tan sensible? Con todo sucedió lo contrario. Los primeros estaban privados de toda razon, y oponian solo absurdos; pero armados de calumnia, y sostenidos de la cabala, triunfaron finalmente por abuso de la pública autoridad: debia Jesus quedar debajo, y así cumplió el sentido de sus divinas palabras; pero vino despues el tiempo que triunfó; y resucitando, hizo triunfar la verdad, que desechada de los Judíos fue recibida en todo el mundo. ¡Ah! seais bendito, o divino Jesus, por haber guiado así todas las cosas á su fin, para gloria de vuestro Padre, y para nuestra salvacion.

PUNTO II.

Segundo estado el de los Cristianos en este mundo.

El segundo estado, ó sea el segundo grado de luz, es aquel en que estuvieron los Judíos al tiempo de la predicacion de los Apóstoles, y en que estamos actualmente nosotros mismos. Este grado infinitamente mas perfecto que el primero, nos ha explicado todo el sentido de la Parábola. No obstante esto, el mismo cisma que se suscitó entre los Judíos, se halla aun entre nosotros.

Primero. *Los unos desechan la luz, y porque nada comprenden, no quieren creer cosa alguna.* — Un Dios hecho hombre, Hijo de Dios, muerto por nuestros pecados; todo esto les repugna, y sin mas examen, lo tratan de necedad, y blasfeman lo que ignoran.

Segundo. *Otros ven la luz.* — Sin comprender toda la sustancia de estos inefables misterios, descubren en ellos tanta grandeza, magestad, orden y sabiduría que reconocen fácilmente en ellos la obra de Dios: y esto es, lo que nos sucederá á nosotros mismos á la medida que los meditaremos con atencion, con fe, y con pureza de corazon.

Tercero. *Otros finalmente han recurrido á otra luz*, á la luz exterior que rodea los misterios, á los milagros y á las profecías que los atestiguan, y que nos aseguran su verdad... Este es el apoyo de nues-

tra fe, á que nosotros mismos debemos recurrir con frecuencia, principalmente en las tentaciones contra la fe. Si no comprendemos los misterios de la Religion, esto no es cosa que sorprende, tampoco comprendemos los misterios de la naturaleza. Pero la historia de los prodigios que han acompañado la predicacion de estos misterios, esta historia recibida de todas las naciones, y de ellas enviada á la posteridad, ¿puede por ventura ser una fábula? ¿Las profecías que han anunciado al Mesías y su Reino, no se han cumplido? ¿No veo acaso con mis ojos plantado el cristianismo en todos los lugares? ¿No veo este rebaño único sobre la tierra, compuesto de todas las naciones, y reunido bajo la autoridad de una sola cabeza? ¿No lo veo por ventura subsistente en la misma forma, ya ha mas de mil y ochocientos años, despues que fue anunciado con esta parábola...? ¿Y podré todavía dudar de la verdad de los misterios que el cristianismo anuncia? No, no hay otra cosa que la necedad, la obstinacion y el pecado que puedan inducir á cerrar los ojos al resplandor de una luz tan viva. Con todo eso, bien que sea tan sensible la luz demostrada de la Religion de Jesucristo; bien que á esta solo se pueda oponer, la estulticia y la absurdidad, triunfarán las pasiones. Le sucederá al mundo entero lo que sucedió entre los Judíos, y entre muchos pueblos que han perdido ya la fe.... Se unirán la calumnia, la cabala, y la autoridad para perder á los justos, y á aquellos cristianos creyentes que

quedarán sobre la tierra. Pero como la Resurreccion de Jesucristo hizo triunfar la verdad, la Resurreccion general la manifestará, y la pondrá en todos sus derechos, con esta diferencia, que despues de la Resurreccion del Salvador, la verdad ha ejercitado solo un imperio de dulzura y de libertad; pero despues de la resurreccion general, ejercitará un imperio de necesidad, que será el castigo de los unos y la recompensa de los otros. ¡Ah! ¡Bienaventurados entonces aquellos que habrán creido! ¡Bienaventurados aquellos que habrán combatido por la fe, que habrán sufrido, y que habrán muerto por ella!

PUNTO III.

Tercer estado el de los Justos en el Cielo.

El tercer estado, ó sea el tercer grado de luz, es aquel que se halla en el Cielo... Allí ya no habrá jamas sombra, no habrá oscuridad, no habrá jamas fe. Estará el Bienaventurado en aquella luz, por la cual el Padre conoce al Hijo, y el Hijo conoce al Padre. Vivirá de aquel amor, con que el Padre ama al Hijo, porque se ha sacrificado por nosotros. ¡O qué amor del Padre! ¡Qué amor del Hijo! ¡Qué amor de todos los justos que se han salvado por el amor del Padre y del Hijo! ¡O amor! ¡O Espíritu Santo, amor consustancial del Padre y del Hijo! Espíritu que animareis todos los

sentidos de los Bienaventurados, que inflamareis todos sus corazones, y hareis de ellos uno solo con Dios mismo. ¡Ah! dadme una centella de aquel sagrado fuego que me haga suspirar siempre hácia aquel lugar de paz; donde no amaré otra cosa, que aquel que ha muerto por mí! Sois verdaderamente felices, ¡o almas que ya gustais este amor, y correspondeis á él! Miserables de vosotros, o pecadores que no os aprovechais de un tan grande amor, y que lo despreciais! ¡Ay de mí! ¡A qué castigos, á qué tormentos os expone vuestra ingratitud y vuestra obstinacion!

Peticion y coloquio.

Seais bendito, o Jesus, por toda la ternura, por toda la predileccion de vuestro sagrado corazon, particularmente para mí, que soy tan poco digno de vuestras misericordias. ¡No permitais que yo abuse de ellas, ni que deje de corresponder á vuestro amor! Sostenedme, o buen Pastor; defendedme contra vuestros enemigos que son ciertamente los mios, y conducidme á los pastos eternos de la tierra de los vivientes. Amen.

MEDITACION CLXXXVIII.

JESUS COME EN CASA DE UN FARISEO, DONDE SANA UN HIDROPICO.

S. Lucas, c. XIV, v. 1, XIV.

Jesucristo nos ofrece aquí, ó sea en sus ejemplos, ó sea en sus discursos, los mas sublimes caracteres. Primero, de la caridad. Segundo, de la humildad. Tercero, de la liberalidad.

PUNTO PRIMERO.

De la Caridad.

Primero. *La caridad es complaciente é industriosa.* — « Y sucedió que habiendo entrado Jesus un Sábado en la casa de uno de los principales Fariseos á comer pan, * ellos le estaban acechando... » Habiendo Jesucristo dejado á Jerusalen, aquella ciudad indigna de sus cuidados, y próxima á hacerse culpable de su sangre, lo suministró la Galilea un asilo por mas de dos meses, que destinaba aun á la instruccion de los pueblos, y principalmente á

* Expresion de los Hebreos, que significa todo lo que sustenta.

la de sus Apóstoles. Aquí fue convidado un dia de Sábado á comer en casa de un Fariseo de los mas distinguidos de su secta, cabeza ó Príncipe de los Fariseos esparcidos en aquel contorno. El número de los convidados era grande, y Jesus tuvo la tierna complacencia de asistir allí con intencion de aprovecharse de la coyuntura, para edificar, instruir, y convencer, y aun si fuese posible para ganar á la verdad, aquellos con quienes habia de comer. Pero ellos tenian ideas bien diferentes. Bien que no estuviesen tan enardecidos contra Jesucristo, como los de Jerusalen, se habian unido en este convite, con intencion de observarlo, de examinarlo, y de ver si encontraban en él de qué reprenderlo. ¡Ah! ¿Tenemos nosotros los ojos sobre Jesucristo, para admirar sus virtudes, para aprovecharnos de sus instrucciones, y para imitar su ejemplo.

Segundo. *La caridad es preveniente y compasiva.* — Se hallaba Jesus en compañía de los convidados, antes que se preparase la comida en la mesa.... « Y he aquí que un cierto hombre hidrópico estaba delante de él... » Este hombre no pidió su sanidad. La caridad de Jesus previno su peticion. Pero habia allí otros enfermos que su compasion queria disponer á la sanidad bien que su enfermedad, que procedia solamente de su malignidad no mereciese alguna atencion. Eran Fariseos y Escribas dispuestos á escandalizarse de una obra buena hecha en el dia de Sábado. Jesucristo, pues, para disipar sus

prejuicios, y empeñarlos á reflexionar sobre lo que tan frecuentemente hacia la materia de su escándalo.... « dijo á los Doctores de la Ley y á los Fariseos: ¿Es lícito sanar en Sábado...? » Cómo es posible que se necesitase hacer una tal pregunta á los Doctores de la Ley, si es permitido hacer bien, obrar un milagro, pronunciar una palabra para sanar un enfermo el dia de Sábado? ¡Ah! el pueblo grosero habria fácilmente decidido; pero la ciencia unida al orgullo, no sirve sino de cegar y hacer encontrar dificultad, donde jamas la hubo, y poner dudas sobre la misma evidencia. — Tal es el origen de tantas cuestiones absurdas, á las cuales nuestros doctos impíos encuentran insuperables dificultades... A la pregunta del Salvador nada respondieron los Doctores Judíos... « Pero ellos callaron... O sea que no hayan sabido, ó sea que no se hayan atrevido, ó sea que no hayan querido responder, este silencio indica una grande ignorancia, una obstinada ceguedad, ó una vil flaqueza, ó incluye antes bien una indecible perfidia, malignidad y enormidad. El silencio es bueno ó malo, segun los principios de que procede. Examinemos delante de Dios cuál es el motivo del que nosotros observamos en tantas ocasiones.

Tercero. *La caridad es firme y eficaz.* — « Y él tocándolo lo sanó y lo envió... » El silencio de los Fariseos, y toda la malignidad que cubria, no detuvo el curso á la caridad de Jesucristo. Cogió al hidrópico por la mano, lo sanó y lo volvió á enviar

á su casa. La caridad no espera para obrar la aprobacion de todo el mundo: ella tiene los miramientos convenientes; pero sabe despues ser superior al respeto humano, y despreciar una injusta censura.

Cuarto. *La caridad se justifica á despecho de los que la critican.* — Y les respondió y dijo ¿quién de vosotros, si se le ha caido el asno ó el buey en el pozo, no lo saca luego fuera en dia de Sábado? y no podian replicarle á tales cosas... » A esta oposicion simple y familiar de su propia conducta, no supieron los Doctores qué responder, y quedaron tambien reducidos al silencio; de esta manera ciertamente lo serán siempre los censores de la caridad, confrontando su crítica con sus propias acciones. Censuran la dulzura y la indulgencia que se usa para con los otros, ¿y qué indulgencia no tienen ellos para sí mismos? Critican el gasto cuando se trata de buenas obras, y nada dirian si este gasto se hiciese en el juego y para los placeres. Hallan exceso en el ejercicio del zelo, y en los rigores de la penitencia, y no lo encuentran cuando se trata de procurarse un interes temporal, ó de saciar sus pasiones.

PUNTO II.

De la humildad.

Lo primero. *La humidad debe regular nuestro exterior.* — Llegado el tiempo de ponerse á la mesa,

los puestos mas honoríficos fueron ocupados con tanta diligencia, que demostraba bien hasta qué punto llegaba el orgullo de los Escribas y de los Fariseos. A este propósito cuando estuvieron en sus lugares.... « observando tambien como los convidados escogian los primeros asientos les propuso una parábola y dijo : cuando fueres convidado á las bodas no te sientes en el primer lugar no sea que haya allí otro convidado mas digno que tú : y viniendo aquel que te ha convidado á tí y á él, te diga : da á este el lugar, y entonces comiences á estar con vergüenza en el último lugar ; mas cuando fueres llamado ve y siéntate en el último lugar, para que viniendo el que to convidó, te diga : amigo sube mas arriba, entonces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa ; porque todo aquel que se ensalza, será humillado ; y el que se humilla será ensalzado... »

Apliquémonos esta parábola, por lo que toca á todo nuestro exterior. Examinemos si hacemos lo que está prescripto, si nuestra manera de obrar, si el modo con que nos manejamos, con que nos portamos, con que nos vestimos ; si los empleos que buscamos, y la manera con que los recibimos, anuncian la humildad. ¡Ay de mí ! Aun entre los hombres mismos el orgullo es castigado con la humillacion, con el odio, con el desprecio ; y la humildad es recompensada con la exaltacion, con el amor y con la estima. ¿Qué será, pues, delante de Dios?

Lo segundo. *La humildad debe regular nuestros discursos.* — Las leyes del Evangelio, y las del mundo se hallan aquí de acuerdo... Un hombre que se alaba á sí mismo, y que se ensalza sobre los otros se hace despreciable. Y no obstante esto ¿en cuántas ocasiones se quebranta esta ley de modestia natural y evangélica? Examinemos nuestras palabras: cuántas disputas, cuántas quejas, cuántas enemistades, cuántas murmuraciones y escándalos evitariamos si la humildad fuese la regla de todos nuestros discursos.

Lo tercero. *La humildad debe regular nuestros pensamientos en orden al prójimo.* — Pongámonos en todas las cosas en el último puesto, desechemos toda la estima del mundo y de nosotros mismos, y todo pensamiento lisonjero de nuestro propio mérito como cosa indigna, vil y vergonzosa que nos cubriria de oprobio delante de los hombres sensatos, si viesen lo que pasa dentro de nosotros. — Reflexionemos al contrario, que ninguno hay en este mundo que por ciertos respetos no valga mas que nosotros, ó sea porque es mas noble, mas poderoso, mas habil, mas util, mas inocente, mas fervoroso y mas santo que nosotros.— Reflexionemos tambien, que en cualquier género que sea, hay algunos superiores á nosotros, y que en su comparacion, nosotros somos nada... ¡O qué paz profunda gozariamos, si practicásemos esta máxima de humildad, y si en nuestra estimacion, y en todos nuestros pensamientos tuviésemos siempre la

advertencia de tomar el último puesto, y de reprimir aquel orgullo, que tan frecuente, y tan injustamente nos hace tomar el primero.

Lo cuarto. *La humildad debe regular nuestros sentimientos internos respecto á Dios.* — El Evangelista nos advierte, que lo que aquí dice el Salvador es solamente una parábola, para que pensemos bien que el asunto del Salvador no era ya el enseñarnos á evitar una confusion, ó merecernos cualquiera gloria, delante de los hombres, sino á evitar la confusion eterna, que consigo trae delante de Dios el orgullo; y á procurarnos la sólida gloria, con que será recompensada la humildad en su Tribunal. Nos conviene, pues, principalmente delante de Dios, ponernos en el último puesto; reconozcamos delante de él nuestra nada, nuestra impotencia, nuestra indignidad, nuestros pecados, nuestros deméritos. Si no caemos en los últimos excesos, á él somos deudores. Si hacemos cualquiera cosa buena, todo enteramente lo debemos á él... Soportemos, pues, las tentaciones, como el efecto de nuestra miseria, y la consecuencia funesta de nuestros pecados, y esperemos nuestra ayuda de Dios solo, al cual debemos recurrir incensantemente... Persuadidos de nuestra extrema debilidad, y de nuestras malas inclinaciones, huyamos, con toda diligencia, las mas pequeñas ocasiones del mal. En la sequedad, reconozcamos nuestra indignidad, y continuemos á orar, y á obrar, confesando que nada merecemos. Si ex-

perimentamos cualquiera consolacion, démosle á Dios las gracias, con tanto mayor reconocimiento, cuanto mas debemos reconocernos indignos de ella; y cesando despues la consolacion, guardémonos de lamentarnos. Cuantos mas nos abajemos delante de Dios, tanto mas nos ensalzará Dios, y nos favorecerá. Esto es lo que elevó á María, á la dignidad de Madre de Dios, y Reina de los Santos: ¿cuántos al opuesto, por no haberse conservado en estos sentimientos de humildad, han perdido la devocion, el fervor y la piedad, y han caido en la extrema humillacion con caidas vergonzosas y mortales? No olvidemos jamas que quien se ensalza será humillado y quien se humilla, será ensalzado.

PUNTO III.

De la Liberalidad.

Lo primero. *De la Liberalidad mundana.* — « Y decia tambien al que lo habia convidado; cuando haces una comida ó cena, no llames á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á los parientes, ni á los ricos vecinos, no sea que te vuelvan ellos á convidar, y te lo paguen... » ¿Qué cosa es la liberalidad, que ejercitan los mundanos? Una liberalidad de interes; se da solo por recibir, se da solamente á aquellos, que se sabe que lo han de recompensar. —

Una liberalidad de uso que muchas veces hace murmurar á aquel que os queda obligado, y en la que no entra motivo alguno de caridad, y de Religion.— Finalmente una liberalidad de placer, y de ostentacion. Esto es lo que el mundo llama hacer su negocio con honor; pero á la verdad es abusar del bien, de que Dios nos pedirá cuenta, y que tanto nos importa el emplearlo mejor.

Lo segundo. *Recompensa de la liberalidad mundana.* — Si en el convidar no tenemos otro motivo, que el de cumplir un deber de conveniencia, nuestra recompensa será, ser nosotros tambien convidados de los otros, por conveniencia. Si convidamos por interes, corremos riesgo de hacerlos ingratos. Si convidamos por ostentacion, nos haremos amigos de mesa, que en nuestras necesidades mostrarán no conocernos; y que acaso se burlarán de nosotros en el tiempo mismo que gozarán de nuestros beneficios, como cabalmente se hace en nuestros dias. ¡Ah! hagamos un uso mejor de nuestros bienes. Aprendamos hoy del Salvador á emplearlos de una manera que nos sea mas util, y mas honorífica.

Lo tercero. *De la liberalidad cristiana.* — El Salvador añadió... « Mas cuando haces convite, llama á los pobres, los endebles, los cojos, y los ciegos...» ¡Ay de mí! ¿Quién hay que siga este consejo del Salvador? Los Santos lo han seguido, lo han seguido grandes Reyes, y otros; pero si no nos basta el ánimo para convidar los pobres, y co-

mer con ellos, enviémosles á lo menos de comer á sus casas, démosles á la puerta, ó enviémosles á los hospitales. ¡Ah! si conociésemos nuestros verdaderos intereses, y nuestro interes eterno, cuán industriosos seriamos en moderar nuestro lujo, y nuestra vanidad, y aun en arreglar tambien lo que necesitemos para tener que dar á los pobres.

Lo cuarto. *Recompensa de la liberalidad cristiana.*— Añadió el Salvador... « Y serás afortunado, porque no tienen con qué corresponderte: mas te se remunerará en la resurreccion de los justos... » El Salvador sabe lo que sucederá entonces, y cuáles serán las recompensas, porque él mismo regulará las cosas en aquel gran dia. ¡Ah! No pensamos jamas en aquel gran dia, y ciertamente vendrá, y será eterno. ¿Qué será entonces de todo este mundo presente? ¿Qué se habrán hecho nuestras riquezas, y en qué vendrá á parar toda nuestra magnificencia? Todo será perdido para nosotros, y acaso nos hallaremos mas culpados, y seremos mas gravemente castigados. Pero lo que habremos dado á los pobres, se encontrará, y nos será restituido: y ¡o en qué manera! ¿Quién lo podrá pensar, y quién podrá imaginarlo? Con un convite eterno, con una eternidad de gloria y de delicias.

Peticion y Coloquio.

Hacedme digno, o Dios mio, de aquella recompensa, comunicadme algunos rayos de aquella tierna liberalidad que os animó para conmigo. Animad mi corazon con una caridad sincera y desinteresada para con todos mis hermanos. Enseñadme, o Señor, aquella leccion divina de humildad que de Vos solo se puede aprender, y para aprenderla humildemente, dignaos de enseñármela de una manera que me inspire la práctica y el amor. ¡Ay de mí, o divino Jesus! Estoy mas malo que aquel hidrópico que habeis sanado en casa del Fariseo. Véisme aquí delante de Vos, o Salvador mio: sanad mi orgullo, mi languidez, mi debilidad, y la insaciable sed de los bienes y de los placeres y honras de este mundo, para poder ser embriagado de aquel torrente de delicias que gustan vuestros santos en la eternidad. Amen.

MEDITACION CLXXXIX.

PARABOLA DE LOS CONVIDADOS A UN GRANDE BANQUETE.

S. Luc. c. XIV, v. xv, xxiv.

Primero, del convite celestial, ó sea de la felicidad del Cielo. Segundo, de los pretextos de los convidados, ó sea de los obstáculos de la salvacion. Tercero, de los convidados al banquete, ó sea de aquellos que son llamados á la felicidad de la patria celestial.

PUNTO PRIMERO.

Del convite celestial, ó sea de la felicidad del Cielo.

Lo primero. *Del deseo que debemos tener de él.* — « Oido esto le dijo uno de los convidados: bienaventurado aquel que comerá pan en el Reino de Dios... » Esto es, bienaventurado aquel que participará del convite eterno de la patria celestial. Bienaventurado sin duda, porque el pan que comerá, no será otra cosa que el mismo Dios, de quien será eternamente alimentado y saciado. — He aquí una de aquellas aspiraciones, una de aque-

llas elevaciones de corazon que nos debe ser familiar, y uno de aquellos actos de amor y de esperanza que debemos oponer á todos los peligros y á todos los escándalos, á todas las penas, y á todas las tentaciones de la vida. Si el mundo nos deslumbra con el esplendor engañoso de sus falsos bienes, haremos caer á tierra el encanto, elevando nuestro espíritu al cielo, y exclamando: *¡ Bienaventurado el que goza de Dios en la eterna morada de la gloria!* Si la carne nos solicita con el amor de los placeres, apaguemos sus llamas impuras con los castos deseos de las delicias celestiales, elevando nuestro corazon hácia el Cielo, y exclamando: *¡ Bienaventurado aquel que en el esplendor de los Santos, gusta las eternas delicias del amor divino.* Si el demonio nos tienta, si la persecucion nos oprime, si el peso del cuerpo nos abate, si el dolor nos acrisola, si el ánimo y la fuerza nos faltan, una mirada hácia el Cielo nos hará victoriosos de todas las cosas y de nosotros mismos. ¿ Por qué, pues, somos tan débiles, y vencidos tan presto? Porque perdemos de vista el objeto inmortal de nuestras esperanzas, y no tenemos cuidado de llenar de él nuestro corazon. Tomemos, pues, este santo hábito de decir con frecuencia, con un ardiente deseo, y con una viva esperanza... « Bienaveuturado aquel que comerá pan en el Reino de Dios... »

Lo segundo. *De la grandeza de esta felicidad.* — « Y él le dijo: un hombre hizo una cena grande, y convidó á muchos... » ¡ O y cuál será de hecho el

banquete que se dará á los justos al acabarse el dia de esta vida, y al fin del presente siglo! Grande banquete en todas las maneras: grande por el que lo dará, que es Dios: grande por el lugar, que es el Cielo, y la inmensidad de Dios: grande por la multitud y la nobleza de los convidados: estos son hijos de Dios, los Angeles, los Santos, los escogidos de Dios de todos los tiempos, y de todas las naciones: grande por el orden que allí reina: es la Justicia de Dios la que allí regula los puestos: grande por las delicias que allí se gustan: ellas son las delicias del mismo Dios, su vista, su posesion y su amor: grande finalmente por su duracion, que será la eternidad de Dios. ¡Ah! ¡Qué felicidad hallarse en aquel banquete divino, delicioso y eterno! ¡qué desesperacion verse excluidos de él para siempre por nuestra culpa!

Lo tercero. *De la bondad de Dios en convidarnos.*— « Y á la hora de la cena envió uno de sus criados á decir á los convidados que viniesen porque todo estaba prevenido... » Ya que estaban convidados habrian debido ir al convite por sí mismos sin otro aviso; pero lo que es mas insufrible en su conducta es, que aunque convidados, y aunque avisados, todos se excusaron de ir... « Y empezaron todos de acuerdo á excusarse... » Guardémonos de ser de este número. Por nuestro Bautismo somos del número de los convidados; no nos faltan los avisos para disponernos y para ir: el camino para llegar allá lo sabemos; que es una vida santa, recogida,

regular y cristiana. ¿No somos por ventura del número de los que se excusan? ¿No nos servimos acaso de los mismos pretextos que alegaron? Examinémolos.

PUNTO II.

De los pretextos de los convidados, ó sea de los obstáculos de la salvacion.

Primer pretexto. Adquisicion hecha de una hacienda en la campaña. Es el primer obstáculo para la salvacion el orgullo, el ocio, los divertimientos y la disipacion... « El primero le dijo: he comprado una Granja, y necesito ir á verla, te ruego que me tengas por excusado... » Adquirir, engrandecerse, divertirse, gozar, he aquí para los mundanos los negocios mas serios que ellos llaman necesarios, y de los que no pueden desprenderse: he aquí lo que prefieren á su salvacion; lo que les hace olvidar el Cielo, despreciar las promesas de Dios, el convite que les hace, y los avisos y advertencias que les da. Todo es inutil para aquellas almas vanas y frívolas, que solo atienden á los placeres y á los divertimientos.

Segundo pretexto. Compra hecha de los bueyes, y segundo obstáculo para la salvacion, las ocupaciones, los trabajos y los negocios que ocasionan los intereses temporales... « Y otro dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos: te

ruego que me tengas por excusado... » Otra especie de hombres no menos apartados de la salud que los primeros. ¿Cómo pueden tener tiempo para trabajar por su salvacion, siempre oprimidos de cuidados y de trabajos penosos para conservar sus bienes, para aumentar sus rentas y su comercio? ¿Cómo pueden tener el deseo de la salud, siempre inclinados hácia la tierra, no conociendo otro interes, otra felicidad que la de la tierra?

Es verdad que las ocupaciones que forman estos dos pretextos, no son absolutamente condenables, como incompatibles con la salvacion. La parábola solamente nos advierte estar en vela por el temor que estas ocupaciones, bien que en sí mismas inocentes, no sean para nosotros, como para tantos otros, una ocasion de infidelidad, y la causa de nuestra perdicion eterna. Lo mismo debe decirse del tercer pretexto.

Tercer pretexto, *las bodas contraidas*; y tercer obstáculo para la salud eterna; los placeres de los sentidos; los afectos pecaminosos, y los hábitos vergonzosos.... « Y otro dijo me he casado; y por esto no puedo venir... un matrimonio legítimo, santo, y cristiano nada tiene de opuesto á la salud, y puede antes bien ser un medio para ella. Lo que aparta de la salud son aquellos matrimonios, en que solo se busca satisfacer la propia pasion, y gustar los pecaminosos placeres, y en que se contraen horribles manchas, con monstruosos excesos. Son aquellas juntas ilegítimas fuera del matrimo-

nio, y á las veces, á pesar de los sagrados vínculos del matrimonio, son todos los pecados de la carne, que entorpecen el alma, y hacen odioso el pensamiento mismo del Cielo, y el convite de obrar para llegar á él. Con este hábito pecaminoso, los miserables no alegan mas excusa, para no corresponder al convite, y antes declaran absolutamente que ya no pueden. ¡Ah! ¿desventurados mundanos, avaros, y voluptuosos, qué cambio es el que haceis; y qué bienes perdeis? ¡Ay de mí! ¡A qué cólera no provocais vosotros al que con tanta bondad os ha convidado! ¡Qué venganza no tomará de vuestro desprecio!

¿Y no son, por ventura, estos mismos los pretextos que aun en esta vida nos impiden el comer el pan del Reino de Dios; el pan de la oracion, de la meditacion, y el Pan Celestial de la Divina Eucaristía?

PUNTO III.

De los convidados al banquete, ó sea de los que son llamados á la felicidad del Cielo.

Lo primero. *De los que son convidados en defecto de los primeros.* — « Y volviendo el criado refirió estas cosas al Señor: entonces indignado el padre de familia dijo á su criado; sal presto á las plazas, y á las calles de la ciudad, y trae aquí dentro los pobres, los tullidos, los ciegos, y los cojos... « Los

Escribas y los Fariseos que oian esta parábola no se reconocian de ningun modo en ella á sí mismos, ni pensaban ser ellos aquellos primeros convidados que con sus excusas irritaron á Dios, mientras que el simple pueblo, y bien presto despues los Gentiles mismos debian adquirir el Cielo con su fe, creyendo al Mesías desechado por la Sinagoga. Demas de esto, esta parábola nos presenta otros muchos misterios de sustitucion que se renuevan en el mismo cristianismo. Apliquémosla á los grandes y á los chicos; á los ricos, y á los pobres. He aquí, pues, los Grandes del mundo, los ricos de la tierra, los voluptuosos del siglo que por sí mismos se han excluido del celestial convite. ¿Creen por ventura estos que por eso no se llenará el Cielo? No; tendrán la desesperacion de ver en él personas de la hez del pueblo: gentes que por su renuncia al siglo llegaron á ser viles y despreciables á sus ojos, las verán ocupar sus puestos, y gozar las delicias de la eternidad.

Lo segundo. *De los que por fuerza entraron para llenar los puestos vacíos...* « Y dijo el criado: Señor, ya se ha hecho como lo has mandado, y aun hay lugar. « Y dijo el Señor al criado, sal á los caminos y á las cercas, y fuérzales á entrar para que se llene mi casa... Los hombres no deben tomar la empresa, que ni podrian jamas lograr de compeler las conciencias: la gracia sola sin hacer violencia puede cambiar los corazones, y convertirlos al bien, á que antes tenian horror... Por los pobres recogidos en

la ciudad podemos entender el Pueblo Judáico; y por los pobres recogidos fuera de la ciudad el Pueblo de los Gentiles: ó sino por los primeros convidados podemos entender la nacion Judáica; por los pobres de la ciudad los Gentiles de las naciones gobernadas por sus leyes; y por los pobres recogidos por los caminos y cercas los Gentiles de las naciones vagamundas y salvages. Sea como se fuese, esta parábola nos enseña que el Cielo estará lleno; que el número de los escogidos estará completo; y que los que serán excluidos no podrán lamentarse sino es de sí mismos. De hecho: ¿Quién podrá quejarse del Señor? ¿Acaso los primeros convidados? Estos que tan fácilmente podian condescender á los replicados convites y avisos? ¿Pero cuáles serán las gracias que le darán los últimos, y cuál será la viveza de su reconocimiento eterno?

Lo tercero. *De los que fueron convidados los primeros y no quisieron ir.* — « Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que habian sido llamados gustará mi cena... » Palabra bien terrible, y juntamente de consuelo, no de otra manera que la conducta de Dios que en ella se nos respresenta... Dios es bueno y justo para con nosotros: ninguno puede lamentarse de él, sino únicamente de sí mismo. No hay réprobo que no lo sea por su culpa, y que no haya recibido de Dios sobreabundantes socorros para no serlo; porque Dios quiere la salvacion de todos los hombres, y para esto los ha criado; pero muchos resisten á sus convites, y por

sí mismos se condenan... Dios está lleno de misericordia y de compasion: en cualquier estado en que podamos hallarnos de infidelidad, de ceguedad; de abandono, nos convida aun, nos solicita, y para traernos á sí emplea los medios externos é internos que pueden vencer la dureza de nuestros corazones. Por esto estemos atentos por una parte á no desechar sus primeros llamamientos; y por otra, esperemos siempre: correspondamos á las gracias que se nos da aun, y temamos que nuestra obstinacion nos lleve finalmente hasta la muerte.

Peticion y Coloquio.

¡Ay de mí! o Señor. ¿No tengo yo por ventura temor, y mas que otro alguno, de ser excluido de vuestro celestial convite? ¿Yo solo no soy por ventura mas culpable en los obstáculos que frecuentemente opongo á mi salvacion, que aquellas tres suertes de hombres, que bajo especiosos pretextos han recusado el participar de la cena del padre de familia? Con los primeros he sido convidado con una gracia de vuestra predileccion; pero ¡ay de mí! me he excusado, y he atendido á todos los demas negocios fuera del de mi salvacion: muchas veces he respondido en el furor de mi pasion que no podia, y que estaba con necesidad de seguir mis inclinaciones. Con todo eso, no obstante mi ceguedad y mi pobreza, en el despojo de todos los bienes espirituales en que me he hallado, Vos me habeis

llamado aun, convidado y conducido con vuestra gracia: pero ¡ay de mí! Yo, Señor, he andado muy lejos de Vos. Finalmente, en el gran camino de la perdicion por las cercas; esto es, avergonzado de remordimientos, y de penetrantes reprensiones, me he visto como forzado interior y exteriormente á volver á Vos. ¿Cuál, pues, debe ser mi reconocimiento para con Vos, o Dios mio! ¡Y cuál seria mi delito si no perseverase en vuestro santo servicio, y si viniese aun á hacerme indigno de entrar en el celestial convite á que Vos me solicitais que asista con tanta bondad, paciencia y misericordia! Amen.

MEDITACION CXC.

DEL VERDADERO DISCIPULO DE JESUCRISTO.

S. Lucas, c. XIV, v. xxv, xxvii.

Jesus continuó á enseñar en la Galilea, y principalmente en los lugares donde no habia estado aun. Aquí fue seguido, como por costumbre, de un gran concurso de pueblo, al que expuso cuáles son las condiciones que exige de aquellos que quieren ser sus discípulos, y sin las cuales en vano se lisonjearian de ser de este número. Cuatro les nota que deben ser para nosotros materia de un serio examen. Primero, aborrecer los propios parientes. Segundo, aborrecer la propia vida. Tercero, llevar la propia Cruz. Cuarto, caminar detras de él.

PUNTO PRIMERO.

Aborrecer los propios parientes.

« Y iban con él muchas turbas; y volviéndose, les dijo: si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y madre, y muger é hijos, y hermanos y hermanas, y hasta su vida, no puede ser mi discípulo... » Examinemos ahora aquí la primera de las dos condiciones contenidas en estas palabras, que

es el odio de los parientes. Fuera de los que aquí estan nombrados comprende tambien este odio todos los otros parientes, los protectores, y los mas íntimos amigos. El término de aborrecer es en sí bastante fuerte, no para significar que debemos hacer, ó desearles el mal, sino para manifestar el ardor, la fuerza, y valor con que debemos hacerles frente si se oponen á nuestra salvacion; si nos impiden el abrazar el estado á que Dios nos llama, y quieren empeñarnos en aquel á que Dios no nos llama; si nos impiden el abrazar la verdadera Fe, y si se esfuerzan á mantenernos, ó á empeñarnos en el error. Pero estas oposiciones son raras hoy en dia, y acaso con mas frecuencia sucede que se aborrecen el padre, la madre, la esposa, los amigos, porque nos llevan al bien, nos apartan del vicio, y quieren hacernos caminar por el camino de la salud.

PUNTO II.

Aborrecer la propia vida.

« Si alguno viene á mí, y no aborrece hasta la vida, no puede ser mi discípulo... » Esto es, debe estar pronto á sacrificar su vida, su reposo, sus bienes, y sus comodidades, antes que perder la fe, y la gracia de Dios: esto es, debe reprimir sus pasiones, aun las mas violentas; resistir á sus mas amables inclinaciones, contener sus sentidos en la

mas dura esclavitud, detestar, y huir con horror todo aquello que puede conducir al pecado, y manchar el alma. — Puestos tales principios, ¿nos reconocemos nosotros por verdaderos discípulos de Jesucristo? ¿Tenemos nosotros en particular este odio de nuestra alma, de sus placeres, y de su temporal felicidad? ¡Ay de mí! Sí, la aborrecemos, y mucho; pero para la eternidad. ¡Cuántas llagas le hemos hecho, y á qué peligro la exponemos, amándola solo para el tiempo; en vez de aborrecerla en el tiempo, y amarla para la eternidad!

PUNTO III.

Llevar la propia Cruz.

« Y el que no lleva su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo.... » Estas palabras encierran tambien dos condiciones, de las cuales la primera es, de llevar la propia cruz.... ¡O cuántos la han llevado por los suplicios horribles que han sufrido, ó por las penitencias, y por las maceraciones que han ejercitado sobre su carne, ó por paciencia heróica que han conservado en las mas largas, y mas acerbas enfermedades, en las mas atroces calumnias, en las mas injustas persecuciones, y en las mas crueles aflicciones y calamidades! Pero en orden á vosotros, ¿cuál es la cruz que llevamos? ¿Cuál es la cosa que nos afana, nos inquieta, y nos saca fuera de nosotros mismos?

¿Cuál es el motivo de aquel disgusto que nos arranca tantos lamentos, y tantas quejas, sobre el que nos consumimos con reflexiones, que por todas partes nos sigue, y que no podemos olvidar, ni soportar? Finalmente, ¿cuál es aquella cruz que no podemos llevar? ¡Ah! Comparemos la Cruz de Jesucristo, y la de los Mártires con la nuestra, y avergoncémonos de nuestra vileza. Temamos que un dia no nos reconozca Jesucristo entre el número de sus discípulos, porque no podemos gloriarnos de merecer este glorioso título, sino caminando sobre las pisadas que ha señalado con su sangre. Por otro lado, ¿no es bien ligera la cruz que se nos presenta, si la comparamos aun con la que llevan los mundanos? ¿Cómo, pues, rehusaremos nosotros sufrir por Jesucristo, mientras tantas personas, mientras nosotros mismos, acaso gemimos bajo el tiránico yugo del mundo? ¿Diremos acaso, que bien que al exceso cobardes, estaremos siempre prontos, si fuese necesario á llevar la cruz de Jesucristo, ó la de los Mártires? Pero fuera de que no se nos ofrecerá jamas esta cruz, ¿cómo la miraríamos nosotros? ¿Nosotros que no podemos llevar aquellas cruces ligeras que Dios nos presenta? ¡Ah! Son estas las que debemos abrazar con júbilo, ya que no tenemos otras mayores. El verdadero discípulo de Jesucristo se duele solamente de lo poco que tiene que sufrir, se consuela en aquello poco que tiene que padecer, y lo mira como una ligera compensacion de las grandes cruces que no se me-

rece; pero, ¡ay de mí! nosotros nos lamentamos de esto poco, y buscamos de todos modos el descargarnos.

PUNTO IV.

Caminar detras de Jesus.

« Y el que no me sigue, no puede ser mi discípulo... » Caminar sobre las pisadas de Jesucristo, seguir á Jesucristo, imitar sus ejemplos, y practicar sus virtudes. Este divino Salvador nada nos manda que él mismo no lo haya practicado, y nosotros no podemos aspirar á ser sus discípulos, sino cuando seremos bastantemente generosos para caminar sobre sus pasos. Estudiemos, pues, su vida, y en todas las ocasiones llamemos á nuestra memoria sus virtudes. Imitemos su pureza, su dulzura, su humildad, su paciencia, su celo, su silencio, su oracion, y su resignacion. Sobre todo sigámoslo sobre el calvario en la muerte, y en el sepulcro, si queremos seguirlo en la Resurreccion y en la gloria.

Peticion y coloquio.

De Vos, o Señor, espero esta gracia de sufrirlo todo por seguiros. Dadme tanta humildad que pueda renunciar á la vanidad del siglo, á mi amor propio y á mí mismo; tanto despego para renunciar todo interes pasagero; tanta fidelidad para re-

nunciar á toda utilidad ilegítima, á toda sociedad peligrosa, y á toda ocasion pecaminosa; tanta sumision para renunciar á todo aquello que Vos, o Dios mio, me quitareis por la injusticia de los hombres, por el temor, y por la muerte; tanta caridad que renuncie á todo aquello que escandaliza los débiles, y á todo aquello que tiene aun solo la apariencia de mal: finalmente, tanta fuerza y grandeza de alma para sostener el augusto título que llevo de vuestro discípulo, y para emprenderlo todo en vuestro espíritu, segun vuestras órdenes, y por vuestro santo amor. Amen.

MEDITACION CXCI.

PARABOLA DE LA TORRE QUE UNO QUIERE CONSTRUIR.
S. Luc. c. XIV, v. XXVIII, XXX.

Primero, de las reflexiones que se deben hacer sobre el edificio que s quiere levantar. Segundo , del temor que se debe tener de no acabar el edificio empezado. Tercero, del desprecio á que vendrá expuesto el que no acabará el edificio que ha comenzado.

PUNTO PRIMERO.

De las reflexiones que deben hacer sobre el edificio que se quiere levantar.

« Porque quién de vosotros queriendo edificar una torre, no hace primero sentado la cuenta de los gastos que son necesarios, viendo si tiene con qué acabarla... »

Lo primero. *Conviene reflexionar sobre la grandeza de la empresa.*— Cuanto es mas grande la empresa, tanto mayores reflexiones se requieren : en las cosas temporales no dejamos de hacerlas ; pero en las espirituales nos descuidamos frecuente-

mente. Hagámoslas ahora, y consideremos cuáles son las obligaciones del cristianismo. No se trata ya de deliberar, si debamos abrazar, ó no el cristianismo. Este no es el sentido de la parábola. Por gracia de Dios, somos cristianos, y si no lo fuésemos, estaremos en obligacion de serlo. La parábola nos advierte solamente el no hacer profesion del cristianismo, sin saber á qué nos empeña esta profesion, y sin estar constantemente resueltos á cumplir nuestras obligaciones. En calidad de cristianos, debemos seguir una vida santa, exenta de pecados, llena de buenas obras y de virtudes, debemos cumplir las cuatro cosas que Jesucristo pide de sus discípulos, aborrecer todo aquello que puede apartarnos de él, aborrecernos á nosotros mismos, llevar la propia cruz, y caminar detras de él. Esta es aquella alta torre que debemos fabricar, en la que debemos trabajar cada dia, é incesantemente, y que debemos alzar hasta el Cielo, perseverando en este trabajo hasta la muerte. Apliquemos esto á la perfeccion cristiana, á la vida eclesiástica ó religiosa, y á las obligaciones de cada estado en particular: si se trata que tengamos que abrazar alguno de estos diferentes estados, guardémonos de empeñarnos sin haber tomado tiempo para reflexionar en el reposo de la oracion, y del retiro, el empeño que queremos tomar sobre nosotros.

Lo segundo. *Conviene reflexionar al gasto que debemos hacer para acabar el edificio.*—Consideremos, que para cumplir las obligaciones del cristianismo,

nos debe costar el sacrificio de nuestro espíritu, por una fe humilde, sumisa y entera; el sacrificio de nuestro corazon, por un sincero despego de todas las cosas criadas, amando solo á Dios, amando por solo Dios, y amando solo lo que Dios quiere, y como quiere que los amemos, el sacrificio de nuestras pasiones, por medio de una resistencia continua, sin perdonarlas ni favorecerlas en cosa alguna, sofocando desde su primeros movimientos su sedicion, cortando todo aquello que pudiese servir á ejercitarlas, huyendo todas las ocasiones en que podrian encenderse, y practicando cuanto puede contribuir á destruirlas, y á desarraigarlas: finalmente el sacrificio de nuestros bienes, de nuestra reputacion, y de nuestra vida, cuando Dios lo ordena, cuando las circunstancias lo exigen, y lo pretende la cosa de la Religion. He aquí lo que nos debe costar la fábrica de esta torre.

Tercero. *Reflexionemos, cuáles son los medios de suministrar lo necesario para el costo.* — ¿Tenemos nosotros con qué hacer este gasto? ¿Estamos bastantemente ricos, para poder suplir este gasto? No, sin duda: nosotros nada tenemos, nada podemos por nosotros mismos; pero todo lo podemos en aquel que nos conforta, y nos llama. No nos faltará su gracia, basta que nosotros no faltemos á ella: con la gracia hagamos lo que podamos, y pidamos lo que no podamos. Dos cosas solamente pide Dios de nosotros, velar y orar. Tomemos ahora la firme

resolucion, pongamos mano á la obra, y llegaremos al término del edificio.

Lo cuarto. *Reflexionemos cuáles son los motivos de emprender, y de acabar el edificio.* — La empresa es grande y difícil, requiere un trabajo penoso, y de larga duracion; pero consideremos, que levantamos una obra magnífica á la gloria de Dios, y en la cual Dios se complace mas, que en los Templos mas soberbios que se pueden erigir en su nombre. Consideremos, que levantamos un monumento inmortal á la gloria de Jesucristo, y que anunciará eternamente la potencia y el triunfo de su gracia. Consideremos, que este es para nosotros un asilo seguro contra los dardos de la cólera de Dios, contra el diluvio de sus venganzas, y contra el fuego del infierno. Consideremos, que este edificio nos llevará, y nos elevará hasta el mismo Cielo. — Animo, pues, alma mia, no temas, emprende valerosamente la obra, empléate sin cesar en ella; y si alguna vez por tu negligencia hace en ella el enemigo alguna brecha, repárala presto, y vuelve á emprender tu trabajo con nuevo ardor.

PUNTO II.

Del temor, que se debe tener de no acabar el edificio comenzado.

Primero. *Temor continuo.* — « Porque quién de vosotros queriendo edificar una torre, lo hace pri-

mero sentada la cuenta de los gastos que son necesarios, no sea que despues que hubiere puesto el fundamento, y no lo pudiere terminar... » Lo que nos debe tener en continuo temor, es el gran número de aquellos que abandonan la empresa, no solo despues de haberla alzado mucho de la tierra, y estando á punto de concluirla. Judas, que habia oido esta parábola, fue el primer ejemplo de ella... ¿Cuántos cristianos han perdido la primera inocencia, sin tomarse algun cuidado de recuperarla? ¿Cuántos pecadores han estado llenos de fervor al principio de su conversion, y han vuelto otra vez á sus desórdenes? ¿Cuántos han abrazado gloriosamente el estado eclesiástico, ó la vida religiosa, y se han disgustado de ella, han vuelto á entrar en el siglo, y han vivido en un estado santo, una vida del todo mundana? ¿Cuántas almas movidas de Dios, se han dado á los ejercicios de la vida interior, los han practicado con fervor, y consolacion en algun tiempo; y despues los han abandonado por darse á la disipacion, de la que han caido en la tibieza, en el desorden de la conciencia, en la indevocion, y frecuentemente tambien en culpas graves, y en hábitos pecaminosos? ¡Ay de mí! ¿Yo mismo, cuántas veces he comenzado con un valor que me creia que jamas podria disminuirse, y poco tiempo despues, me he hallado desalentado, cansado, y rechazado por la dificultad, hasta el punto, que desesperando del éxito, he abandonado la empresa?

Segundo. *Temor moderado.* — El temor no debe dar en los excesos... Con abandonarnos demasiado, corremos riesgo de caer en la desesperacion. Para caminar seguramente, es necesario estar entre el temor, y la esperanza; siempre temer, siempre esperar. Si el gran número de los que se pierden, tiene de qué atemorizarnos, el gran número de los que se salvan debe hacernos esperar. Si muchos no han podido acabar la obra comenzada, la culpa es suya, la cosa fue su vileza y su malicia; pero si tiramos la vista sobre tantos santos de toda edad, y de todo estado que el Cielo corona, veremos que ellos han triunfado, con la gracia de Dios, de todos los obstáculos que á cada paso se encontraban, sembrados debajo de sus pies por el enemigo de la salud. A nosotros se nos ha ofrecido la misma gracia, y nos protege el mismo Dios: imitemos constantemente su valor, imploremos su intercesion, y esperemos ser un dia participantes de su recompensa.

Tercero. *Temor atento.* — El temor de engañarse hace á una persona atenta. Nuestra pérdida no comienza por grandes delitos. Examinemos, pues, con la mas seria atencion, porque un número tan grande abandona la empresa, y porque tantos otros saben llevarla á la perfeccion. La razon es, porque los primeros no han hecho las reflexiones necesarias al empeño que contraian, y no habiéndolas hecho, han comenzado, sin estar bien determinados á suplir todos los gastos; esto es, á ha-

cer todos los sacrificios para continuar y acabar la empresa; porque en el curso de la obra, no han tenido cuidado de conservar en su espíritu estas reflexiones, ni de decir cada dia con San Bernardo *¿para qué has venido tú?* Y finalmente, porque han confiado demasiado de sí mismos, y no lo suficiente sobre los socorros de Dios. Cuando alguno se halla debil y cansado, cree que todo está ya perdido, y en vez de recurrir á la oracion, y esperar con humildad el socorro de Dios, se abandona á la disipacion, y renuncia á una empresa, que cree ya superior á sus fuerzas; como si con nuestras propias fuerzas, y no con las del Omnipotente, pudiésemos continuar, acabar, y ni aun comenzar tan grande obra. ¡Ah! Los Santos, al contrario dóciles á los avisos del Redentor, han hecho sus reflexiones, sus cuentas, sus cálculos, y han velado y orado: usemos la misma atencion, y la misma prudencia.

Cuarto. *Temor eficaz.*—Muchos temen condenarse; pero tienen solamente de una tan grande desgracia un temor ocioso y esteril, que no les hace practicar la mas mínima operacion, ni tomar la mas mínima precaucion. ¡Ah! seamos nosotros mas sabios; temamos, y háganos nuestro temor emprenderlo todo, y sacrificarlo todo. Imitemos la conducta de los Santos; usemos como ellos todas las atenciones, para la construccion del edificio que hemos emprendido erigir; evitemos como ellos todo lo que podria apartarnos de nuestra empresa, interrumpir

su progeso, ó destruirla: pensemos como ellos; reflexionemos incesantemente sobre ella; hagamos exactamente las cuentas; y calculemos con nosotros mismos todas las cosas. Ahora, estas cuentas, y estos cálculos los debemos renovar en la oracion, en la meditacion, en la leccion, y en los exámenes; sin esto perderemos de vista nuestro objeto; no llevaremos adelante la obra, la abandonaremos, caerá por tierra por sí misma, y no presentará á la vista otra cosa que ruinas.

PUNTO III.

Del desprecio á que estará expuesto el que no habrá acabado el edificio comenzado.

« Porque quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no hace primero sentado la cuenta de los gastos que son necesarios... no sea que despues que hubiere puesto el fundamento, y no la pudiese terminar, comiencen todos los que la vean á burlarse de él diciendo: este hombre ha comenzado á fabricar, y no ha podido acabar... » ¿Quién son aquellos, que verán vuestra necedad, vuestra volubilidad, y vuestra inconstancia, y que comenzarán á burlarse de vosotros, y á insultaros?

Lo primero. *Los hombres*, vuestros amigos, vuestros parientes, aquellos á quienes vosotros habeis querido complacer, olvidando las conveniencias de vuestro estado: aquellos, cuyas burlas ha-

breis querido evitar, ó ganar la amistad, abandonando vuestros ejercicios de piedad; estos serán los primeros á despreciaros, y á burlarse de vosotros. Antes, hacian ellos burla de vuestra virtud, pero os estimaban, y vosotros hallábais en Dios, y en los amigos mas sinceros, una abundante recompensa de sus burlas y desprecios; pero ahora se burlarán de vosotros, os despreciarán, y confesareis que lo mereceis; y ya ni os quedará consuelo alguno, ni recompensa.

Lo segundo. *Los demonios vuestros enemigos*, despues de haberos tentado, instigado, y solicitado, si finalmente os ganan si os rendís á su importunidad, si caeis en sus redes se burlarán de vosotros. He aquí, dirán, aquel hombre que nos insultaba; que se creia ocupar en el Cielo el puesto que nosotros hemos perdido; trabajaba por esto, y lo habria conseguido: levantaba un edificio que lo habria llevado allá: ya le habia puesto los fundamentos, y si hubiese querido lo habria terminado; pero no ha podido llegar á terminarlo: nosotros se lo hemos impedido; es cómplice de nuestra inconstancia, y será participante de nuestras miserias — En este estado, vosotros sentireis el peso de vuestra miseria, y la llorareis; pero ellos se reirán de vuestros llantos. Vosotros os lamentareis de su astucia; direis como Eva, que ellos os han engañado, y que en vez de placeres que os prometian, no hallais otra cosa que penas, remordimientos, y desesperacion; y ellos insultarán vuestra credulidad,

y procurarán aun proseguir engañándoos, empeñándoos siempre mas en los caminos de la iniquidad, y prometiéndoos una tranquilidad, de que con placer os verán siempre alejaros mas..... ¡ O cuantas veces, o Dios mio, les he dado yo mismo este maligno placer, y he venido á ser el objeto de sus burlas y de sus insultos !

Lo tercero. *Los Paganos, y las Idólatras en el Juicio Universal.* — ¡ O santo caracter del Bautismo, tú eres indeleble ! ¡ Qué verguenza será en aquel gran dia haberte llevado solo para profanarte ! ¡Qué vergüenza haber empezado tan felizmente una vida inocente, una vida devota; una vida retirada; una vida eclesiástica; una vida Religiosa; una santa, y haberla despues abandonado! ¿Quien podrá, pues, sostener las miradas despreciantes, é insultantes de tantos pueblos, que no habrán recibido las mismas gracias, y verán el abuso enorme que hemos hecho de ellas ? ¡ Ah ! Dios mio : este pensamiento me hace temblar : ¿yo que no puedo sufrir el mas mínimo desprecio, cómo podré llevar el grave peso de una confusion tan general, y tan justamente merecida? Perservadme de ella, o Señor, concededme la gracia de perseverar en vuestro santo servicio, y de morir en vuestro santo amor.

Lo cuarto. *Los réprobos en el Infierno.* — En aquel lugar de horror y de confusion ; de odio y de furor ¿ de qué crueles insultos y desprecios no se verá oprimido el insensato, que habrá comen-

zado la obra de su salud sin haberla concluido? insultos y desprecios crueles, continuos y eternos; pero que serán nada en comparacion del despecho, y arrepentimiento del infeliz réprobo en el furor en que lo han arrojado las llamas devorantes, y los horribles suplicios de que será la víctima eterna.

Peticion y Coloquio.

O lágrimas! ¡o arrepentimiento! ¡o desesperacion! ¿Puedo yo pensar en vosotros, y dolerme de lo que en esta vida tengo que padecer? ¿Puedo pensar en vosotros, y entibiarme, perder el ánimo, retroceder, y querer volver al siglo, y al pecado? No, o Señor; lejos de abandonar la empresa de mi salud, quiero desde hoy empezarla de nuevo, aun tengo tiempo. Sostened, o Señor, mis débiles esfuerzos, y concededme vuestra gracia, para poder cumplir felizmente una obra, que emprendo por orden vuestra, y bajo de vuestra proteccion, y amparo. Amen.

MEDITACION CXCII.

PARÁBOLA DE UN REY EN GUERRA CON OTRO.
S. Lucas, c. XIV, ver. XXXI, XXXV.

Reflexionemos primero, sobre el sentido general de esta Parábola. Segundo, sobre la guerra del hombre con el demonio, figurada en la Parábola. Tercero, sobre la guerra del pecador contra Dios representada en ella.

PUNTO PRIMERO.

Del sentido general de esta parábola.

Lo primero. *En qué consista este.* — « ¿O qué rey estando para mover guerra á otro rey, no considera primero de asiento, si podrá con diez mil hombres ir al encuentro al que viene contra él con veinte mil? De otra manera, mientras este está todavía lejos, le envia Embajadores, y le pide la paz... » El asunto general de esta parábola, como el de la precedente, es advertirnos, que así como en los grandes negocios del mundo, como serian erigir un suntuoso edificio, ó sostener una guerra,

nada se emprende sin haber examinado maduramente lo que se ha de hacer; así abrazando ó sea el cristianismo, ó en el cristianismo algun estado, ó alguna profesion, es necesario conocer las obligaciones que le estan anejas, pensar frecuentemente en ellas, y cumplirlas con fidelidad.

Lo segundo. *En qué no consista.* — Se alejaria del fin, ó del verdadero sentido de estas dos parábolas el que pensase que pudiese ser permitido, ó cosa prudente para nosotros, no abrazar el cristianismo, ó el estado á que Dios nos llama, porque la empresa nos pareciese muy dificil; como seria prudente aquel que no tuviese con qué acabar el edificio, no empezándolo; y para un rey que no tuviese con qué sostener la guerra, pedir la paz. En esto consiste la diferencia; que en el edificio de nuestra perfeccion, ó en la guerra espiritual contra los enemigos de nuestra salud, no hay que temer que nos falten los medios, sino solamente que nosotros faltemos á ellos; que faltemos en pedirlos, y en servirnos bien de ellos. Lo que se debe temer sí, es que no conociendo nosotros nuestras obligaciones, nos descuidamos en cumplirlas; que nosotros mismos abusamos de ellas, y que nos lisonjeamos de ser Cristianos y discípulos de Jesucristo, mientras que realmente no lo somos, ó si lo somos, es de solo de nombre.

Lo tercero. *Cuál sea la conclusion.* — Hela aquí expresada por el Salvador mismo en estas palabras, que son el compendio de todas nuestras obliga-

ciones... « Y así, cualquiera de vosotros, que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo... » Renuncia de corazon, y de afecto absolutamente necesaria para todos los cristianos; renuncia real y eficaz para aquellos que Dios llama á un estado, que la exige, ó de quien la piden la equidad, la obligacion, la fe, y la Religion... Falta á esta renuncia el que goza con complacencia, con avaricia, con lujo, con fausto, y con orgullo de lo que posee, rehusando dar parte al necesitado: que es demasiado avariento en tener, demasiado solícito en adquirir, demasiado sensible á la consolacion de una ganancia, y demasiado afligido por una pérdida. Se halla en una disposicion del todo opuesta á esta renuncia el que retiene con injusticia el bien ageno; el que lo usurpa con ganancias ilícitas el que del amor de la ganancia, ó del temor del perder se deja empeñar en la iniquidad, comete el pecado, y hace traicion á sus propias obligaciones. Observemos, y no nos engañemos. Observemos si somos discípulos de Jesucristo.

PUNTO II.

De la guerra del hombre con el demonio.

Lo primero. *Con qué fuerzas se emprende esta guerra.* — El Rey, contra quien tenemos que combatir es el demonio. Le hemos declarado la guerra

recibiendo el Bautismo : hemos renovado esta declaracion recibiendo la Confirmacion; recurriendo á la Penitencia; abrazando este ó el otro estado; y no nos debemos arrepentir de esto : debemos solamente conocer sus fuerzas y las nuestras.. Sus fuerzas son formidables ; el infierno está todo á sus órdenes, y lo ha conjurado para nuestra pérdida; milita el mundo á su estipendio, y le suministra tantos soldados, cuantos partidarios tiene; y lo que hay aun de mas terrible, es, que él tiene sus correspondencias hasta dentro de nosotros; hasta en nuestro propio corazon.—Examinemos ahora nuestras fuerzas : es de suma importancia conocerlas bien para emplearlas con acierto. Considerando las que son propias nuestras. ¡Ay de mí! ¿cuáles son estas! En nosotros todo está en desorden, todo respira sedicion y rebelion; nuestros sentidos amotinados; nuestras pasiones indómitas, y nuestra carne indocil piden continuamente rendirse al enemigo, siempre traman cualquiera traicion, y no atienden á otra cosa, que á buscar los medios de lograrlo... Añadamos á esto el caracter de los dos combatientes : el primero es un enemigo impacable, vigilante, atento, sagaz, experimentado, falso y fingido : ¿Y nosotros? Nosotros somos débiles, flojos sin temor, amantes del reposo, y con esto, vanos, temerarios, presuntuosos, y sin precaucion : pero nuestra debilidad será nuestra fortaleza, si sabemos conocerla bien, y poner toda nuestra confianza en aquel que nos sostiene.

Lo segundo. *Con qué sucesos se haga esta guerra.* — ¡Ay de mí? Los sucesos son bien diferentes. De una parte se ven muchos que despues de haber comenzado felizmente esta santa guerra, pierden el ánimo, y que despues de haber renunciado al demonio, y al mundo, comienzan á acercarse á ellos. Abatidos de algunas pérdidas ocasionadas de su negligencia, desesperan de poder reparar lo perdido, y sostenerse aun. Al primer ataque vacilan, temen la fatiga, abandonan el puesto, y cobardes desertores, no solo piden la paz, sino que tambien se riden al enemigo: toman partido en sus tropas, y combaten debajo de sus banderas. — De la otra parte, se ve el hombre fiel á la gracia conseguir gloriosas victorias: este ha sabido cautelarse contra las astucias, y resistir á los esfuerzos del enemigo terrible, que habia de combatir. Ha puesto el orden, y para decirlo así, ha restablecido la disciplina en sus tropas, ha domado sus sentidos, ha sacrificado el objeto de sus pasiones; ha acostumbrado su carne á la austeridad y á los rigores de la penitencia; ha velado y ha orado; unas veces ha sabido huir con una prudente retirada las asechanzas que se le preparaban; y otras ha asaltado con fuerza, y ha sostenido con valor el ataque; y finalmente ha triunfado... ¿Por qué, pues, no haré yo otro tanto? ¿Por qué no haré lo que los otros han hecho, y hacen hasta ahora? Ellos tenian; y aun tienen los mismos obstáculos que yo tengo; tengo los mismos

medios que ellos tienen, tengo los mismos intereses; por qué, pues, no los haré valer?

Lo tercero. *¿Cómo acabará esta guerra?* Con la recompensa de los vencedores, y con el castigo de los cobardes. Un Reino eterno para aquellos que habrán triunfado del demonio y del mundo; un suplicio eterno para los viles desertores de las máximas del cristianismo que habian abrazado.... ¡Ay de mí! ¡Cuántas veces he dejado las armas, he procurado hacer una paz vergonzosa, y me he rendido á mi enemigo! ¡Cuánto tiempo he servido debajo de él, y he llevado las armas! ¿Y cuál ha sido mi recompensa? ¿He encontrado en su servicio el reposo y la felicidad que me esperaba? ¡Ah! He hallado, solo penas, fatigas, contradiciones, oprobios, temores, remordimientos, disgustos amargos, y horrible desesperacion.. A Vos me vuelvo, o Rey de mi corazon; ya que quereis aun recibirme, vuelvo á tomar las armas primeras; quiero combatir hasta la muerte bajo de vuestras banderas, seguro de triunfar eternamente con vos, si me mantengo fiel.

PUNTO III.

De la guerra del pecador contra Dios.

Primero. *De la desigualdad de las fuerzas en esta guerra.* — Podemos meditar esta parábola debajo de otro aspecto; y bajo la idea de estas dos Leyes,

considerar al hombre Rey de la tierra; le dió este Reino, con el peso de un tributo de obediencia. El necio se atrevió á negárselo, y á declarar con su rebelion la guerra al Rey del Cielo. Nosotros sabemos cuáles fueron las consecuencias funestas de una rebelion tan insensata, y de una guerra tan desigual. Hijos desventurados de este Rey castigado luego que fue rebelde, no es ya nuestra mayor desgracia el haber sido despojados con él de nuestros mas bellos privilegios, sino de continuar aun una guerra tan injusta, y tan desproporcionada. ¿No reflexionamos nosotros jamas sobre las consecuencias terribles de esta guerra que nos atrevemos á hacer á Dios, rehusando obedecer las justas leyes que nos ha impuesto? ¿Ignoramos por ventura el formidable aparato con que viene contra nosotros? ¿Ignoramos su omnipotencia, su ciencia infinita, su inmensidad, y su eternidad? ¿Qué es lo que tenemos nosotros que oponerle? ¿Nuestra libertad? ¡Ay de mí! ¿No está él en punto de despojarnos de ella para cargarnos de eternas cadenas..? ¿Nuestro cuerpo, su vigor, su juventud, y su sanidad? ¡Ay de mí! En un cerrar de ojos, abatido de la enfermedad, viene á ser presa de la muerte, y baja á la corrupcion, y al polvo del sepulcro; ¿cuál será, pues, su fuerza? ¿de qué socorro nos podrá servir nuestra incredulidad? ¿He aquí pues el último baluarte que tenemos que oponer á los rayos del Omnipotente. Nuestra alma, *acaso* no es inmortal: *acaso* no hay otra vida; *acaso* Dios nos

ya criado sin algun fin ; y despues de esta vida, no habrá ni justicia, ni castigo, ni recompensa... ¿con que un *acaso* será todo nuestro expediente? Una duda impía, y afectada contra la palabra expresa del Criador, contra las luces mas puras de nuestra razon, contra el íntimo sentimiento de nuestro corazon, y contra los continuos remordimientos de nuestra conciencia ; he aquí, pues, el escudo bajo del cual creemos poder francamente despreciar las leyes, y hacer frente á las amenazas de aquel que nos ha dado el ser, andar contra él con fiereza, entrar con paso intrépido en su eternidad, y nada tener que temer de su justicia, ni de su Omnipotencia. Pero ¡O cuán debil se dejará ver este escudo en el lecho de la muerte ! Se nos huirá á proporcion que nos iremos acercando al momento decisivo. La muerte finalmente nos despojará de él, y nos entregará para siempre á la justicia del Dios de las venganzas.

Segundo. *De la necesidad en que está el hombre de pedir la paz.* — Primero. Es necesario solicitarla... ¡Ah ! seamos prudentes siquiera en nuestro propio interes. Pidamos la paz, ya que no podemos continuar la guerra sin perdernos eternamente. — Segundo. Conviene pedirla ahora mientras que aquel á quien hemos ofendido está aun lejos de nosotros, y mientras que no tenemos noticia alguna de su arribo, porque cayendo una vez en sus manos, no tendremos ya que esperar la paz. Y seria ciertamente una necedad esperar á pedirla cuando llegue

á nosotros, cuando ya haya vibrado contra nosotros la espada y comience á hacernos sentir el peso de su indignacion y de su cólera. Conviene pedir esta paz mientras estamos sanos y podemos aun prometernos cualquier tiempo de vida.— Tercero. Se debe pedir por medio de otro, y no por nosotros mismos.. ¿Quién somos nosotros para presentarnos delante de Dios y para atrevernos á tratar con él de paz? ¿Qué es lo que le podemos ofrecer? ¿Qué es lo que podemos hacer ó sufrir, que pueda reparar su gloria y satisfacer á su justicia? Pero este Dios tan bueno como grande, tan misericordioso como justo, ha sabido proveer á nuestra impotencia, nos ha dado su propio Hijo, su Hijo Unico y amado por mediador de la paz, y reconciliador universal del Cielo y de la tierra.— O Dios, Salvador mio, única esperanza mia; á Vos recurro, por Vos y por vuestros méritos, pido la paz á Dios vuestro Padre, á quien tantas veces, y tan gravemente he ofendido. ¡Ay de mí! A Vos mismo he ofendido, abusando de vuestros dones y de vuestra Sangre, rehusando vuestra mediacion, y profanándola; y ciertamiente, o Jesus mio, no tengo otro expediente que vuestros méritos: me atrevo aun á recurrir á ellos, y suplicaros que me concedais la paz, resuelto á no romperla ya jamas, y seros enteramente fiel.

Tercero. *De las condiciones de la paz que concede Dios al hombre.* — La primera, que ninguna cosa se innovará en orden á la sentencia de muerte pro-

nunciada contra el primer hombre, y toda su posteridad, ni en orden á las consecuencias humillantes de esta sentencia, como las enfermedades, la concupiscencia, las pasiones, y el trabajo. — La segunda: que nosotros escucharemos nuestro Mediador; que creeremos su palabra, que observaremos su Ley, seguiremos sus ejemplos; y aprenderemos de él el uso que debemos hacer de nuestro castigo, y la manera de hacerlo servir á reparar la gloria del Padre por los méritos del Hijo. — La tercera; que si somos fieles á nuestro Mediador, entraremos en los derechos, no de nuestro primer Padre criado puro hombre, como nosotros, sino en todos aquellos de nuestro Mediador, Dios y Hombre juntamente, Hijo Unico de Dios, y heredero de todos sus bienes* ¡Qué paz, o gran Dios; qué paz! ¿Habriamos tenido nosotros jamas atrevimiento para pedirla semejante? ¡O y cuán digna es de vuestra grandeza, y de vuestra justicia: de vuestra misericordia, y de vuestra magnificencia! Le acepto, o Dios mio, y para perseverar en ella, estoy pronto á seguiros, o Divino Salvador mio, á llevar con Vos mi cruz; á renunciar á todo lo que poseo y á todo lo que podria poseer mi corazon, y apartarlo de vuestro amor... « Buena cosa es la sal; pero si la sal se hace insípida, con qué se condimentará? No es á propósito ni para la tierra, ni para estiercol, sino será arrojada fuera... » ¡Ay de

* Ad Heb. c. I. v. XII.

mí! ¡A qué cosa se exponen los que no quieren aceptar esta paz de Dios, ni cumplir las condiciones! ¡O sal insípida, esto es, o razonamientos humanos! ¡o prudencia de la carne! ¿para qué habeis vosotros servido, sino para excluir del Cielo, y para precipitar en las llamas eternas á aquellos que os habrán escuchado? « El que tiene orejas para entender entienda.. » Entienda á su Salvador, y medite bien estas grandes verdades.

Peticion y coloquio.

Sí, o Jesus; mi empeño es ser vuestro discípulo, y cumpliré las condiciones, practicando los medios de salud, cuya obligacion es para mí tan general, tan extendida, y tan indispensable. Dadme la fuerza para erigir el edificio de la Torre Evangélica. Ayudadme á vencer al demonio, tirano implacable de mi alma. Fortificadme en este deseo de que me siento mas encendido que nunca, de ser siempre y únicamente de Vos en el tiempo, y en la eternidad. Amen.

MEDITACION CXCIII.

BONDAD DE JESUS PARA CON LOS PECADORES JUSTIFICADA CON TRES PARABOLAS.

S. Luc. c. XV, v, 1, VII.

PRIMERA PARABOLA DE LA OVEJA PERDIDA.

Consideremos primero, las murmuraciones de los Escribas, y de los Fariseos. Segundo, en qué manera el pastor busque la oveja perdida. Tercero, cómo el pastor trate la oveja hallada. Cuarto, cómo el pastor manifiesta su alegría.

PUNTO PRIMERO.

Murmuraciones de los Escribas, y Fariseos.

Primero. *La ocasion de sus murmuraciones.* — « Y andaban acercándose á él los Publicanos, y los pecadores, para oirlo, y los Fariseos, y los Escribas murmuraban.... » Jesus sufria que se acercasen á él los pecadores, y los Publicanos, y aun tambien se dignaba algunas veces de comer con ellos. ¿Era este por ventura un motivo de excitar murmuracio-

nes...? ¡O bondad infinita, á que os expone vuestro amor para con los pecadores! Pero Vos todo lo sufrís; ninguna cosa puede resfriar el ardor que tenéis por su salvacion. Vos les hablais, los instruís, los dejais acercar á Vos, los consolais, y les dais testimonio de una benevolencia del todo singular. ¡Ah! ¡Quién, pues, me impedirá ir á Vos con confianza! ¡Ay de mí! ¿No soy yo pecador? Véisme aquí pues, o Señor, en vuestra presencia, y cerca de Vos, postrado á vuestros pies. Habladme, o Dios mio; os escucho con docilidad, y firmemente resuelto á amaros, y á obedeceros por toda mi vida.

Segundo. *La verdadera razon de sus murmuraciones.* — Eran los celos, y el odio que tenian contra Jesus... No eran tanto los pecadores los que ellos tomaban en mira, cuanto Jesucristo, á quien por todos los medios procuraban desacreditar « diciendo, este recibe pecadores, y come con ellos... He aquí, como estos críticos se hacian de la grandeza de la misericordia de Jesucristo una razon para censurarlo, sublevar todos los espíritus, y excitar la pública indignacion contra él.. ¡Afortunados aquellos que sacrificándose enteramente á la salvacion y á la santificacion de las almas, experimentan los mismos efectos de los celos y del odio! ¡Cuán respetables nos deben parecer estos hombres, dignos imitadores del Salvador por su celo, y por su paciencia! se merecen ciertamente toda nuestra confianza, y nos hariamos culpables delante

del Señor, si nos uniésemos á sus enemigos, repitiendo las calumnias con que los van oprimiendo y contribuyendo á deshonrarlos.

Tercero. *La respuesta de Jesus á sus murmuraciones.* — « Y les propuso esta parábola... Jesus se dignó de responder á las murmuraciones de los Fariseos, no tanto para justificar su conducta, cuanto para instruirnos á nosotros. Este rasgo de bondad, y de sabiduría verdaderamente divina de Jesucristo, merece todas nuestras reflexiones : ó sea que tenga que reprender de cualquiera culpa á sus discípulos, ó que responder á cualquiera de sus preguntas, ó que rebatir las objeciones de sus enemigos, siempre toma ocasion de instruirnos de las mas profundas verdades. Así; confutando aquí las murmuraciones de los Fariseos con una parábola, á que añade otras dos, nos descubre toda la ternura de su corazon, inspira la confianza á los mas desesperados pecadores, nos instruye de nuestras oligaciones, y nos manifiesta tambien los secretos del Cielo. Meditemos estas divinas parábolas con todo respeto, con toda atencion, y con todo el reconocimiento posible.

PUNTO II.

Cómo el pastor busque la oveja perdida.

« ¿Quién entre vosotros es el hombre que teniendo cien ovejas, y si perdiese una de ellas no deja

en el desierto las otras noventa y nueve, y va á buscar aquella que se ha perdido, hasta tanto que la encuentre....? »

Primero. *El pastor busca prontamente la oveja perdida.* — Este pastor tenia cien ovejas; atento á su rebaño, luego que una oveja se pierde, y no va ya con las otras; en aquel momento mismo lo advierte, y se va á buscarla... Nosotros nos abandonamos á Jesucristo para entregarnos al pecado, sin que él luego lo advierta, y se duela su corazon. No tarda un momento en buscarnos. El remordimiento que sigue al pecado, es el primer paso que da hácia nosotros este buen Pastor: él es su voz que á sí nos llama: Vienen despues los temores, el espanto, los disgustos, el deseo de salir de un estado tan miserable y peligroso.... Representemos aquí á nuestra mente todo lo que hemos experimentado nosotros mismos en estas circunstancias: traigamos á la memoria las exquisitas diligencias que ha hecho para conducirnos otra vez á él, y no cesemos de agradecérselo, y darle infinitas gracias.

Segundo. *El pastor busca con preferencia la oveja perdida.* — El pastor que advierte faltarle una oveja, deja apacentarse las otras noventa y nueve en los pastos del desierto, donde las ha conducido, y va á buscar la huida. Esta conducta tan digna de alabanza justificaba la de Jesus cuando hubiese sido verdad que él hubiese empleado mas tiempo en volver á sí los pecadores, que en instruir los justos.

Ella justifica tambien el celo iluminado de los pastores, y de los directores de las almas, que en concurrencia de los justos, y de un pecador, dan la preferencia á este; estiman mas privarse de la tranquilidad y consolacion, que gustarian tratando almas justas, y darse á los trabajos, á las fatigas, á las penas y á los disgustos que se sufren en atender á la conversion de un alma que va descaminada, con la esperanza de ponerla otra vez en el camino derecho.... Esta parábola aplicada á la gracia de Jesucristo, no se refiere ya para darnos á entender que Jesucristo abandone los justos por buscar los pecadores, sino solo para hacernos comprender con qué ardor, con qué caridad viene á buscarnos hasta en nuestros mayores desórdenes.

Tercero. *Finalmente el pastor busca la oveja perdida constantemente, hasta que la halla.* — Sin esta constancia, o divino Pastor de mi alma, sin esta perseverancia en buscarme, ¡ay de mí! ¿dónde estaria yo ya? ¿Cuántas veces he rechazado y desechado vuestra voz como importuna? ¿Cuántas veces he huido en presencia vuestra para echarme fuera de las diligencias que hacíais para buscarme, por vivir en mi extravío, en la perdicion? Pero nada ha sido bastante para hacerlos desistir de la empresa; finalmente habeis vencido mi resistencia; me habeis hallado: vuestro soy. ¡Ay! Si alguno se pierde, la culpa está en obstinarse en querer huir, y perseverar en su obstinacion hasta la muerte.

PUNTO III.

Cómo trate el pastor la oveja hallada.

Lo primero. *La trata con dulzura.* — No se irrita contra ella; no la maltrata, ni se lamenta un punto de la pena que le ha costado... Desde que un pecador deja las armas, se rinde y forma la resolucion de volver á Dios, cesan las reprensiones, callan los remordimientos, la conciencia ya no habla, sino para consolarlo y animarlo: se esparce en el corazon una paz secreta é íntima, y le advierte que es su Dios aquel á quien vuelve, y que no habria debido abandonar jamas.

Lo segundo. *La trata con compasion.* — La oveja en sus largos extravíos se ha cansado; ¿qué fuerzas tendrá ella para restituirse al rebaño? La libra de esta pena el pastor; se siente enternecido del estado de debilidad y de abatimiento en que la ve; la carga sobre sus hombros, y la lleva él mismo á la manada. — Un pecador sinceramente convertido se halla prevenido de una gracia tan abundante, que experimenta que lo llevan, mas bien que caminar él mismo. Ya no hay cosa que le cueste; nada le da pena. El acusar sus culpas y los rigores de penitencia que antes lo atemorizaban, ahora son toda su consolacion.

Lo tercero. *La acoge alegremente.* — Jesus, el júbilo eterno de los Bienaventurados, quiere alegrarse

de la conversion de un pecador..... ¡ Oh ! ¡ Cuánto contento experimenta un celoso pastor, que con sus trabajos, con su dulzura y con su constancia ha contribuido al retorno de un pecador ! ¡ Y cuánto no experimenta el mismo pecador convertido ! ¡ O santa alegría, mil veces mas dulce que todas las alegrías del mundo ! ¡ O júbilo, á que debe seguir un júbilo infinito y eterno !

PUNTO IV.

Cómo manifiesta el pastor su alegría.

« Y vuelto á casa, llama los amigos y los vecinos, diciéndoles : alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja qne se habia perdido... » No habla de las otras ovejas que no se habian perdido; no habla de la inquietud que ha sufrido por la pérdida de esta, de la fatiga que ha sostenido en buscarla, ni de la pena que ha tenido en llevarla; no, no se ocupa en otra cosa; no habla de otra cosa que de la alegría que siente y experimenta por haberla hallado. Estos sentimientos son naturales; y se comprende muy bien que así haya sucedido la cosa entre el pastor y sus amigos. Pero lo que ninguno habria comprendido jamas; lo que ninguno jamas habria sospechado, es que la alegría que muestra este pastor por su oveja hallada, fuese la figura de la alegría del Cielo por la conversion de un pecador. Sí, añade Jesucristo.... « Os digo,

que del mismo modo habrá mas gozo en el Cielo por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de penitencia... » esto es; que no tienen necesidad de semejante cambiamiento, de una semejante conversion.

Peticion y Coloquio.

Vos nos lo asegurais, o Salvador mio; y yo lo creo: ¿No sois Vos mismo el que os habeis representado bajo la figura de este amoroso Pastor? ¿Y si Vos os alegrais de la conversion del pecador, cómo no se alegrará todo el Cielo? ¿Cómo no hará tambien fiesta vuestra Iglesia sobre la tierra? ¿No viven de vuestro espíritu los Bienaventurados en el Cielo, y los justos de la tierra? ¡O y cuán grande es esta verdad, y de cuánto consuelo, para aquellos que trabajan en la conversion de los pecadores, y para el pecador que se convierte, y para el que ya se ha convertido! Yo me miro, o Jesus, del número de estos últimos: ¿tendré pues corazon para funestar con mis recaidas la alegría que os he ocasionado, o divino Pastor; para cambiarla en duelo, y afligir de nuevo vuestro corazon? ¡Ah! Antes bien morir, o Señor, antes bien morir. Amen.

MEDITACION CXCIV.

SEGUNDA PARABOLA DE LA DRACMA * ENCONTRADA.
S. Luc. c. XV, v. VIII, x.

Primero, del designio de esta parábola. Segundo, de la diligencia de esta muger en buscar la dracma perdida. Tercero, aplicacion de esta parábola al pecador. Cuarto, de la alegría ocasionada por la dracma hallada.

PUNTO PRIMERO.

Del designio de esta parábola.

« ¿O qué muger teniendo diez dracmas, si perdiere una de ellas no enciende el candil, y barre la casa y la busca diligentemente, hasta que la encuentre...? » El designio de esta parábola es semejante al de la antecedente. Pero Jesucristo añade esta á la primera, para darnos los siguientes documentos.

Primero. *Cuán importante nos es conocer el exceso*

* Dracma ática equivalia al denario romano, y á cerca de dos reales ellon de nuestra moneda.

de sus misericordias, y las disposiciones de su corazon en orden al pecador, ó sea para animar al pecador, para que vuelva á él, ó sea para animar los ministros, y todos los fieles á procurar este retorno. Para esto justamente, despues de esta parábola nos añade aun otra tercera.

Segundo. *Cuánto desea él la conversion del pecador.* — Propone aquí por sugeto de la parábola una muger, en vez del pastor, que forma el asunto de la primera. ¿No lo hace él por ventura, para darnos á conocer los movimientos de su ternura, el ardor de sus deseos, y los cuidados de su misericordia?

Tercero. *Cuánto ama él, y cuán precioso es á sus ojos el pecador, que aun se pueda convertir.* — En la primera parábola, era un rico pastor que habia perdido solamente la centésima parte del rebaño que poseia. Aquí es una muger poco afortunada, que por todo su tesoro tiene solamente diez dracmas, y que viniendo á perder una, pierde el diezmo de todo lo que tiene. La misma graduacion se halla en la tercera parábola, bien que debajo de una imagen mas noble, en que se ve un padre riquísimo, el cual teniendo solo dos hijos, viene á perder el uno. — Estas son, o divino Jesus, las amables ideas con que nos pintais la ternura de vuestro corazon, y el amor que nos teneis, aun cuando os hemos ofendido. ¡Ah! ¿Quién podrá no amaros? Una clemencia tan grande, aun cuando nosotros no fuésemos el objeto mereceria nuestro

amor; pero somos nosotros lo que ella mira, soy yo sobre quien la ejercitais, soy yo á quien vos habeis amado, aun cuando era vuestro enemigo; ¿y cómo no arderé yo ahora de amor por Vos? ¿cómo podré aun ofenderos?

PUNTO II.

De la diligencia de esta muger en buscar la dracma perdida.

Lo primero. *Enciende una lámpara, que aquí es el símbolo de la fe.* — Apenas un pecador ha cometido el primer pecado, cuando la luz resplandece delante de sus ojos, y parece que se despierta toda su fe. Entonces conoce, qué cosa es haber perdido á Dios, y haber caido de su amistad. Esta fe lo persigue en todo lugar, lo conturba y lo espanta. Ahora le parece que ve las llamas vengadoras y eternas, á las que su estado lo expone, ahora lo sobresalta el pensamiento de la muerte, y le hace mirar la última hora, como el término fatal de todos sus placeres, le descubre la vanidad del mundo, la brevedad y la incerteza de la vida: ahora una luz mas dulce le hace esperar un arrepentimiento facil, y una favorable acogida. Dios no se cansa de presentarle la lámpara de la verdad, hasta que haya abierto bien los ojos, y reconocido su error. ¡Pero ay de mí! muchas veces esta luz es importuna, y este pecador querria quitársela de delante, querria

poderla apagar, y para esto hace frecuentes, pero inútiles esfuerzos. ¡Ay de aquel, que por la multitud de sus pecados, por sus sacrilegios, por su obstinacion, y por sus impiedades, ha llegado ya casi al término!

Lo segundo. *Esta muger barre la casa, y hasta en la misma basura busca la dracma perdida.* — De la misma manera representa Dios tal vez vivamente al pecador la indignidad y la fealdad de toda su conducta para inspirarle horror, y hacerle volver á entrar dentro de sí mismo; y así tambien el pecador se siente inquietado, conturbado, aterrado y disgustado, hasta en el exceso de sus disoluciones, y en el pecado mismo.

Lo tercero. *Esta muger busca con diligencia*, visita todas las cosas, y todo lo examina, hasta que haya hallado la dracma perdida... ¡Con qué diligencia, con qué manera obligante no busca Dios al pecador en los placeres, en las aflicciones, en la sanidad, en la enfermedad, en la soledad y en las compañías, y esto aun, no obstante, sus desprecios, sus repulsas, y sus pecados multiplicados! De manera, que solamente una obstinacion diabólica, ó la muerte en este funesto estado, pueden librar á este pecador de las tiernas diligencias de un Salvador lleno de misericordia, para entregarlo en las manos de un Juez terrible, que no puede ejercer otra cosa que las leyes rigurosas de su justicia. — Gracias inmortales os sean dadas, o Dios mio, por la bondad infinita, y por la larga paciencia con que me habeis

buscado; os agradezca, o Señor, con toda la extension de mi corazon, que no hayais permitido que yo muera en el pecado, que hayais vencido mis resistencias, y que sea ahora vuestro, resuelto á serviros y amaros por toda mi vida. Concededme esta gracia, o Dios mio, y sostenedme en mi resolucion, y en el propósito que formó, y que solo reconozco de Vos.

PUNTO III.

Aplicacion de esta parábola al pecador.

Los Pastores de la Iglesia pueden aplicarse esta parábola, y advertir en ella lo que deben hacer para hallar sus ovejas, y llamar los pecadores á penitencia, y á Dios de quien son los ministros; la obligacion en que estan de encender la lámpara de la fe mediante la instruccion; de barrer la casa quitando los escándalos; y finalmente, de buscar con diligencia la dracma perdida. Apliquemos tambien esta parábola al mismo pecador que piensa en convertirse, y quiere corresponder á los deseos y solicitud con que su Salvador lo busca. Debe á ejemplo de esta muger para recuperar la dracma preciosa de la gracia que ha perdido.

Lo primero. Tomar en la mano la lámpara de la ley de Dios para ver en qué ha pecado contra Dios, contra el prójimo, contra las obligaciones de su estado, y contra sí mismo.

Lo segundo. Barrer su casa; quitar de su corazon los afectos del pecado; todo odio; todo rencor; toda antipatía: cortando toda ocasion de pecado, juegos, espectáculos, malas compañías, pinturas, y libros peligrosos: destruir el mal que ha hecho: reparar el escándalo que ha dado: restablecer la reputacion que ha quitado: restituir los bienes agenos que ha retenido, y reconciliarse con sus enemigos.

Lo tercero. Buscar con diligencia, y examinar profundamente sus disposiciones sobre lo pasado y sobre lo venidero; si olvida alguna cosa, si se acuerda de sus pecados: finalmente, declararlos con sinceridad sin esconder, sin enmascarar cosa alguna, y cumplir fielmente los avisos que le serán dados, y la penitencia que le será impuesta.

PUNTO IV.

De la alegría ocasionada por la dracma hallada.

« Y hallándola llama las amigas y las vecinas, diciendo: alegraos conmigo porque he encontrado la dracma que habia perdido. Así os digo que habrá gozo delante de los Angeles de Dios por un pecador que haga penitencia... » Pecadores, no os lamenteis de la pena que os debe costar el hacer una sincera penitencia, y llegar á una verdadera conversion. ¡Ah! esta poca pena será abundante-

mente recompensada con el júbilo inefable que de ella os redundará. De ella bramará el infierno, y el mundo se lamentará, murmurarán los malos; pero en vuestro corazon reinará el consuelo; este reinará en la Iglesia y en el corazon de vuestros verdaderos amigos; reinará en el corazon de Jesus vuestro Soberano Rey y Salvador, cuyo júbilo divino será el manantial del que experimentareis vosotros mismos: finalmente, reinará tambien entre los Angeles.

Peticion y Coloquio.

¡Con que es verdad, o bienaventurados habitadores del Cielo, que vosotros os interesais por lo que mira á nosotros; que os alegrais de nuestra conversion, de nuestra perseverancia, de nuestras buenas obras, de cuanto nosotros hacemos, y de todo aquello que á vosotros puede reunirnos! ¡Ah! ¡Cuando nos hallaremos con vosotros para alabar y bendecir al Dios que nos ha criado, y al Salvador que nos ha rescatado! O amorosos espíritus fieles guardias de nuestras almas; y vosotros sus conciudadanos, o Santos que la tierra ha dado al Cielo, y muchos de los que han sido como nosotros pecadores, rogad todos por nosotros que estamos aun en los peligros del viage, para que lleguemos como vosotros al puerto de la bienaventurada eternidad. Amen.

MEDITACION CXCV.

TERCERA PARABOLA DEL HIJO PRODIGO : NECEDAD DE SU PARTIDA.

S. Luc. c. XV, v. xi, xiii.

Primero, abandona la casa paterna. Segundo, abandona su pais. Tercero, disipa todo su patrimonio.

PUNTO PRIMERO.

El Hijo Pródigo abandona la casa paterna.

« Mas dijo : un hombre tuvo dos hijos, y el menor de ellos dijo á su padre : padre dame la parte de los bienes que me toca; y él hizo entre ellos las partes de sus facultades... » Estos dos hermanos tomaron cada uno cuanto les habia tocado en la division; pero no se sirvieron de ello del mismo modo. El mayor se estuvo con su padre sin faltarle jamas á la debida obediencia: el mas joven al contrario, apenas hubo recibido lo que con tanta instancia habia pedido, se separó de su padre. ¿Por

qué una tal conducta? ¿Tenia acaso algun motivo para obrar así? Ninguno. ¿Y nosotros qué motivo tenemos ni hemos tenido para abandonar á Dios, nuestro Criador, y nuestro Padre? Ninguno.

Primero. *El pródigo no podia lamentarse del carácter de su padre.* — ¿Era acaso él un hombre duro, austero, imperioso, avaro, de extraño humor, inconstante, caprichoso? Nada de todo esto. Antes bien, era un padre tierno, bueno, generoso, compasivo, familiar con sus hijos, amigo suyo, nada les negaba, y les concedia todo lo que les podia conceder, como aparece en la complacencia que tuvo en dividir sus facultades, cuando las deseó el menor, por temor sin duda de contristarlo. ¡O tierno padre! ¿Merecia él acaso que se pensase jamas en abandonarlo...? ¿Pecador, no es Dios para contigo sin comparacion mucho mas que todo esto? Tú eres su criatura; por su gracia te ha adoptado por hijo; tenia para contigo todo el amor de un padre, y toda la ternura de una madre, te aseguraba que si perseverabas en estar con él, te habria dado un reino, y un reino eterno, ¿y á un Padre tan tierno, tan benéfico, tan poderoso, tú lo has abandonado? ¿Has podido tú hacerlo? ¿Cómo te has determinado á esto? ¡Qué locura, qué ingratitud!

Lo segundo. *El Hijo Pródigo no se podia lamentar del tratamiento que recibia en la casa paterna.* — ¿Podia él esperar hallar otro mejor? Nada le faltaba. Sin tener algun cuidado, vivia en la abundancia, estaba provisto de todo, tenia todo lo que

honestamente podia desear... ¿Y tú pecador, eras acaso, menos bien tratado en la casa de tu Dios? Revestido de su justicia, viviendo de su gracia, alimentado de su divinidad, ¿no estabas tú, por ventura, en la abundancia de todos los bienes espirituales? ¿No habia ordenado tu padre que te fuese concedido cuanto pidieres? ó antes bien ¿esperaba él acaso que tú pidieses? Bien sabes que no solo prevenia tus necesidades, sino hasta tus deseos. ¿No eras tú su hijo amado? ¿Qué cosa te faltaba en una casa tan abundante, tan rica como la de este padre tan liberal, como rico? ¿Y tú has dejado esta casa?

Tercero. *El Pródigo no podia lamentarse de la vida que se pasaba en la casa de su padre.*— Era una vida noble, gloriosa, honrada, inmaculada, é irreprensible; vida que se pasaba en una honesta alegría, en paz, en union, vida regular, con estima y aprobacion de todo el mundo, ¿una tal vida no tenia de qué enamorarlo? Sí, ella hasta entonces le habia satisfecho, y habia formado sus delicias; pero han entrado en su espíritu ciertas ideas, y sitian su imaginacion: frecuenta ciertos amigos, ha dado oidos á sus discursos, ha visto su manera de vivir, ha oido la relacion de sus divertimientos, y de sus placeres, y ya no es lo que era antes; á su vista se han mudado las cosas. Una prision le parece la casa paterna; las pasiones que empiezan á brotar, hallan en ella sujecion; la dependencia de un tierno padre le parece un yugo insoportable, la

persona misma de su padre, y la de su hermano, y su tenor de vida, todo le ocasiona un disgusto, y un fastidio mortal de que cree no poderse librar, sino con abandonar la casa. Le cuesta pena, ¡y o cuánta! el ver que se le retarda el tiempo, y cree que encontrará feliz el dia en que habrá partido de ella. Entonces estará libre, ya no tendrá sujecion, ya no tendrá dependencia : libertad entera, felicidad perfecta, he aquí lo que lo lisonjea, he aquí lo que le hace tomar la necia resolucion de separarse del mejor de todos los padres... ¡Ah! Bien me reconozco yo á mí mismo en esta imagen. El yugo del Señor tan lleno de dulzura que habia llevado con tanta alegría, con tanto placer, gustando suaves delicias : aquella vida pura, é inocente que solo temia el pecado, aquella conducta regular, acompañada de una paz tan dulce, la aplicacion continua á mis obligaciones, á la oracion, á los ejercicios de piedad, la frecuencia de los Sacramentos en que hallaba tanta consolacion, el interno recogimiento en que gustaba tan dulce reposo : todo esto me sirve ya de carga, se me hace enfadoso, é insoportable, desde que dando oidos á las sugestiones de la naturaleza, y del demonio, he creido que sacudiendo toda sujecion, y toda dependencia, habré encontrado la libertad, y el verdadero contento. ¡O necio pensamiento que me ha hecho abandonar mi Padre, la casa paterna, y con ella toda mi alegría, y toda mi felicidad!

PUNTO II.

El Hijo Pródigo deja á su padre.

Lo deja sin reflexion, y por amor del libertinage, y esto se conoce de las siguientes circunstancias.

Primera. *De la precipitacion de sus operaciones* — « Y no muchos dias despues, juntado todo lo suyo el hijo menor, se fué á un pais muy distante... » Hecha la division, el hijo mayor sin mudar conducta, se mantuvo al lado de su padre, dejándolo como antes la administracion de los bienes que le habia señalado. No fue así el mas joven: cogió este la administracion de sus fondos, y pocos dias despues sin tomar tiempo para reflexionar y deliberar, hizo conocer el uso que queria hacer de ellos. Cuando un cristiano ha comenzado á retirarse de Dios para vivir en su libertad en poco tiempo hace grandes progresos en el vicio. No camina ya por un camino, sino que va rápidamente cayendo por un precipicio.

Segunda. *De la venta de sus bienes.* — Los bienes estables le habrian dado solamente un rédito anual y abundante; habrian necesitado cuidados y atenciones: habria sido tambien necesaria su presencia y no le habrian permitido apartarse muy lejos y por mucho tiempo; pero una grande cantidad de dinero, todo de una vez, daba con qué fomentar su vanidad y deslumbrar sus ojos; esta no requeria

alguna solicitud; bastaba solo ir sacando y á él le parecia, que era inagotable; era mas cómoda y facil de llevar y con ella podia ser bien recibido en todos los lugares.. Enagena, pues, todos los bienes de su herencia, muebles, raices tierras y casas, se da priesa á venderlo todo. ¿Y quién puede imaginarse á qué precio? Junta una suma considerable, de que finalmente tiene el gusto de verse dueño y señor absoluto. ¿A qué aplicaremos nosotros esta insensata conducta? ¿No nos representa ella el cambio miserable que hace un pecador de las máximas de virtud segun el Evangelio, con las máximas de virtud segun el mundo? El justo vive de la fe, las máximas del Evangelio y de la fe son su patrimonio y su bien; ahora segun estas máximas debe velar sobre sí mismo, mortificar sus pasiones, orar, meditar, frecuentar los Sacramentos. He aquí los bienes y la heredad, que Dios nuestro Padre nos ha dejado; pero estos bienes requieren cuidado continuo y cuando empezamos á dejar á Dios, desechamos todas estas máximas, las trocamos con las del mundo y bien presto hacemos como el mundo consistir toda la religion y la virtud, en la decencia y en el honor: máxima sumaria y compendiosa, cómoda y facil, lisongera y engañosa, que se esparce con arrogancia y con la que nos creemos suficientemente dotados y con derecho de despreciar aquellos, que exigen todo lo contrario. ¡Ah! Cuando un cristiano ha llegado á este término, está muy próximo á su ruina.

Tercera. *De su partida á un pais muy distante.* — Habiendo juntado el producto de todos sus bienes, y hecho una suma considerable, se parte, deja, no ya la casa sino la ciudad. Si se hubiese quedado en el mismo pueblo, hubiera tenido en él muchos testigos, espías y observadores de su conducta siempre dispuestos á criticarla y á darle avisos y correcciones. Deja, no solo la ciudad, sino tambien el pais. Habria podido hallar en la misma Provincia parientes, ó amigos que habrian puesto freno á sus placeres, y él quiere abandonarse á ellos libremente: pasa á otro pais; pero no de los confinantes, porque de allí habrian corrido nuevas de su vida y habrian podido aun allí oir algunas reprensiones... ¡Ay de mí! Cuántas penas conviene sufrir para poder vivir tranquilamente en el libertinage! Menos ciertamente costaria vivir una vida arreglada, compuesta y religiosa. Pero, por mas que cueste, él quiere lograr su intento, parte, camina á grandes jornadas, y finalmente llega á un pais muy distante y desconocido, donde ni su padre, ni su hermano, ni sus parientes, ni sus amigos podrán jamas funestar las delicias que va á gustar... ¡O empresa inconsiderada! ¡O partida hecha sin reflexion...! ¡Ay de mí! ¿No me he alejado yo por ventura, de este mismo modo de Dios por mis pecados? ¿No he huido de él lo mas lejos que me ha sido posible? ¿No he puesto en olvido su ley, sus amenazas, sus promesas y sus beneficios? ¿No me he alejado de todos aquellos que podian darme

saludables consejos? ¿No he hecho liga con personas que antes me eran desconocidas y que podian infaliblemente perderme? ¿No me he hecho superior á cuanto se podia decir de mí, y á cuanto se podia pensar, para darme libremente á mis pasiones y á mis placeres? ¿Pero qué éxito han tenido tantos esfuerzos, para satisfacerme?

PUNTO III.

El Hijo Pródigo disipa todo su patrimonio.

Lo disipa sin reserva, sin miramiento, por amor del lujo y en convites... «Y de allí á pocos dias, juntándolo todo, el hijo menor, se fué á un pais muy distante y allí disipó cuanto tenia viviendo con disolucion.» ¿Cuál fue esta disipacion?

Lo primero. *Una disipacion despreciable en su prodigalidad.* — He aquí, pues, este joven insensato en el colmo de sus deseos, seguro de que nadie le contradiga, libre de toda reprension, dueño de emplear como mas le agrade, todo el dinero que habia sacado de su legítima. No tardó en abusar de esta libertad. Comenzó á comparecer con un lujo que anunciaba sus intenciones y que bien presto le concilió un gran número de amigos, tales cuales los merecia. Festines, danzas, conciertos, juegos de toda especie distribuian alternativamente los momentos de su vida. En ellos pasaba los dias y las

noches y todo iba á medida de sus deseos. Triunfaba en medio de su felicidad y sus amigos le aplaudian todos sus gustos. Celebraban su gloria y exaltaban su magnificencia. Pero los amigos libertinos ni son amados, ni pueden ser estimados. Es muy creible, que los del Pródigo lo despreciasen, que á sus espaldas se burlasen de su simpleza y de su locura, que lo mirasen como su diversion y que formasen de él la materia ordinaria de sus sátiras y de sus dichos mordaces. Así sucede ordinariamente. Vos os fiais de aquellos amigos que os han pervertido; vos os creeis haceros estimar de ellos con sobrepujarles: vos mostrais ya tener menos vergüenza y religion que ellos; sois mas atrevido que ellos en las blasfemias, en las obscenidades que vuestra boca va vomitando y en los desórdenes, á que os abandonais; pero tened por cierto que aunque aplauden vuestros excesos, muchas veces los aborrecen y hacen de vos un vil desprecio.

Lo segundo. *Fue una disipacion breve en su duracion.* — La vida que llevaba el Pródigo y que tanto habia suspirado, estaba para él llena de dulzuras; pero no podia durar, como de hecho no duró. Bien presto faltó el dinero y se desvaneció toda su fortuna... La felicidad que consiste solo en el pecado, es siempre de poca duracion: la felicidad que se coloca en la satisfaccion de los sentidos, es una felicidad imaginaria. Apenas se gusta, desaparece y no deja otra cosa de sí, que una memoria amarga y llena de remordimientos. La felicidad que se

gusta en la virtud, es la sola verdadera, porque es la sola que tiene consistencia. Ella se mantiene en las aflicciones, en las desgracias, en las enfermedades, en los peligros de la muerte: se mantiene tambien en la misma muerte y nos sigue mas allá de la tumba. Al contrario, en todos estos casos, la felicidad de los sentidos nos abandona y el pecado que en nosotros queda, nos atormenta, nos atemoriza y nos persigue hasta en la otra vida, para cambiarse en un tormento eterno.

Lo tercero. *Fue una disipacion molesta en su fin.* — ¿Cuáles debieron ser las inquietudes del Pródigo, cuando advirtió y cayó en la cuenta, que los fondos empezaban á faltarle y que bien presto nada le quedaria? De hecho, el dinero tuvo fin y con él se acabaron los placeres; se separaron los amigos, y el Pródigo se halló abandonado de ellos, en poder de sus desordenadas y melancólicas reflexiones. Dichoso él todavía, si estas lo hubieran inducido á una vuelta pronta; pero se obstinó en su miseria y obstinándose en ella, llegó al colmo... Pecador, tú has llegado finalmente á lo que deseabas; te has dado, con una total libertad, sin freno y sin medida en poder de todos tus deseos: has abandonado á Dios, su Ley y su presencia, has sofocado la voz de la conciencia de la naturaleza y del honor, por escuchar solo la de tus pasiones. ¡O qué estado tan feliz! Tú has gustado en él todas las dulzuras; pero dulzuras engañosas que no han podido durar largo tiempo: las has visto acabar,

detras de ellas han venido el fastidio, el disgusto, una profunda, é involuntaria tristeza y una negra melancolía. ¡Ah! Todo esto te era desconocido en el servicio de Dios. ¿Dónde está ahora aquella paz del corazon, aquella serenidad de rostro, aquella dulzura de caracter, aquella uniformidad de humores, aquella nobleza de sentimientos, aquel amor á la virtud, aquella ternura de devocion, aquella atencion á tus obligaciones, aquel gusto de Dios; y aun aquella bondad, aquel honor de que te gloriabas, mucho mas preciosos que el oro y que las piedras preciosas? ¡Ay de mí! Todo se ha perdido, todo se ha disipado. ¿Y qué te falta aun que ser en el estado de miseria en que te hallas? ¡Ah! cesa una vez de imitar al Pródigo, aprovéchate de sus primeras desgracias, para volver á tu padre, no esperes á experimentar otras mas funestas, contra las que acaso no encontrarás algun remedio.

Peticion y Coloquio.

¡O Dios mio, qué locura ha sido la mia en abandonaros, para entregarme al pecado! ¿Qué puedo encontrar apartándome de Vos, o adorable Salvador mio? Llamadme de este extravío, buscadme, salvad mi alma, o el mas tierno de todos los padres, restituidme aquella alegría, aquella felicidad que he perdido por el pecado, uniéndome á Vos con los mas estrechos lazos de amor de un amor inalterable. Amen.

MEDITACION CXCVI.

PRIMERA CONTINUACION DEL HIJO PRODIGO.

S. Lucas, c. XV, v. XIV, XVI.

INFELICIDAD DE SU DEMORA EN EL PAIS EXTRANGERO.

Primero, de la carestía que reinó en el pais, donde se habia retirado. Segundo, del empleo que le fue necesario tomar. Tercero, de la languidez, y debilidad en que cayó por falta de alimento.

PUNTO PRIMERO.

De la carestía que reinó en el pais donde se habia retirado.

Primero. *Carestía real.* — « Y luego que todo lo hubo consumido vino una grande hambre en aquel pais, y él empezó á padecer necesidad... » Seguro de no ser visto de alguno, y libre de toda sujecion el Pródigo, disipó sus bienes en el lujo, en juegos, y banquetes, y para aumento de su desgracia, una carestía que sobrevino al pais en que se habia retirado, lo redujo á la extrema miseria.... Es cosa cierta que el pais de los pecadores es un pais desolado de la carestía, y habitado solo de hambrien-

tos. No esteis á la apariencia : por de fuera todo parece brillante ; no se habla de otra cosa que de alegrías, de placeres, de satisfaccion, de divertimiento; pero examinad despues desde cerca, id al fondo del corazon de alguno de estos pretendidos felices, que en él habitan y comparecen tan satisfechos, y tan contentos, y encontrareis un hombre atormentado dia y noche de ardientes deseos, de antojos quiméricos, de caprichos extravagantes, de gustos depravados, de una situacion de espíritu inquieto, y á quien falta siempre alguna cosa, para tener el corazon contento.

Segundo. *Carestía extrema.* — No se puede explicar hasta qué punto se haga sentir la hambre devorante, que atormenta al que se aparta de Dios, y persevera así lejos de él. Apenas lo pueden explicar los que han salido de esta tierra de maldicion. Vosotros os sorprendeis de la continua disipacion en que este vive : de los frívolos entretenimientos á que el otro atiende ; de los movimientos, y de las penas que sufre el otro. Aquí veis un rico que incesantemente trabaja por enriquecerse ; allá otro ya constituido en dignidad, que se esfuerza para subir aun mas alto ; por otra parte un voluptuoso siempre ansioso de placeres, siempre ocupado en procurárselos nuevos. No os sorprenderíais, si conocieseis la hambre que los abrasa, y que ciertamente se esfuerzan en vano á apagar, y á templar. Lo que sí debe sorprenderos es, que su hambre es de tal naturaleza, que cuanto mas la

contentan, tanto mas crece... ¡Ah! El motivo es, que Dios solo puede llenar nuestro corazon, y satisfacer plenamente nuestra alma. Vuélvete, pues, á él, o pecador, y encontrarás el fin de tus tormentos; te hartarás de la abundancia que reina en su casa, y te alimentarás de su misma divinidad.

Tercero. *Carestía general.* — No penseis que se dé ni un solo pecador, que perseverando en su pecado, pueda estar exento de los asaltos de esta carestía. No hay precaucion que pueda librarlo. El que ha perdido á Dios, lo ha perdido todo, y no le queda ya cosa alguna. Luego que disipó el Pródigo su fondo sintió todo el horror de la carestía. ¿Habria él pensado jamas que tan presto se veria reducido á este estado? ¿Joven inconsiderado, quién te ha traido á tan miserable pais? ¿En qué has de venir á parar? ¿A qué parte te volverás? ¿Irás á encontrar los amigos de tu disipacion, aquellos compañeros de tus diversiones: aquellos cómplices de tus desórdenes? ¿Los crees tú en estado de aliviarte, de consolarte y de alimentarte? ¡Ay! estan como tú, en la extrema miseria, ó si estan en estado de dar algun alivio á tus males, ¡ay de mí! no se compadecen de ellos ni los enternecen. Sal, pues, prontamente de un pais, que te ha sido tan funesto: vuelve á la casa de tu Padre, y hazle la humilde confesion de tu extravío. Pero no, antes de tomar una tan sabia resolucion, está determinado á probar otro camino: acaso los tiempos se mudarán, y su suerte vendrá á ser mas

dulce; se puede aun tener paciencia por algun tiempo; ¡o esperanza insensata, solo buena para poner el colmo á su desventura, y que ha llevado tantos otros á la última ruina!

PUNTO II.

Del empleo que le fue necesario tomar.

Primero. *Del Señor que sirve.* — « Y fué y se arrimó á uno de los ciudadanos de aquel pais; el cual lo envió á su Granja á guardar los puercos... » Resuelto el Pródigo á quedarse en el pais, no obstante la carestía que reinaba, halló un solo expediente para poder subsistir: despues de haberlo vendido, y disipado todo, se determinó á venderse á sí mismo, ó á hacerse esclavo, para tener pan. Aquel, á quien se entregó para servir era un ciudadano del pais, hombre poderoso, pero sin compasion... El que peca se hace esclavo ¿y de quién? Del pecado, del demonio, de su pasion, y del hábito del pecado. ¡Qué Señor! ¿Ha habido jamas otro mas cruel? ¡Qué esclavitud! ¿Hay, ó ha habido otra mas vergonzosa? Hijos de Dios, avergonzaos de haberos degradado hasta este punto; romped vuestros lazos; despedazad vuestras cadenas, y volved al Señor, vuestro Dios, y vuestro Padre.

Segundo. *Del Lugar á donde va.* — Seria aun menos digno de compasion el Pródigo, si hubiese

podido quedar con él, pero desde que se entregó á su servicio, este Señor lo envió á su Granja, donde este desventurado Pródigo encontró tantos tiranos, cuantas eran las personas que la gobernaban... He aquí donde ha venido á parar la libertad tan decantada, tan deseada, y tan buscada... La obediencia filial, una dulce y honrosa sujecion para con un Padre, que te amaba, y con quien no te faltaba cosa alguna, te parecia insoportable ¿o insensato! y he aquí que te hallas esclavo de un Señor extrangero, é imperioso: y he aquí que te hallas desterrado en una Granja, y hecho el juego de una gente rústica y grosera, que en otras ocasiones no se hubiera atrevido á comparecer delante de tí sino con respeto... ¡O tú pecador, á quien el yugo del Señor; el peso ligero, y glorioso de su santa Ley, ha parecido demasiado duro y pesado, á qué vergonzosa, y dura esclavitud te ves reducido! Esclavo del demonio, y de otros mil tiranos que te poseen; esclavo de una pasion dominante, y de otros mil que te tiranizan; ves ahí donde te ha traido la falsa libertad que has buscado, abandonando al Señor tu Dios, y tu Padre; o grave yugo, bajo del cual tú gimes y te desesperas, sin poderte resolver á despedazar los hierros, que amas, y alternativamente detestas. ¿Y en qué partes arrastras tú este vergonzoso yugo; ¿Cuáles son los lugares que frecuentas, y á los que tu Señor te envia? lugares de juego, embriaguez de prostitucion, y de pecado: Los Templos de Dios, tú no los conoces

ya : y si alguna vez vas á ellos, vas para profanarlos, y á llevar el escándalo.

Tercero. *Del empleo en que sirve.* — « (El Señor) lo envió á guardar puercos... » ¡Qué empleo para un hijo de familia! ¡dura necesidad! ¿Pero á qué no se resuelve el que no tiene pan que comer? ¿con qué altivez no le mandan aquellos viles mercenarios? ¡Qué caimiento para un joven que vivia en su casa en la esplendidez, rodeado de criados respetuosos, y prontos á ejecutar sus órdenes á la menor señal de su voluntad...! No manda con menos imperio y dureza la pasion á aquel que se ha hecho su esclavo, ni es menos bajo, ni menos vergonzoso el empleo á que lo aplica... Este alma mientras que fue fiel á Dios, y estuvo unida á él, tenia su espíritu lleno de ideas nobles de la divinidad, y aspiraba á una eterna felicidad. La servian los Angeles, Jesucristo la adoptaba, Dios era su Padre, los Bienaventurados del Cielo, y los justos de la tierra eran sus amigos, sus conciudadanos y sus hermanos; pero habiendo venido por el pecado á ser esclava del demonio, y perseverando en esta esclavitud ¿á qué cosa no está ella sujeta? ¿Qué ideas concibe? ¿Cuál es su compañía? ¿en qué emplea sus cuidados? La gobiernan los demonios, millares de pecados la rodean; la esperan los réprobos; todos sus pensamientos y sus acciones son pensamientos y acciones dignas solo de vergüenza, de oprobio, y de infierno. Las pasiones, los pecados, los demo-

nios; he aquí la vil manada á que atiende, y á que consagra su reposo, sus penas y sus atenciones.

PUNTO III.

De la languidez en que cae por falta de sustento.

Primero. *Del alimento que se prometia le seria suministrado.* — « Y deseaba con ansia llenar el vientre de las bellotas que comian los puercos, y ninguno se las daba. » Abatiéndose al vil estado de porquero, no creia ya ser alimentado delicadamente : se persuadia que era necesario renunciar á las delicadezas de su primera condicion; pero esperaba que á lo menos hallaria un alimento oportuno y suficiente, bien que grosero... Tal es la esperanza del pecador haciéndose esclavo del pecado. Conoce muy bien que se envilece ; que los placeres que se promete, son groseros, y muy inferiores á aquellos que habia gustado en el servicio de Dios; pero en sus mismos desórdenes no pretende ya andar mas allá de aquello que llama flaqueza humana, y cree que cediendo hasta aquel punto á sus inclinaciones, podrá quedar satisfecho, y vivir contento. ¡Ah! No conoce el miserable el Señor, á quien se ha puesto á servir. Aprenda, pues, á conocerlo, de la situacion en que se halla el Pródigo.

Segundo. *Del alimento que desea.* — Del alimento que es el objeto de sus deseos, juzgaremos cuál era

el que se le suministraba.... Vuelta ya su manada á casa, cansado, sin fuerzas, arruinado del tedio, y de la fatiga, lo que se le daba era tan poco capaz de saciarlo, que envidiaba la vil comida que veia comer á los puercos: se habria tenido por feliz, en poderse llenar de ella, y apagar así el rigor de la hambre que lo consumia. ¡Pródigo desventurado, ves aquí, pues, en lo que han venido á parar tus proyectos! Has dejado el mejor de los Padres, para vivir con libertad, y te hallas esclavo. Has llevado tu patrimonio á un pais extraño, para vivir allí en las delicias, y encuentras un pais desolado de la carestía. Te has puesto á servir para tener pan, y estás reducido á desear el manjar de los puercos... Imagen espantosa, pero verdadera del pecador que se obstina en quedarse en su pecado. Cada paso que da, lo conduce á un nuevo precipicio; cuanto mas se esfuerza á encontrar su satisfaccion en el pecado, tanto mas se degrada á sí mismo, y acrecienta su tormento. ¿Este voluptuoso, cansado y consumido de sus desórdenes, despues de haber disipado cuanto tenia, y arruinado su salud en los mas infames placeres no se halla harto aun? ¿Cuál es, pues, todavía la hambre que lo consume? ¿Cuáles son los deseos que lo inquietan? ¿Qué mas quiere? ¿Qué desea todavía? ¡Ah! No me atreveria á decirlo, si así no fuera; pues me horrorizo aun de pensarlo. Todo lo que ve; todo lo que oye; toda la torpeza que se puede encontrar en los libros mas obscenos, en las pinturas mas lascivas, en la ima-

ginacion mas corrompida, viene á ser el objeto de sus desenfrenados deseos; y causa el tormento de su corazon.

Tercero. *Del alimento que le viene negado.*—¡Ah! No son manjares delicados, ni menos es pan lo que desea, sino el vil alimento que se da á los puercos: de esto desea llenarse; esto se le niega; y ni le es aun permitido el tocarlo: lo pide, y ninguno lo escucha; ninguno se lo da. Ultima figura del Pródigo y de la miseria del pecador... Entorpecido ya este del largo hábito del pecado, no se lamenta de la severidad de la Ley de Dios, ó de la ley de la naturaleza. Ha ya mucho tiempo que saltó los límites de la una y de la otra: se duele de las leyes de la pública honestidad que querria abolir, para sustituirles una libertad cínica. La condicion de las bestias le parece preferible á la suya: envidia la suerte de los animales mas inmundos, con ellos querria revolcarse en el cieno, y en las inmundicias; querria poder vivir y morir como ellos. ¡Pero deseos quiméricos, antojos tan vanos como infames! ¿Puede un hombre, un cristiano degradarse hasta este término? ¿Quién le habria dicho jamas á aquella alma timorata, cuando cometió el primer pecado, que un dia, y poco á poco habia de llegar á un tal estado? ¿Quién le habria dicho al Hijo Pródigo, cuando pidió su legítima á su Padre, el paradero de su locura? ¡Ah! Debemos temer el primer paso que damos, ó que somos solicitados á dar en el camino del pecado, ¡y oh cuánto debe-

mos temer perseverar en él. Feliz aquel, á quien Dios ha sacado fuera. Pero aun cuando hubiésemos llegado con el Pródigo al último exceso, no debemos desesperar. Antes debemos armarnos de un valor generoso, y volvernos como él á nuestro Padre.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! no permitais, o Salvador mio, que jamas me abandone al demonio; que me reduzca á aquella vergonzosa esclavitud, en que el pecador, víctima desventurada de las pasiones, que ni aun puede satisfacer ni gozar, se envilece, se degrada, y se precipita en la mas horrible necesidad y pobreza. ¡Qué mayor miseria, o Dios mio, que la de no amaros ya! ¡Ah! No permitais jamas que caiga yo en tanta desventura. ¡Ah! Señor, quiero ser vuestro en el tiempo, y en la eternidad. Amen.

MEDITACION CXCVII.

SEGUNDA CONTINUACION DEL HIJO PRODIGO.
S. Luc, c. XV, v. XVII, XX.

SU SABIDURIA EN LA VUELTA A SU PADRE.

Sabiduría. Primero, en sus reflexiones. Segundo, en sus resoluciones. Tercero, en la ejecucion.

PUNTO PRIMERO.

Sabiduría en las reflexiones.

« Pero vuelto en sí mismo dijo, ¡cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen el pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre!...! » El Pródigo finalmente vuelve sobre sí mismo. La desgracia de los pecadores es de no volver á entrar en sí mismos, y aun de huir de todo lo que podria hacerles volver en sí: si cualquier accidente improviso, ó si cualquier movimiento de la gracia los llama dentro de sí mismos, luego se salen fuera, buscando el modo de disiparse, y no haciendo re-

flexion alguna, ó si la hacen, es muy superficial, é incapaz de retirarlos de su miserable estado; ó bien sus reflexiones son de desesperados; propias para detenerlos, y confirmarlos en sus desórdenes; pero las del Pródigo fueron serias y útiles.

Lo primero. *Sobre lo pasado*: comparando su estado presente, con aquel en que estaba en casa de su padre... es facil pensar lo que se diria á sí mismo sobre una tan enorme diferencia, y lo que puede decirse á sí mismo el pecador, confrontando el afan, y la inquietud, la miseria, y la languidez en que vive, con la paz, y con la alegría que experimentaba cuando servia á Dios con fervor... De esto deben aprender los padres, y los que tienen cuidado de criar la juventud, cuán importante sea formar con tiempo los hijos en la piedad, hacer que se adelanten lo mas que sea posible en el conocimiento, y en el amor de Jesucristo, hacerles gustar el Señor en la participacion de los Sacramentos, en el uso de la meditacion, y en la práctica de la mortificacion y de la penitencia, proporcionada á su edad. Sin embargo de que á pesar de una tal educacion, algunos despues salgan del camino, ello es constante que como sucedió al Pródigo, ninguna cosa es mas poderosa para volverlos á Dios, que la memoria del gusto, y de la alegría que habian experimentado otras veces en el servir á su Dios. Se puede dar por cierto, que aquellos que se endurecen sin arrepentimiento son los que mal educados jamas han gustado cuán dulce sea el

Señor; pero aquellos que lo han gustado es cosa rara que no deseen ya mas volver á él.

Lo segundo. *Sobre lo presente.* — El Pródigo de lo que ha visto en casa de su padre, juzga como van aun actualmente las cosas. Compara su estado, no con aquel en que otras veces se halló él mismo, sino con aquel (y esto es mas considerable) en que se hallan actualmente los criados de su padre. ¡Ah! Exclama en la amargura de su alma, ¡cuántos criados en casa de mi padre tienen el pan en abundancia, y yo su hijo, yo me muero aquí de hambre! ¡Ay de mí! Podemos decir nosotros á su ejemplo, ¡cuántas almas fieles á Dios sin haber recibido tantas gracias, tantas instrucciones, tantos socorros como yo he recibido, viven en la inocencia, en el horror del vicio, en la práctica de la Ley de Dios, y obran su salvacion con tranquilidad y contento! Y yo prevenido de tantos favores, instruido con tanta diligencia, distinguido por una particular vocacion, llamado á la perfeccion y á la santidad, yo me condeno, me corrompo en el pecado, vivo en el desfallecimiento, y muero de hambre! Alma mia, sal de un estado tan vil, y vuelve otra vez á tu primer fervor.

Lo tercero. *Sobre lo venidero.* — Yo aquí muero de hambre, decia el Pródigo; si aquí me mantengo mas tiempo, caeré dentro de poco, bajo los golpes de la muerte. No puedo continuar una vida como esta, me faltan ya las fuerzas... Huiré, partiré de aquí, volveré á la casa de mi padre... mas

siento una grande dificultad : pero finalmente , se trata de mi vida ; no lo dilato mas.. ¡Ah ! si el pecador diera una ojeada sobre este terrible futuro á lo por venir, sobre esta muerte cierta , sobre esta eterna condenacion. ¿Qué es lo que yo hago , infeliz, gritaria , qué hago yo? Si permanezco en este estado me condeno. Acaso , no tengo mas que este momento para resolverme y tomar partido , acaso mañana ya no seré. Si hoy lo dilato , querré tambien mañana dilatarlo , y á fuerza de dilaciones me iré acercando á la muerte , y seré sepultado en el infierno... ¡Ah! ¡dígnese el Cielo de preservarme de esta desgracia...! Cuésteme lo que me costare , no quiero condenarme , se trata de mi alma , se trata de evitar una muerte eterna, un suplicio sin fin. No quiero exponerme mas á un tal riesgo : estoy resuelto, y á cualquiera precio, quiero salvarme.

PUNTO II.

Sabiduría en las resoluciones.

Primero. *Resoluciones fundadas sobre el conocimiento de su miseria.* — « Me levantaré é iré... » ¿Por qué esta resolucion tan firme? Porque ella tiene por fundamento el horror de su estado , el sentimiento de su miseria , y la evidencia del peligro que corre. Esto es lo que hace decir con tanta

firmeza, *me levantaré é iré.* — Lo diriamos tambien nosotros con la misma resolucion y firmeza, si á nuestras resoluciones diésemos los mismos fundamentos. Se presentaron sin duda, al espíritu de este Pródigo joven, muchas de aquellas cosas que se presentan al nuestro, y que muchas veces tienen demasiada fuerza, para conmover, y aun para aterrar nuestras mejores resoluciones... Por una parte las dificultades de romper las ataduras de su esclavitud, de engañar la vigilancia de su Señor, y de caer en los guardas, que tal vez lo acecharian; por otra parte, lo largo del camino, el tedio, la fatiga, los peligros de un viage emprendido en este estado de debilidad, y de penuria; y finalmente y mas que lo restante, la manera con que le convendrá presentarse llegando á la casa de su padre, y la vergüenza que tendrá que sufrir despues de semejante vuelta. Pero todo esto no hace sobre él la mínima impresion, porque se trata de la vida. « *Yo aquí me muero; con que me alzaré...* » *Me alzaré*, y me haré superior á todas las consideraciones, á todos los juicios, y á todos los discursos... « *Yo aquí me muero...* » con que partiré, iré, venceré todos los obstáculos, sufriré todas las fatigas, me arrastraré como pueda; pero siempre iré y ninguna cosa será capaz de hacerme mudar de resolucion.

Segundo. *Resoluciones fundadas sobre el conocimiento de la bondad de su Padre.* — « Me alzaré é iré á mi padre... » A este dulce nombre de padre se despierta su amor, se reanima su confianza, sus

fuerzas se renuevan : iré á mi padre. No, no tomaré caminos torcidos; no iré á refugiarme en casa de un pariente, ó amigo; para hacerme anunciar desde allí, procurar mi reconciliacion, investigar los sentimientos de mi padre, y tratar de acuerdo con él. No; iré luego al punto á él. ¡Ah! conozco yo á mi padre; conozco la ternura de su corazon, y su bondad para conmigo, yo he abusado de ella, es verdad, pero no está exhausta, es aun mi padre, é iré á él. — ¡Ah! tengamos los mismos sentimientos de confianza, porque la bondad de este padre es solamente la figura de la bondad infinita del nuestro.

Tercero. *Resoluciones tomadas sobre el conocimiento de su culpa.* — Acercándome á mi padre, no me serviré de digresiones, no buscaré escusas.. « Iré á mi padre y le diré; padre pequé contra el Cielo, y delante de tí... » Este Hijo Pródigo habria podido acusar su juventud y su falta de experiencia; los falsos amigos, y los malos consejos, pero no : solamente se acusa á sí mismo; reconoce toda la enormidad de su culpa; ella sola produce su arrepentimiento. Nada dice de cuanto ha tenido que padecer, de las miserias que ha experimentado, de los peligros que le han ocurrido. Solamente movido de la ofensa que ha cometido, la confiesa, y se arrepiente : y esta es toda su escusa.— Tal debe ser nuestro dolor de haber ofendido á Dios : un dolor verdadero, y siempre acompañado de una sincera humildad... Despues de haber con-

fesado mi culpa, decia entre sí el Pródigo, mi primer pensamiento debe ser explicar á mi padre lo que pretendo, con presentarme delante de él. No pretendo disminuir la legítima á mi hermano, ni caminar en adelante igual con él; esto no es justo. Ya no tengo pretension alguna á los bienes de mi padre, ni á sus favores particulares, ni á su liberalidad, ni á su familiaridad: ya no lo merezco. No pretendo ya que me reciba y me trate como á su hijo, ni menos quiero llevar el nombre, ni que se diga que lo soy. Despues de haber hecho lo que he hecho, ya no soy digno. Todo lo que yo pido es, que me sufra en su casa en calidad de criado, de jornalero, que me trate como aquellos que estan obligados á su servicio, y que yo pueda servirlo con ellos.. Le diré, pues... « No soy ya digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como á uno de tus jornaleros... » de este modo el Pródigo se hacia justicia á sí mismo, sin adularse... Si así lo hiciésemos con nosotros mismos, si como él reconociésemos nuestra indignidad, si una sincera humildad fundada sobre el conocimiento de nosotros mismos, y sobre la memoria de nuestros pecados, regulase nuestras pretensiones ¿podriamos lamentarnos de cosa alguna? ¿Y cuántas gracias no se mereceria esta humildad? ¡Pero ay de mí! muchas veces un fiero orgullo, una delicadeza insoportable, y que tan poco conviene despues de tantos pecados, nos hace odiosos á Dios y á los hombres.

PUNTO III.

Sabiduría en la ejecucion.

Primero, *Ejecuta prontamente.* — « Y levantándose se fué á su padre.... » Luego que el Pródigo formó su proyecto lo ejecutó: se levanta, recoge aquellas pocas fuerzas que le quedan, y se pone en viage. Si hubiese dilatado el poner por obra su resolucion, le habrian podido faltar las fuerzas, se habria resfriado su ardor: su Señor habria podido descubrir, ó sospechar sus designios, y ponerle los obstáculos que hubieran sido insuperables; y jamas habria podido tener la consolacion de volver á ver á su padre, y acaso se habria muerto en la ignominia, y en la miseria, en medio de los puercos con quienes vivia... ¡O! y cuántas resoluciones se han quedado estériles, por la dilacion de la ejecucion. ¡Cuántos Cristianos se han condenado con resoluciones santas, pero diferidas, y jamas ejecutadas! Comencemos, pues, sin dilacion.

Segundo. *Ejecuta valerosamente.* — Apenas partió, se le presentó á su espíritu toda entera la idea de la casa paterna, llenó su corazon de una alegría inefable. Le parece que se tarda mucho en llegar; vuela hácia allá; y sin advertir las fatigas, ni los peligros, está solo atento á la esperanza de volver á ver á su padre, y de poder arrojarse á sus pies.... Partamos, pues, tambien nosotros sin diferirlo;

apenas habremos dado el primer paso, una alegría secreta, y desconocida encenderá nuestro corazon, y lo llenará de valor. Sentiremos dentro de nosotros, que es un Padre aquel á quien volvemos; caminaremos con ardor, volaremos á él, y lo hallaremos.

Tercero. *Ejecuta fielmente.*—Ninguna cosa muda su designio formado... va derechamente á su padre, y bien presto le hará la confesion de sus culpas, en los mismos términos que ha proyectado... ¿Y por qué nosotros hacemos tantas mutaciones sobre tantos puntos esenciales, en el plan de reforma, que nos hemos ideado? Cada dia quitamos alguna cosa de las que habiamos resuelto hacer; Ah! Seamos fieles en nuestras resoluciones, como el Pródigo, si queremos gustar como él las dulzuras de un favorable recibimiento.

Peticion y Coloquio.

O Dios mio; á Vos me vuelvo sin dilacion, con sinceridad, con confianza, y para siempre: Vos mismo sois el que me inspirais el deseo, que me anima. ¡Ah! no permitais que yo retroceda. Mi miseria es infinita, son innumerables mis culpas, pero es inagotable vuestra ternura. Mi corazon es ingrato y perjuro, pero este corazon está vivamente contrito, sinceramente humillado, y Vos no desecharéis el sacrificio, que vengo á haceros de él. Amen.

MEDITACION CXCVIII.

TERCERA CONTINUACION DEL HIJO PRODIGO : LOS FAVORES DE SU RECIBIMIENTO.

S. Luc. c. XV, v. xx, xxiv.

Primero, su padre lo previene tiernamente. Segundo, lo hace vestir noblemente. Tercero, lo trata espléndidamente.

PUNTO PRIMERO.

Su padre lo proviene tiernamente.

« Y mientras estaba todavía lejos lo vió su padre, y se movió á piedad y corriendo á él le echó los brazos al cuello, y lo besó... Observemos toda la conducta de este tierno padre. El Salvador nos expone todas sus circunstancias, para darnos una idea de toda la ternura que tiene para con nosotros, cuando volvemos á él.

Lo primero. *Su padre lo vió desde lejos, y lo reconoció.* — ¿Cómo sucedió, que se halló su padre allí el primero para verlo? No fue ciertamente aca-

so, fue bien el cuidado paterno el que condujo allí al padre para verlo. ¿Cómo pudo reconocerlo desde tan lejos, y en un estado de no poder ser conocido? No fueron ciertamente sus ojos los que lo conocieron: fue su corazon ¡O corazon, o mirada paterna de nuestro Dios, Vos nos seguís por todas partes, y desde que nos volvemos á Vos, Vos nos reconoceis por vuestros hijos, y teneis toda la ternura para nosotros!

Lo segundo. *Su padre viéndolo se movió á compasion.* — Y verdaderamente era bien digno de compasion este Hijo Pródigo, en el estado en que se hallaba: ¿pero podia él merecer compasion de un padre tan gravemente ofendido, tan indignamente deshonrado? ¡O padre tiernísimo! ¿con que ya os habeis olvidado de la presuncion con que os pidió la legítima; del desprecio, con que os abandonó, y de la ingratitud con que se alejó de Vos? ¿No habeis sabido la licenciosa vida que ha pasado; hasta qué término se ha envilecido, y se ha obstinado en vivir separado de vos; hasta que término se ha degradado, y os ha deshonrado á vos mismo? Ignorais vos tambien, que no es otra cosa que el exceso de su miseria, y el temor de su próxima muerte, lo que le ha hecho pensar en vos, y que si su fortuna se hubiera mantenido en vigor, estaba resuelto á no volveros á ver ya jamas? No: de todo esto no se acuerda este tierno padre, todo lo pasado lo pone en olvido, ve solamente el estado presente de su hijo que lo mueve á compasion, y solo piensa en

sacarlo de él. ¡O Dios de las misericordias! Tales son vuestros sentimientos de bondad para con nosotros, desde que nos veis volver á Vos.

Lo tercero. *Su padre le corre al encuentro.*— ¡Ah! habria debido á lo menos esperar á este hijo arrepentido, y dejarlo acercarse á él, disimular por un tiempo la compasion que inspiraba su vista, tomar un semblante severo, ó por lo menos grave y serio, para hacer comprender á este joven libertino el justo resentimiento que le habia ocasionado su conducta. Sí, así habria debido ser, si el Salvador nos hubiese propuesto esta parábola, para servir de modelo á los padres terrenos; pero nos la ha propuesto para hacernos conocer las misericordias de nuestro Padre celestial, y estas son tan superiores á las de los hombres, cuanto lo está el Cielo de la tierra. ¡Ah! no juzguemos, pues, de Dios por nosotros mismos, sino conozcámoslo por lo que nos dice nuestro Salvador. En Dios todo es infinito, su bondad, su amor, su misericordia y su justicia tiene por fundamento su ternura para con nosotros.

Lo cuarto. *Su padre se le arroja al cuello, le abraza tiernamente y lo besa.* — ¡Qué solicitud! ¡Qué demostracion! ¡Qué prenda de reconciliacion! ¡Ah! No hay pecador sinceramente convertido que no haya experimentado estas demostraciones de bondad por parte de Dios. Ellos nos pueden decir lo que han experimentado en aquellos felices momentos en que Dios los ha reconciliado á su gracia; y

si nosotros hemos sido de este número debemos hacérnoslo presente á nuestro espíritu con los mas vivos sentimientos de amor y reconocimiento.

PUNTO II.

Su padre lo hace vestir noblemente.

Primero. *Del orden que da este padre.* — « Y el hijo le dijo : padre he pecado contra el Cielo y delante de tí : ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo ; mas el padre dijo á sus criados sacad el vestido mas precioso y vestídselo; y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus pies, y traed un ternero gordo y matadlo.... » Hechas las primeras caricias condujo el padre al hijo á casa : penetrado y confuso este joven de un recibimiento que seguramente no esperaba, y sabia muy bien que no lo merecia; y no habiendo podido hasta ahora manifestarlo sino con sollozos y con lágrimas, se aprovechó de este momento para decirle con la amargura mas viva : ¡Ah, padre mio! he pecado contra el Cielo, y soy inescusable delante de Vos; no merezco el nombre de hijo vuestro..... Querria decir mas cuando su padre trasportado de alegría, y escuchádolo apenas no le dió tiempo para acabar. Le queria pedir un lugar entre sus criados cuando este tierno padre pone él mismo en movimiento todos los criados para servirlo. Ordena con la mayor diligencia, que manifiesta la grandeza de su júbilo,

sin dejar á su hijo lugar para hablar; y que apenas da á sus gentes el tiempo para obedecerle. Daos priesa, dijo él, luego que entró, traedme aquí el vestido mas bello que yo tengo y vestidlo que yo lo vea. Ponedle al dedo un anillo de oro, y dadle con qué calzarse. Apenas acabó de mandar á estos, dió órdenes no menos solicítas á otros para los preparativos de una grande comida.

Segundo. *Cómo se ejecutó el orden del padre.* — Participan los criados de la alegría de su señor, y no difieren un punto la ejecucion de sus órdenes. Mientras los unos van á preparar la comida, vienen los otros, y se dan priesa á vestir este afortunado hijo del padre mas tierno. O Joven Pródigo ¿dónde estás tú? Estan aturdidos tus sentidos; te faltan las palabras. Mírate aquí entre una multitud de criados solícitos al rededor de tí, y celosos entre sí en ejecutar con la mayor presteza las órdenes de tu padre, y en darte mayores demostraciones de celo y de respeto. Dime ¿qué diferencia hay entre estos honores y los desprecios que has sufrido en el lugar de donde vienes? ¿Te reconoces ahora? ¿Eres tú mismo? ¿Es por ventura este un sueño? ¿Cómo has pasado tan presto de un extremo á otro; del abismo de las miserias al colmo de los honores? ¿A quién debes tú este afortunado cambiamiento sino al mejor de los padres?

Tercero. *Qué cosa significa esta orden.* — O Padre de las misericordias, o Dios de toda consolacion: ¡Sois Vos mismo; son los deseos ardientes de vues-

tro divino amor los que nos pintais aquí! Así justamente en favor de un pecador convertido Vos poneis en movimiento el Cielo y la tierra: ordenais á vuestros Ministros, á vuestros Angeles visibles é invisibles estar solícitos al rededor de él, de servirlo, de vestirlo, de adornarlo con ornamentos preciosos: Vos le haceis dar un vestido magnífico que es el de su primera inocencia, y de la gracia santificante. Vos le haceis poner el anillo de oro en el dedo en señal de nobleza, y para demostrar que sus manos no estan destinadas para usos bajos y serviles, sino que todo la que hará será digno de su esfera, y meritorio á vuestros ojos. Finalmente, Vos le haceis poner el calzado á los pies para asegurar sus pasos é impedir que sean ofendidos; esto figura los buenos avisos que se le dan de parte vuestra; las atenciones que se tienen de su conducta, tanto por su director como por su Angel Custodio; y finalmente las santas resoluciones que Vos mismo le inspirais, para que pueda caminar por el camino de vuestros mandamientos con firmeza, con facilidad, y con constancia. Así el pecador enriquecido y adornado con vuestros bienes viene á ser enteramente otro.... Salido de la esclavitud del demonio no solo vuelve á entrar en vuestra casa para ser del número de vuestros criados, sino para ser tratado como vuestro hijo, digno ya en adelante de llevar este nombre. Pero no es esto aun todo: no se restringen aquí solamente vuestras bondades infinitas.

PUNTO III.

Su padre lo hace tratar espléndidamente.

Primero. *De la alegría y del banquete de esta solemnidad.* — Habia mandado el padre matar un ternero gordo, preparar una gran comida y disponer todas las cosas, para una espléndida fiesta. Dando tales órdenes, este tierno padre, manifestaba sus excesos y comunicaba á todas las cosas la alegría que tenia en su corazon.... « Comamos (iba diciendo) celebremos un banquete, porque este mi hijo estaba ya muerto y ha revivido; se habia perdido y ha sido hallado: y empezaron el banquete...» Se pusieron á la mesa, la compañía era numerosa, la alegría fue grande, y el objeto de todo era el hijo y el alma de todo era el padre. A la abundancia y á la delicadeza de los manjares, sucedió una dulce sinfonía, conciertos y danzas: nada se omitió para hacer esta fiesta tan cumplida, como espléndida.

Segundo. *Qué cosa significue esta alegría.* — ¡Ay de mí! ¿Señor, qué es lo que Vos nos habeis querido representar, usando aquí todas las expresiones de las débiles alegrías de la tierra? Ya nos lo habeis dicho en las parábolas precedentes, esta es la imagen del júbilo del Cielo y de la fiesta que celebran los Angeles por la conversion de un pecador.

Tercero. *Qué cosa significue este banquete.* — ¿Se-

ñor, qué significa este espléndido convite? ¿A qué, pues, alude? Sin duda á aquel que habeis prometido establecer en vuestra Iglesia y que de hecho habeis establecido. ¡O comida! ¡O convite superior á todos nuestros pensamientos, y á todos nuestros deseos; en que un hombre mortal recibe el pan de los Angeles, come el Cuerpo de Jesucristo y bebe su Sangre, se sustenta de la Divinidad, y adquiere la inmortalidad. Aquel pecador que antes gemia en la esclavitud, pobre, desnudo, miserable y hambriento; que deseaba solo el manjar de los puercos; helo aquí ahora vestido de púrpura, sentado á la mesa del Padre Celestial, servido de los Angeles y alimentado del mismo Dios.

Peticion y coloquio.

¡O! y cuán terrible sois, o Dios mio, para los que no hacen penitencia! Pero ¡o! y cuán lleno de bondad y magnífico, para aquellos que tienen el valor de hacerla! Basta tener un corazon de Padre. Dadme, o Señor, dadme este corazon, este glorioso nombre de hijo, para que sea digno de teneros por Padre. Amen.

MEDITACION CXCIX.

FIN DE LA PARABOLA DEL HIJO PRODIGO ; QUEJAS DEL HIJO MAYOR.

S. Luc. c. XV, v. XXV, XXXII.

Primero, consideremos cuáles son los defectos que los Justos deben temer y evitar. Segundo, Examinemos, cuáles son las preeminencias de los Justos. Tercero, reflexionemos sobre la conversion del pecador.

PUNTO PRIMERO.

De algunos defectos que los Justos deben temer y huir.

Esta última parte de la parábola, es la respuesta directa á las murmuraciones de los Fariseos, referidas al principio de este capítulo, y que dieron lugar á esta parábola y á las dos que le preceden. Ella puede dar motivo para observar en este primogénito algunos defectos, de que los justos no estan siempre exentos.

Primero. *La curiosidad.*— « Y su hijo mayor estaba en el campo y cuando vino y se acercó á la

casa, oyó los conciertos y los bailes y llamó uno de los criados y le preguntó, qué cosa fuese aquello... » La curiosidad del hijo mayor no tuvo acaso en sí cosa digna de reprension... Volvia de la campaña, y acercándose á casa, oyó el estrépito de las danzas y la armonía de los instrumentos y de las voces. Llamó un criado y le preguntó, qué significaba alegría tan improvisa y tan fuera de lo ordinario. Tenia sin duda derecho de hacer esta pregunta. ¿Pero nosotros, qué derecho tenemos de querer ser informados de cuanto se hace en la casa de los otros? ¿Por qué nos entremetemos en los negocios agenos? Este hijo pregunta á un criado, para saber cuál es el motivo de lo que oye. Puede ser que si su corazon hubiera estado del todo recto y sin que empezase á experimentar alguna pasion tumultuosa, hubiera entrado todo de un golpe para participar del júbilo de su padre, en el mismo instante que hubiese oido el motivo de aquella novedad. Sea como se fuese, la pregunta la hace á lo menos á uno de sus criados ¿pero nosotros, á qué llamar á los criados de los otros, para saber cuanto sucede en lo interno de las familias, y las razones de todo aquello que en ellas se hace? ¿Por qué preguntar á los vecinos, y á otras semejantes personas, muchas veces mal instruidas, y que se complacen de interpretarlo todo al mal? ¿Finalmente, por qué dejarse llevar de todo aquello que les agradará vendernos de mas falso y de mas maligno?

Segundo. *Un celo excesivo.* — « Y este le dijo :

ha vuelto tu hermano, y tu padre ha hecho matar un ternero gordo, porque lo ha vuelto á tener sano. Y él se encolerizó... » Esta era precisamente la situacion en que se hallaban los Fariseos. Estaban indignados, porque Jesucristo dejaba que se le acercasen los pecadores, y comia con ellos. Vense frecuentemente de estos hombres de una severidad excesiva para con los otros; que dan fácilmente en cóleras, y se indignan contra aquellos que usan de caridad con los pecadores, y los tratan con bondad y con indulgencia. ¡Ah! guardémonos de este celo farisáico, y hagamos aprecio y estima de aquel celo caritativo, penoso á los que lo ejercitan, y de mucho consuelo para los pecadores.

Tercero. *La obstinacion.*— « Y no queria entrar: mas el padre salió fuera y comenzó á suplicarle... « dejándose el hijo mayor trasportar de la cólera, tomó el partido de no entrar y no enturbiar una fiesta, donde su sentimiento le persuadia que estaria por demas. Es verosímil, que se le hiciesen muchas instancias de su padre; pero como él persistiese en su obstinacion, el buen padre salió por sí mismo á suplicarle y darle razon de lo que se hacia, respondiéndole á sus quejas para pacificarlo. Las personas de bien no siempre van exentas de una cierta sensibilidad, de una cierta delicadeza, que las lleva á una especie de sentimiento, de dolor, y aun de obstinacion.

Cuarto. *La presuncion.*— « Pero él (queriendo exponer los motivos de su disgusto) respondió y

dijo á su padre, ha ya tantos años que te sirvo, y nunca he quebrantado uno de tus preceptos, y no me has dado jamas un cabrito para que lo comiese con mis amigos... » Debemos renovar la memoria del tiempo que hemos pasado en el servicio de Dios, para darle gracias, para humillarnos, para animarnos mas, y no para lamentarnos: no para pretender dulzuras, y consolaciones de Dios, y mucho menos distinciones por parte de los hombres. Esta vida es el tiempo del trabajo, y del mérito, y no el de la recompensa.

Quinto. *La aspereza contra los pecadores.*—« Pero desde que ha venido este tu hijo, que ha consumido su hacienda con mugeres de mala vida... » Ah ¡cuánta aspereza en estas palabras! Y con todo eso frecuentemente las usamos en los discursos que entre nosotros se hacen sobre las obras del prójimo. Reflexionemos que aquel prójimo, que aquel pecador, en cuya conducta tomamos precisamente de mira lo que hay de odioso, no solo él es hijo de nuestro Dios, sino tambien nuestro hermano. Reflexionemos, que puede aun convertirse y venirá ser un santo mejor que nosotros. Pensemos que internamente gime él sobre sus desórdenes, y que querria salir de ellos. Pensemos que está ya acaso convertido y reconciliado con Dios. Pero ¡o cuánto seria mas grave nuestra culpa, si hablásemos así en el tiempo mismo en que da señales de conversion, de arrepentimiento y reconciliacion!

Sexto. *Comparaciones odiosas de nosotros con los*

otros. — « Desde que ha venido este tu hijo... has hecho matar para él el ternero gordo... » Estas comparaciones se mueven sobre dos puntos. Sobre lo que hacemos nosotros con lo que los otros hacen, y sobre lo que recibimos, con lo que reciben los otros. Yo he trabajado; he servido; he obedecido, aquel se ha divertido y ha hecho todo lo que ha querido. A mí nada se me concede, todo se me niega, á aquel todo se le concede y ninguna cosa se le niega. Comparaciones llenas de orgullo y de injusticia, de quejas y de murmuraciones. Guardémonos de tales quejas, ó sea de Dios y de su providencia, ó de los hombres y de sus injusticias. Pongámonos en todas las cosas en el último lugar, la humildad conservará el precio de las buenas obras, sostendrá nuestra virtud y nos traerá la paz del corazon.

PUNTO II.

De las ventajas de los justos.

« Pero el padre le dijo : hijo, tú estás siempre conmigo y todo aquello que tengo es tuyo, y era justo hacer un banquete y fiesta, porque este tu hermano estaba ya muerto, y ha resucitado, se habia perdido y se ha hallado... »

Observemos aquí las ventajas de los justos. — Primera. *Dios es su Padre*, y un Padre lleno de amor y de bondad; lleno de dulzura y de con-

descendencia. Pónganse los ojos en el Padre de esta parábola; desde que supo que su hijo mayor se muestra mal contento, se levanta, sale fuera, va á él, y en ver de reprenderlo, que podria haberlo hecho, emplea solamente las razones, las caricias y las súplicas. Escucha con paz sus quejas, y bien que ellas sean injustas y demasiado amargas, no se muestra ofendido, le responde con dulzura, disipa sus sospechas y para sosegarlo emplea todo lo que el amor paterno puede sugerir de mas racional, de mas sólido, y de mas tierno. Del mismo modo se compadece Dios de nuestras flaquezas y debilidades y nos anima á enmendarnos. Padre tan indulgente para con los justos, como misericordioso para con los pecadores, convida á estos su misericordia para que vuelvan á él, y su bondad excita á aquellos á purificarse y perfeccionarse siempre mas, y á animarse en su santo servicio.

Segunda. *Los justos estan siempre con Dios;* siempre unidos á él por la gracia santificante, siempre, ó á lo menos habitualmente, unidos á él mediante el interno recogimiento, mediante el pensamiento de su divina presencia y el actual deseo de agradarle. En este estado feliz, todas sus buenas obras son meritorias para la vida eterna, todas sus acciones, aun las mas comunes de la vida, pueden tambien serlo, si las ofrecen á Dios, si las hacen por gloria suya; de manera que para ellos no hay un momento perdido, porque todos estan dedicados á Dios.

Tercera. *Todos los bienes de Dios son de los justos.* — Bienes de la creacion y de la naturaleza, bienes de la redencion y de la gracia, bienes de la gloria y de la eternidad. Dios mismo es su bien y su herencia, él es de ellos, lo poseen y gozarán de él en el Cielo plenamente y para siempre... No nos lamentemos, pues, de la uniformidad de nuestra vida y de no experimentar grandes consolaciones internas y dulzuras espirituales, perseveremos solamente; serán nuestras un dia y las gozaremos en el Cielo. No envidiemos á los pecadores nuevamente convertidos las que ellos experimentan, y las fiestas que se celebran por su reconocimiento y arrepentimiento. Nada de todo esto perdemos nosotros, de ellas participamos tambien, con ellos entramos al banquete y nos alegramos del motivo del gozo de nuestro padre, este recupera un hijo y nosotros un hermano, el cual sin disminuir nuestra herencia, aumenta la felicidad de la casa que nos es comun y no puede dejar de contribuir á nuestra propia consolacion.

PUNTO III.

Reflexiones sobre la conversion del pecador.

«Tu hermano habia muerto y ha resucitado; se habia perdido y se ha hallado...» El Salvador pone dos veces estas palabras en boca del Padre del Hijo

Pródigo y nos advierte con esto la atencion que debemos poner en ellas. Consideremos pues.

Lo primero. *¿Qué cosa es el estado del pecador?* Un estado de muerte y de perdicion. En este estado el pecador está privado de Dios y de su gracia, que es la vida del alma, como el alma es la vida del cuerpo. — En este estado, todas las obras del pecador son obras muertas y que no pueden merecer alguna recompensa en el Cielo. — En este estado, el pecador si viene á ser arrebatado del mundo, su muerte viene á ser una muerte eterna, no porque él venga á caer en una eterna destruccion; sino en un estado de perdicion eterna, porque resucitará eternamente privado de Dios y será víctima eterna de sus venganzas. ¡Qué estado! ¿Y quién podrá pensar en él sin estremecerse? ¡Ay de mí! ¿Cuántos se hallan en este estado de perdicion? Dios lo sabe, él los conoce, parecen vivos y estan muertos ¿Cuánto tiempo he estado yo mismo en él? Se llora la muerte temporal de los parientes y de los amigos. ¡Ah! Lloremos su muerte espiritual, mil veces mas funesta que la primera, porque en cada momento se puede convertir en una muerte eterna.

Lo segundo. *¿Qué cosa es estar convertido?* Quiere decir estar resucitado, haberse hallado... Nos alegramos de haber salido de una enfermedad, por la que creiamos morir, ó en que ya nos daban por muertos. ¿Qué seria, pues, si por milagro, despues de haber realmente muerto, hubiésemos sido otra

vez restituidos á la vida? tal es, é incomparablemente mayor aun, la gracia de la conversion que nos hace venir á Dios, nos vuelve á poner en todos los derechos de la vida primera, que habiamos recibido en el Bautismo, y que nos conduce á la vida eterna, que nos está asegurada en el Cielo, si perseveramos en el estado de nuestra resurreccion. ¡O, y cuál debe ser nuestro reconocimiento, por un tan grande beneficio! ¡Cuál nuestro fervor en el servir á aquel que nos ha restituido la vida, y una tal vida! ¡Cuál nuestra aplicacion y vigilancia, para conservarla!

Lo tercero. ¿*Qué cosa es la recaida*?— Una estulticia inexplicable, una monstruosa ingratitud... No es asunto de la parábola hablarnos de la perseverancia del Pródigo; pero cada uno se puede imaginar, como habria el recibido á su antiguo Señor, si este se le hubiera presentado para decirle, que se levantara de la mesa, que se despojara de sus hábitos, y volviese á tomar su antiguo empleo de la guardia de los puercos. De esto es facil deducir, cómo debemos tambien nosotros recibir al demonio, cuando tiene la audacia de hacernos una proposicion semejante. No podemos suponer al Pródigo tan insensato, que se expusiese por la segunda vez, á caer en el estado miserable en que habia tenido tanto que padecer y sufrir, y del que tanto le costó el salir ¿Cuál es, pues, el exceso de nuestra locura y necedad, en volver otra vez al pecado, despues de haber sido librados de él: en volver á

él con tanta prontitud, con tanta facilidad, no una vez, sino tantas y tantas...? Pero finalmente supongamos, que el Pródigo, olvidado de sus propios intereses, hubiera sido tan ingrato en abandonar á su padre, y que despues de haber sufrido las mismas desgracias se hubiese de nuevo presentado á él, en el mismo estado, y con las mismas propuestas que antes. ¿Cómo pensamos nosotros, que la habria recibido su padre, y que deberia haberlo recibido? ¡Ah! guardémonos de medir la bondad de Dios, por la de los hombres, ó de juzgar de ella por nuestras débiles ideas: ella es superior á todos nuestros pensamientos: ella es infinita..... Dios está dispuesto á recibirnos y á recibir nuestra penitencia, no solo una segunda vez, sino hasta setenta veces siete veces, esto es, tantas cuantas sinceramente recurramos á él, con un corazon arrepentido y despedazado de dolor, ¡Ah! Él es todo amable, Dios bueno, Dios paciente, Dios misericordioso y siempre pronto á perdonarnos. ¿Pero cuál seria nuestra necedad, nuestra malicia y nuestra ingratitud, si la bondad de Dios viniese á ser para nosotros un motivo de ofenderlo y no un aliciente para amarlo? ¡Ah! no nos engañemos: muchos han sido víctimas de su corazon depravado y han sufrido la pena de su ingratitud: muchos despues de su recaida no han tenido tiempo de arrepentirse: muchos habiendo tomado gusto al pecado por su recaida, no han tenido voluntad de enmendarse: muchos porsu recaida, han contraido

el hábito del pecado, y no queriendo hacerse la violencia necesaria para romperlo, se han obstinado en decir que ya no podian arrepentirse; muchos finalmente, despues de una vida tejida de confesiones, y de recaidas, han reconocido despues, pero ya tarde, que no se habian jamas convertido de veras.

Peticion y Coloquio.

Glorifica, o alma mia, alaba y da gracias al Señor, por las infinitas misericordias, de que pródigamente te ha llenado: alégrate, pero teme al mismo tiempo de abusar de ellas! Y Vos, o Dios mio, haced que en adelante corresponda yo fiel y constantemente á la inmensidad de vuestras gracias, para participar un dia de la inmensidad de vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CC.

PARABOLA DEL ADMINISTRADOR INFIEL PERO PRUDENTE.
S. Luc. c. XVI, v. i, ix.

DEL USO DE LAS RIQUEZAS.

Primero, disipacion del Administrador. Segundo, prudencia del Administrador. Tercero, relacion de la parábola con nuestro estado. Cuarto, diferenciaen tre el Administrador y nosotros.

PUNTO PRIMERO.

Disipacion del Administrador.

Primero. *El administrador es acusado de disipador.* — « Y les dijo tambien á sus discípulos; habia un hombre rico, que tenia un administrador y este fue acusado delante de él como que hubiese disipado sus bienes... » Este Administrador, ó cobrador, á quien el rico habia confiado la cobranza, y administracion de sus bienes, en vez de llevar fielmente las cuentas, y de hacer servir en provecho de su Señor las rentas que cobraba, las disipaba, y hacia servir á sus propios intereses y placeres.

Una tal conducta no tardó de llegar á los oidos de su Señor, y lo irritó. No soy yo ¡ay de mí! este Administrador infiel? De Vos, o Diosmio, reconozoc todo lo que tengo, bienes del cuerpo y del alma; bienes de la naturaleza y de la gracia, bienes del nacimiento y de fortuna, vida, sanidad, espíritu, talentos, riquezas, dignidad; Vos sois el que me poneis todo esto en las manos, para que haga el uso que vuestra Ley me prescribe y todo lo emplee á vuestra mayor gloria. ¿Pero el uso que hasta ahora he hecho de todo, no me acusa delante de vuestro Trono, o Señor? ¿No grita por venganza? ¿No soy yo á vuestros ojos, o Soberano Bienhechor, un infiel, un perjuro...? Sí, o Dios mio; como tal me reconozco, por todo me humillo, y os pido perdon.

Segundo. *El Administrador es citado delante de su Señor, y recibe su justa reprension.* — Pongámonos aquí en la presencia de Dios, y escuchemos con asombro las reprensiones que nos puede dar, y que nos las sugerirá nuestra propia conciencia... « Y lo llamó y le dijo: Qué es esto que oigo decir de tí...? » No oigo otra cosa de tí, que quejas, y de todas partes se implora mi justicia contra tu disipacion... Lo reconozco lleno de confusion, o Señor; hasta ahora en toda mi conducta, siempre he dado mil motivos de quejas contra mí: los he dado en todas las edades en que he vivido: en todos los lugares en que me he hallado: en todos los empleos que se me han confiado: los he dado á todos aquellos, con

quienes he tenido alguna relacion, á mis superiores, á mis inferiores, y á mis iguales; los he dado con mis acciones, con mis palabras, con mis escándalos: vuestra Religion, que he deshonrado; vuestra gracia, que he desechado; vuestros Sacramentos, que he profanado, todos los bienes que me habeis confiado: de todo he abusado: todo habla: todo levanta la voz contra mí. El Cielo, y la tierra me condenan, no me queda otra cosa, que recurrir á vuestra misericordia. La imploro, o Jesus mio, con un vivo dolor de lo pasado, y con un firme propósito de ser en adelante mas fiel.

Tercero. *El administrador es obligado á dar sus cuentas.* — « Dame cuenta de tu manejo... » Qué golpe de rayo para este hombre, que acaso jamas habia dado cuenta alguna, que nada tenia en orden, que se consideraba como propietario, que lo disipaba todo; que de todo se servia segun sus deseos ¡Ah! Reconoce finalmente que hay un Señor, á quien es necesario dar cuenta... ¡O hombres, que no teneis sino algunos pocos dias, que pasar sobre esta tierra! ¿Os olvidareis vosotros siempre que teneis un Señor, á quien será necesario dar cuenta? ¿Esperareis al último momento á preparar la cuenta exacta de toda vuestra vida? ¿Será buen tiempo de prepararla, cuando será necesario darla; cuando se os pedirá con el extremo rigor? ¿Alma mia, no tiemblas á esta sola reflexion? ¡O Dios mio! haced que en adelante yo sea mas sabio,

que lo tenga todo en orden, que no deje pasar un dia sin examinarme atentamente; sin examinar el estado de mi administracion, para reparar desde luego todo el perjuicio que habrá podido causar mi negligencia.

Cuarto. *El Administrador es privado de su empleo* —« Porque ya no podrás por mas tiempo administrar... » Vendrá un dia en que se nos quitará la administracion; en que todos seremos despojados de todas las cosas. Para muchos ya llegó, y entre ellos para varios de los que hemos conocido: para nosotros vendrá tambien y cuando llegue una vez, se nos quitará la administracion de los bienes de este mundo: la privacion será eterna é irremediable. ¡Ah! ¿No sacaremos jamas una consecuencia práctica de una tan sensible y tan perceptible verdad? ¿Viviremos siempre como si á nosotros perteneciese este mundo, como si no hubiésemos de salir jamas de él, como si no debiésemos dar cuenta, á quien nos ha puesto en él, de la manera como hemos vivido, y como si una eternidad de suplicios no debiese ser el castigo de nuestra infidelidad, ó una eternidad de delicias la recompensa de nuestra fidelidad?

PUNTO II.

Prudencia del Administrador.

Lo primero. *Prudencia activa*, busca la manera, y los medios de ajustar sus negocios.. « Y dijo dentro de sí: ¿Qué haré porque un Señor me quita la administracion. ¿Cavar no puedo, de pedir limosna me avergüenzo... » En la necesidad extrema en que me hallo solo tengo estos dos partidos que poder tomar, y ciertamente á ninguno de ellos puedo resolverme. — Ricos del siglo, hombres acaudalados, voluptuosos, avaros apegados á vuestras riquezas, para vosotros principalmente propone Jesucristo esta parábola. ¡Administradores infieles, entrad dentro de vosotros mismos! Acordaos que bien presto debeis morir; pensad los medios de satisfacer por vuestras culpas, y de salvar vuestra alma. ¿Pero qué se ha de hacer para esto? Ayunad, mortificad vuestra carne, vestid si es necesario un saco y un cilicio. ¡Ah! No me siento con fuerzas, no estoy acostumbrado á estos penosos ejercicios. Y bien, retiraos del mundo, vivid de solitarios; no os vea ya jamas el mundo sino en las Iglesias, atended á la meditacion, y á la oracion. ¡Ah! No tengo valor, no sé resolverme á empezar un género de vida tan diferente del que hasta ahora he llevado. ¿Y qué se diria de mí? No, esto me es

imposible... ¡Ay de mí! ¡Y cuán dignos sois de compasion por tener tan poca fuerza, y tan poco ánimo. Pues mirad: Dios es tan bueno, que se compadece de vuestra flaqueza, y de vuestra debilidad, y si teneis un verdadero deseo de salvaros, él mismo os quiere para esto suministrar un medio facil.

Lo segundo. *Prudencia eficaz.* — Este administrador encuentra un medio de echarse fuera de este embarazo, y lo pone en ejecucion... « Sé (dice) lo que he de hacer, para que cuando se me quite la administracion, tenga quien me reciba en su casa. Llamó pues á cada uno de los deudores de su Señor, y dijo al primero: ¿cuánto debes á mi Señor? Y el le dijo: cien barriles * de aceite. Y le dijo: toma tu recibo, siéntate y escribe luego, cincuenta. Despues dijo á otro: ¿y tú cuánto debes? Y este respondió: cien coros ** de trigo. Él dijo, toma tu recibo, y escribe ochenta. Y el Señor alabó al ministro infiel, porque habia obrado prudentemente... » No pudo dejar de alabar la industria de este hombre, que con una sagacidad mas prudente que justa, se buscaba un socorro para el tiempo en que le seria quitada la administracion. — ¿Tenemos nosotros esta luz para descubrir lo que debemos hacer para nuestra salvacion, y este

* El barril de que usaban los Hebreos cabia como diez y ocho libras y diez onzas de las nuestras.

** El coro como de cinco fanegas castellanas.

cuidado de ponerlo efectivamente en práctica? Perdonando á los hombres las culpas que han cometido contra nosotros, y que miran aun mucho mas á Dios, satisfaremos á nuestras deudas para con Dios. Haciendo limosna, nos haremos amigos que nos recibirán en el Cielo. En esto seremos prudentes sin ser injustos, porque en esto seguiremos la voluntad de nuestro Divino Señor, y al mismo tiempo, aseguraremos nuestra eterna salvacion.

Lo tercero. *Prudencia superior á la nuestra.* — « Por qué (añadió Jesucristo) los hijos de este siglo son en su género mas sabios que los hijos de la luz... » Los hijos del siglo son aquellos que solamente piensan á la vida presente, y que solamente entienden en lo que les interesa sobre la tierra. Los hijos de la luz son aquellos que saben que hay otra vida, que aspiran á esta vida eterna, y que la desean y trabajan por salvarse. Nosotros sin duda tenemos la dicha de ser de este número: pero comparemos ahora nuestra prudencia, para los intereses eternos, con la prudencia de los mundanos, para los intereses temporales, y veamos, cuán superior es esta á la nuestra.— Superior por la accion.—No temen incomodidad alguna: y aun es máxima suya: *que nada se adquiere sin pena*, y por eso no perdonan fatigas ¡cuántos movimientos, cuántas atenciones, cuántos viages, cuántos embarazos, cuántos peligros!—Superior por la instruccion.—Nada quieren ignorar de cuanto les puede ser de provecho:

estudian, examinan, profundizan, consultan, preguntan, se informan, tienen fijo siempre el espíritu en la tal cosa: lo escuchan todo, de todo se aprovechan. — Finalmente superior por los expedientes. El mal éxito de algun negocio no los desanima: obtienen su intento aun en los negocios mas escabrosos: entonces principalmente manifiestan su actividad y su habilidad. No hay medios, que no inventen; tentativas, que no hagan, ni diligencias, que no pongan en ejecucion: en las mayores desgracias, saben hallar el secreto de encontrar aun remedios, como el Administrador de nuestro Evangelio.—¡Ay de mí! ¿Es posible, que estos hombres sean tan prudentes por la tierra, y que nosotros lo seamos tan poco por el Cielo? Nosotros querriamos, que todo fuese facil, y que no nos costara ni pena ni trabajo. Creemos saberlo todo, y no procuramos aprender ya cosa alguna. La mas mínima contrariedad nos desanima: nuestros defectos, y nuestros pecados, nuestras recaidas y flaquezas nos desesperan, y en vez de pensar en los medios de reparar lo pasado y de fortalecernos para en adelante, en vez de volver á empezar con nuevo esfuerzo y valor, y con nuevas precauciones, nos sentimos tentados de dejarlo todo, y somos tan imprudentes á las veces, que realmente lo dejamos.

PUNTO III.

Relacion de la parábola con nuestro estado.

Estas relaciones nos las explica el Salvador mismo... « Y yo os digo : que os gancis amigos de las inicuas riquezas ; para que cuando llegueis á faltar, os reciban en las eternas habitaciones... »

Primero. *¿ Cuáles son las riquezas de iniquidad?* Para comprender esto , conviene acordarnos , que el Señor de la parábola no nos representa ya un hombre , sino como hemos dicho , nuestro Soberano Señor, Dios mismo, el que nos ha confiado los bienes de que hemos abusado, y cuya administracion se nos quitará bien presto. Con que estas riquezas de iniquidad no son aquí los bienes de nuestro prójimo, porque no nos es lícito tomarlos, para hacernos con ellos amigos en el Cielo, y si los hubiésemos tomado, seria necesario restituirlos á quien pertenecen; ó si no podemos hallar al dueño, los debemos dar á los pobres , y esto seria para nosotros de una estrecha obligacion. Pero imitaremos la prudencia del económo de la parábola , si como él empleamos para hacernos amigos en el Cielo, los bienes de nuestro Señor, de que nos deja aun por algun tiempo la administracion, antes que le demos nuestras cuentas. Estos bienes son riquezas de iniquidad; ó sea por el uso que de ellos hemos hecho , porque los hemos hecho servir al pe-

cado, al lujo, al escándalo, al juego; ó sea por la manera con que los hemos adquirido: esto es con demasiada codicia, dureza, solicitud y afan, empleando en esto un tiempo, que debiamos al servicio de Dios, á nuestra salvacion, y á las necesidades de nuestra alma; ó sea finalmente por la manera con que los hemos poseido, mirándolos como verdaderos bienes, apegándonos á ellos, colocando en ellos nuestro amor y nuestra esperanza, y escondiéndolos á vista de la necesidad del prójimo y de los pobres. Estas son las riquezas con que debemos ahora hacernos amigos en el Cielo, antes que para siempre nos las quite la muerte.

Segundo. *¿Cuáles son los amigos que podemos hacernos con estas riquezas?* — Los pobres que preservaremos del pecado aliviando su miseria: los siervos y las siervas de Dios, que consagran su vida al servicio de los pobres en aquellas casas, que subsisten solo por aquellas limosnas que les vienen suministradas: los pobres voluntarios, que por atender únicamente á su salvacion, y á la de los prójimos, se han despojado de todo, y cuyo reconocimiento mereceremos con nuestra liberalidad: las almas que padecen en el Purgatorio; los Santos tambien, que estan en el Cielo, y que pueden á este precio venir á ser nuestros amigos por las limosnas que haremos por su respeto, y por el cuidado que podemos tomarnos de acrecentar su culto, y de adornar sus templos y sus altares.

Tercero. *¿En qué ocasion tendremos nosotros nece-*

sidad de estos amigos ? — Durante la vida, para obtenernos gracias de conversion, de fervor, y de esfuerzo : en la muerte para obtenernos gracias de paciencia, de resignacion, de perseverancia : y despues de la muerte, para suplir con sus oraciones, y con sus méritos á la debilidad de nuestra penitencia, y á las satisfacciones, de que nos hallaremos deudores para con nuestro Señor, por nuestros pecados. Hallándonos entonces que se nos ha quitado ya la administracion, tendremos necesidad de encontrar amigos á quienes podamos tener recurso.

Cuarto. *¿ Cuál será entonces el poder de estos amigos ?* — « De recibirnos en las habitaciones eternas.... » En el Cielo, en la habitacion de los bienaventurados. Esta expresion es tan fuerte y tan enérgica, que hay peligro de quitarle la fuerza queriéndola explicar : pareceria tambien acaso excesiva si no hubiese salido de la boca del Salvador mismo... ¡ O virtud de la limosna ! ¡ O potestad de los pobres ! ¡ O poder de los Santos ! Ah ! ¿ No comprenderemos nosotros el verdadero uso de las riquezas, y cuán preciosas utilidades podemos sacar, desposeyéndonos de ellas por el Cielo ?

PUNTO IV.

Diferencia entre el Administrador, y nosotros.

Para entender mejor el fin de esta parábola, penetrar su belleza, y percibir la ternura del que

nos la ha propuesto, no solo es cosa util considerar sus relaciones como hemos hecho ahora, sino tambien sus diferencias, y á esto nos aplicamos aquí: consideremos pues.

Lo primero. *Que el medio de que se valió este Administrador, era injusto.* — Se hacia amigos á costa de su Señor, haciéndole daño, cometiendo un hurto y una injusticia... Si su Señor lo alabó bajo de un aspecto, no podia aprobarlo en todo... Pero nosotros, imitando al Administrador no cometemos injusticia alguna contra nuestro Señor, y no le hacemos algun agravio. Él no tiene necesidad de los bienes que nos ha confiado. Por esto aunque le pertenecen, y deba pedirnos cuenta: con todo si despues de una mala administracion, nos servimos de ellos para hacernos amigos en el Cielo, no solo alabará nuestra prudencia, sino que tambien la premiará.

Lo segundo. *El reconocimiento de los amigos del ecónomo era doloso:* porque era independiente de la voluntad de su Señor; pero el de los amigos que nos hacemos con la limosna, viene de nuestro mismo Señor; él es el que quiere que tengan ese reconocimiento, y les da la potestad que ellos tienen para ejercitarla con nosotros: fuera de eso, él mismo se pone en su lugar y responde por ellos; y así la limosna hecha á los pobres malvados que nos hubiesen engañado, no seria menos util para nosotros, que si la hubiésemos hecho á Jesucristo mismo.

Lo tercero. *El éxito de la prudencia del ecónomo era incierto*: su prudencia fue el fruto de su industria: ella podia engañarlo, y no conciliarle otra cosa que ingratos en vez de amigos. La prudencia, que nos hará aprovecharnos de su ejemplo, nos la ha enseñado Jesucristo mismo; él mismo nos sugiere este fraude inocente, y mostrándonos por decirlo así el arte de evadir la severidad de su justicia, nos asegura él mismo del éxito feliz.

Lo cuarto. *El perdon que hizo el ecónomo á los deudores de su Señor fue considerable;* porque estaba encargado de una administracion importante ¿sin esto, qué amigos se habria podido ganar? Pero si nosotros tenemos poco, dando poco podemos igualmente hacernos amigos para el Cielo: luego la limosna no solo es un medio seguro y eficaz, sino tambien un medio facil y universal para rescatar nuestros pecados, para merecernos las misericordias de Dios, y para abrirnos la entrada de su Reino eterno. Solo Jesucristo pudo descubrirnos secretos de tanta importancia, y proponerlos en una manera tan viva y tan afectuosa. ¡O cuánto resplandece la bondad de Dios, en este misterio de providencia! La misma limosna, para los que estan en estado de hacerla, viene á ser remedio para sus pecados y para sus pasiones; y para los pobres que la reciben, un socorro á su necesidad, y un homenage, que debe servirles de grande consolacion en el estado de envilecimiento en que viven. ¡Pero ay de mí! ¿Si los ricos rehusan, y no corresponden á

las miras de una tan admirable providencia, ¿qué cosa será de los pobres? ¿y en qué pararán ellos mismos?

Peticion y coloquio.

Concededme, o Señor, la gracia de despreciar los falsos bienes de este mundo: de despreciarlos con sabiduría, y de sacrificarlos con gusto por vuestro amor. Triunfad, o Señor, de mi imprudencia, de mi desatencion, de mi negligencia en un negocio en que se trata de vuestra gloria, y de mi eterna salud, mientras que los hijos del siglo estan tan atentos, tan prudentes, tan laboriosos y tan constantes para llegar á su fin. Haced, que sus mismas pasiones me enseñen lo que debo hacer por Vos. Amen.

MEDITACION CCI.

DE ALGUNAS MAXIMAS DEL REDENTOR.

S. Luc. c. XVI, v, x, xviii.

Primero, máximas que Jesucristo endereza á sus Discípulos. Segundo, los Fariseos se burlan de ellas. Tercero, máximas que Jesucristo endereza á estos mismos Fariseos.

PUNTO PRIMERO.

Máximas que Jesucristo endereza á sus Discípulos.

Estas máximas son la consecuencia, y como la conclusion de la parábola precedente.

Primera Máxima sobre la fidelidad en las cosas pequeñas. « El que es fiel en lo poco es fiel tambien en lo mucho : y el que es injusto en lo poco, es injusto tambien en lo mucho... » Todo el mundo reconoce la verdad de esta máxima, y de ella tomamos la norma para juzgar de los otros, pero apliquémosla á nuestra propia conducta : extendámosla á todas los puntos de la ley, á todos los vicios, y á todos la virtudes, y juzguémonos despues á nosotros mismos. ¿Cómo nos venceremos nos-

otros en las cosas grandes, si no sabemos vencernos en las pequeñas? ¿Si no podemos resistir al placer de una pequeña venganza; á la lisonja de una mediana satisfaccion, ni á lo dulce de una pequeña tentacion ¿cómo resistiremos cuando la ocasion será mas peligrosa, y nuestro corazon se hallará acosado, congojado, y combatido? Seamos, pues, fieles en observar la Ley de Dios; en vencernos á nosotros mismos: en practicar la virtud; en huir el vicio en las mas pequeñas ocasiones, si queremos serlo en las mas grandes. Esta máxima es esencial en el negocio de la salud, y es una de las mas importantes en la vida espiritual.

Segunda Máxima sobre el buen uso de las falsas riquezas de este mundo.— « ¿Pues sino fuísteis fieles en las falsas riquezas, quién os fiará las verdaderas?.. » Este discurso del Salvador lo enderezaba particularmente á sus discípulos. ¿Si los Apóstoles no hubieran sido fieles en renunciar las falsas riquezas del mundo, cuya adquisicion, cuya posesion, y cuya conservacion ocasionan tantas penas, y muchas veces hacen cometer tantos pecados; si hubiesen tenido aun apegado el corazon á ellas, como les habria confiado el Salvador los bienes verdaderos, y sobrenaturales de su Evangelio? Un ministro de Jesucristo, que en materia de interes no se muestra superior á toda sospecha, no tendrá jamas la confianza de los Fieles, ni la de su Señor; y cualquiera, que posee con injusticia, ó con demasiado apego los bienes de la tierra, es incapaz

de poseer los bienes de la gracia y los del Cielo.

Tercera Máxima del buen uso de los bienes que se nos han dado para los otros. — « ¿Y si no sois fieles en los bienes de los otros, quién fiará á vosotros lo vuestro? El Administrador, que no administra fielmente los bienes fiados á su cuidado, merece que se le quite la administracion, y sea privado de la recompensa... ¿Pero cuáles son estos bienes que son propios de los otros?— Primero. Los bienes temporales, que pertenecen á Dios, el cual nos los deja gozar, habiéndosenos dado para dar parte de ellos á los pobres. — Segundo. Los bienes espirituales fiados á los ministros del Evangelio, para que los distribuyan á los fieles. Nada de cuanto hay en este mundo pertenece á nosotros. Si administramos fielmente los bienes que el Soberano Señor nos ha confiado, el Cielo es nuestra recompensa, es nuestro, y jamas se le quitará, á quien una vez se le ha dado. ¿Pero quién nos lo dará, si somos infieles en nuestra administracion?

Cuarta Máxima sobre la imposibilidad de servir á dos Señores á Dios y al dinero.— « Ningun siervo puede servir á dos Señores: porque ó aborrecerá al uno y amará al otro; ó se aficionará al primero y despreciará al segundo, no podeis servir á Dios, y á las riquezas... » Esta máxima que mira á todo el mundo hasta un cierto punto, debia ser practicada por los Apóstoles en toda su extension, siendo los trabajos del Apostolado incompatibles con los cuidados que exigen los bienes de la tierra. Ella debe

ser tambien practicada con proporcion por aquellos que han sucedido en una parte de las obligaciones de los Apóstoles, pero debe cada uno temer que con mitigarla demasiado, no venga á destruirla del todo; y que gloriándose de amar á Dios, y estar adicto á su servicio lo olvide frecuentemente por atender á los bienes temporales.

PUNTO II.

Burlas de los Fariseos.

« Y los Fariseos que eran avaros, oian estas cosas, y se burlaban de él... » Las razones que los movian á burlarse, eran las siguientes.

Primera. *El odio que tenian al Salvador.* — Burla impía y sacrílega. Baja sobre la tierra el Verbo de Dios se hace Hombre para instruir á los hombres, y los hombres temerarios se burla de él. ¡ Oyen su divina doctrina, para ridiculizarla! Vos lo tolerais, o Jesus, y para instruir las almas fieles os exponeis á los insultos de los malvados!

Segunda. *El amor de las riquezas.* — Aquellas almas terrenas estaban bien lejos de los sentimientos de despego, que Jesucristo predicaba. — ¡ Ay de mí! El mundo se burla aun hoy de esta celestial doctrina, y sigue otra del todo opuesta. ¿ No soy yo por ventura de este número?

Tercera. *El designio de apartar el pueblo.* — Los desprecios y las burlas son armas poderosas en las

manos de los impíos. Una palabra hace tal vez mas mal, ocasiona mas escándalo, y es mas eficaz para detener los progresos de la virtud, que las amenazas y los suplicios. ¡Ay de mí! ¿Las befas, y las burlas de los malos no me han apartado jamas de mi deber? ¿Y yo mismo con mis chanzas y con mis burlas, no he procurado algunas veces apartar á los otros?

Cuarta. *El deseo de justificarse á sí mismos.*— Los Fariseos eran avaros é interesados, pero comparando su conducta con estas máximas de despegos que Jesucristo habia dado á sus discípulos, aparecia aun mucho mas odiosa su avaricia; y así para justificarse á los ojos del pueblo, tomaron el partido de burlarse de estas máximas, y del que las establecia... No hay pasion, que mas comunmente se justifique á los ojos propios que la avaricia. Se aprueba que se condene cualquiera otra cosa, pero la solicitud de acumular, de adquirir, de hacer caudal, nos parece siempre inocente; antes bien se alaba como virtud, y un golpe de prudencia, y como un deber indispensable. Se ridiculiza cuanto se oye hablar en contrario; y si no se burlan abiertamente del Evangelio los interesados, se creen, por lo menos, exceptuados de la máxima, y se persuaden tener razones que el Evangelio no condena. ¡Ah! No nos engañemos sobre un punto de tanta importancia.

PUNTO III.

Máximas que el Salvador endereza á los Fariseos.

Primero. *Máxima sobre los falsos pretextos.*— « Y les dijo; vosotros sois los que os justificais en presencia de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones... » Los Fariseos se justificaban á sí mismos, con la pública profesion que hacian de una virtud, y de una regularidad mayor de la comun... Su nombre, su hábito, y su manera de vivir anunciaban la justicia y la Santidad. Se justificaban tambien con falsas interpretaciones de la ley; como si esta prometiendo una próspera abundancia al pueblo que fielmente la observase, hubiese aprobado con esto el apego á las riquezas, la avaricia, el desprecio de los pobres, y la dureza de corazon para con los necesitados. Finalmente pretendian justificarse burlándose del discurso del Salvador. Examinemos si no somos en algo semejantes á los Fariseos. ¿Qué sirve que nos tengan por santos; qué sirve que se canonice nuestra conducta, y que nos engañemos á nosotros mismos? Dios ve el fondo de nuestro corazon, y por medio del corazon debemos justificarnos á sus ojos.

Segundo. *Máxima, sobre el juicio de los hombres.*— « Porque aquello que es sublime segun los hombres, es abominable delante de Dios... » ¡O cuántas abominaciones escondidas bajo el velo de

cosas grandes, ilustres y sublimes, autorizadas y acreditadas en el mundo! ¿Estas máximas de honor, de gloria, de placer, de fortuna, de lujo, de opulencia, de engrandecimiento y de elevacion que el mundo despacha, como sentimientos de almas nobles y sublimes, no son por ventura muchas veces otras tantas abominaciones delante de Dios? ¡Ah! Los juicios de Dios son diferentes de los juicios de los hombres! ¡Pero o y qué verguenza, para estos hombres engañados, cuando se les caerá la máscara del rostro, cuando serán destruidas aquellas exterioridades, de que andaban cubiertos, y no les quedará otra cosa que la abominacion que Dios veia en ellos, y será manifestada á los ojos del universo! entonces subsistirá el juicio de Dios: y todas las inteligencias criadas de los hombres, de los Angeles, los Santos y los réprobos lo aplaudirán.

Tercero. *Máximas sobre el Evangelio.*— « La ley y los Profetas hasta Juan, desde entonces viene predicado el Reino de Dios, y todos hacen fuerza contra él... » En vano, pues, los Fariseos querian justificarse sobre la Ley, bien que interpretada á su modo; á esta Ley antigua sucedia la nueva, la Ley del Evangelio, la Ley del Reino de Dios, Ley mas santa, mas perfecta, mas clara que la antigua, Ley de pureza, Ley de despego, Ley de abnegacion, de dulzura y de paciencia: Ley, á la que es necesario creer y obedécer. Pero bien lejos de someterse á esta Ley del Evangelio y del Reino de Dios, se sublevan de todas partes contra ella. Los Fariseos

conmovian todo el mundo á declararse en contra; no cesaban de combatirla y de perseguirla. La habian perseguido en la persona de Juan, que la habia anunciado; la perseguian actualmente en el Mesías, en el Soberano Legislador, que la promulgaba; la persiguieron despues en los Apóstoles que la anunciaron y en los Cristianos que la abrazaron. ¡Ay de mí! Aun ahora es combatida, y lo será de los hombres carnales hasta la fin de los siglos; pero á pesar de todos estos esfuerzos, ella subsistirá, y triunfará siempre. — Pensemos, pues, que nosotros vivimos bajo de esta santa Ley y que debemos vivir de una manera digna de ella, sufrirlo todo por ella y hacernos violencia á nosotros mismos, para perseverar en la observancia de sus preceptos, y recibir despues la recompensa.

Cuarto. *Máxima sobre el cumplimiento de la Ley.* — « Y es mas facil que pase el Cielo y la tierra que el que caiga un solo ápice de la Ley. Cualquiera que repudia la propia muger y toma otro, comete adulterio, y el que se casa con la que ha sido repudiada por el marido, comete adulterio... » Todo el culto figurativo y profético de la Ley antigua ha tenido su cumplimiento en la nueva. Todos los preceptos de las costumbres contenidos en la Ley antigua, han sido renovados, declarados y perfeccionados en la nueva, bien lejos de ser destruidos y aniquilados en ella, como suponian los Fariseos. El Salvador cita por ejemplo la indisolubilidad del matrimonio, que es una Ley del Evangelio. ¿Si tal

ha sido la firmeza de la Ley antigua, cuál será la inmutabilidad de la Ley nueva, sobre la cual vivimos? ¡Ah! Pasarán el Cielo y la tierra, el mundo que profana y desprecia esta Ley, pasará; pero no caerá á tierra un solo punto de esta santa Ley; un solo punto de ella no habrá, cuya fiel observancia no sea eternamente recompensada, ó eternamente castigada su trasgresion. A esto debemos aplicar nuestro espíritu y sobre esta importante máxima debemos arreglar nuestra vida.

Peticion y Coloquio.

No, o Salvador mio, ninguna de vuestras leyes será jamas abrogada y si estas me pareciesen alguna vez superiores á mi debilidad, dignaos Vos de templarlas y hacérmelas suaves con vuestra gracia. Tened lejos de mí, o Jesus, aquella cobardía que querria, por decirlo así, entrar en pacto con Vos y suavizar vuestros preceptos, ó mitigar su rigor. Concededme aquel valor, que es necesario, para observarlos, combatiendo incesantemente contra mí mismo y haciéndome continua violencia. Amen.

MEDITACION CCII.

EL RICO MALVADO, Y LAZARO.
S. Luc. XVI v, xix, xxii.

DE LA DIFERENCIA DE SU SUERTE.

Examinemos cuál fue esta diferencia. Primero, durante su vida. Segundo, en su muerte Tercero, despues de su muerte.

PUNTO PRIMERO.

De la diferencia entre el Rico y Lázaro durante su vida.

« Habia un cierto hombre Rico que se vestia de púrpura y de lino finísimo, y hacia todos los dias espléndidos banquetes, y habia un cierto mendigo, por nombre Lázaro, el cual lleno de llagas, yacia á su puerta, deseoso de hartarse de las migajas que caian de la mesa del Rico, y ninguno se las daba; pero los perros iban á lamerle las llagas... »

Para confirmar el Salvador, cuanto habia dich o

en orden al despego de las riquezas y al uso que de ellas se debe hacer, añadió esta parábola, ó segun algunos, esta historia; pero propuesta en estilo de parábola, y de la cual algunas cosas son traidas solo en un sentido figurado que contiene las mas terribles verdades. Aquí, pues, se trata de dos hombres bien diferentes el uno del otro.

Primero. *Diferencia notable por los bienes de fortuna.* — El uno era Rico y como habla el mundo, se comia lo suyo honradamente. Iba soberbiamente vestido de púrpura y de lino, su casa estaba abierta á la mas brillante conversacion, su mesa estaba siempre magníficamente preparada, y en ella habia cada dia suntuosos banquetes, en que reinaban igualmente la delicadeza y la abundancia... El otro era un pobre mendigo, que estaba tendido á la puerta del Rico, donde no deseaba otra cosa que hartarse y satisfacer la hambre que padecia con las migajas y desperdicios que caian de su mesa; pero ni siquiera pensaba ninguno en darle este poco de alivio.

Segundo. *Diferencia notable por la sanidad del cuerpo.* — El Rico gozaba una perfecta sanidad que lo tenia en un delicado ocio. —El Pobre, incapaz de ganarse la vida con su trabajo, estaba cubierto de llagas, apenas podia arrastrarse y estaba obligado á estarse tendido á la puerta del Rico.—¡O Providencia de mi Dios! ¿Es posible que el mismo Padre haga entre dos hijos una division tan desigual de sus bienes? ¡O y cuán profundas son vues-

tras miras, o Señor, cuán sublimes y cuán adorables! Tengamos paciencia, esperemos el dia de las misericordias y de las venganzas, entonces la escena se mudará.

Tercero. *Diferencia notable por los sentimientos del alma.* — El Rico entre su abundancia, ebrio de los placeres, y lleno de orgullo, se miraba á sí mismo, y á sus semejantes como de otra especie diferente de los otros hombres. Ni se dignaba, siquiera de echar una mirada de compasion sobre el miserable, que estaba tendido á su puerta, ni tampoco de decir á alguno de sus criados que le diese algun socorro: habria creido con esto deshonrarse y los criados tan duros como su señor, no pensaban mas que él en socorrerlo. Se mostraban mas compasivos los animales, los perros, que estos hombres apacentaban bien, pues iban á la puerta á lamer las llagas de Lázaro. ¿Se podrá presumir, que este Rico voluptuoso creyese en la otra vida y pensase que hay un Dios vengador de los derechos de la humanidad? ¡Ah! Podemos creer, que en este punto, fuese semejante á aquellos, que ponen la propia felicidad en los bienes de este mundo! ¿Qué monstruo, pues, debia ser delante de Dios este Rico tan admirado y tan aplaudido de los hombres! Pero ¡o cuáles eran los sentimientos de Lázaro, á vista de su miseria y de la dureza de este Rico malvado! Padecia él con paciencia, adoraba la mano de Dios que lo castiga y lo heria, se sometia con resignacion á las órdenes rigurosas de la Pro-

videncia, esperaba el fin de sus males, y esperaba tambien las recompensas prometidas á los que en aquel estado, en que Dios les ha puesto, no se apartan jamas de su santísima voluntad ¿Quién podrá contenerse, y no admirar unos sentimientos tan heróicos? ¡Ah! Son bien dignos de Dios y de las recompensas del Cielo.

PUNTO II.

Diferencia del Rico, y Lázaro en la muerte.

Primero. *Diferencia en la memoria de lo pàsado.* —Ahora el pobre Lázaro se halló en el término de su carrera: lo mismo le sucede al Rico, y en este punto antes aun de espirar he aquí los dos iguales. Su fortuna, su poder, su miseria, todo entre ellos es igual. ¡O muerte, o muerte cruel! Tú pones á un mismo nivel todos los hombres, porque todo se les quitas. Al rico ya nada le queda de las delicias que ha gustado, al mundano nada de las necias alegrías que ha amado, al avaro nada de las vanas riquezas que acumuló; al pecador nada de los vergonzosos placeres que ha buscado; al alma disipada, y cobarde nada de la falsa libertad que se ha procurado: todo se pasó ya, todo se acabó. Nada asimismo le queda al desgraciado Lázaro de la miseria que ha padecido: al penitente nada de la mortificacion que ha practicado, al religioso nada de la

dependencia que abrazó, al alma fervorosa y recogida nada de la violencia que siempre se ha hecho: todo se pasó ya, todo se acabó. Y de todo lo pasado no queda entonces al uno y al otro mas que la memoria. Pero ¡o y qué diferentes efectos produce en el corazon de los dos este recuerdo! ¡O memoria amarga para los unos! ¡O memoria de consuelo para los otros! El hombre mas voluptuoso querria entonces haber pasado su vida en la penitencia, y el alma mas tibia querria haber vivido en el fervor... ¡Pero deseo quimérico y engañoso! Es imposible gustar la satisfaccion y contento de haber practicado la virtud y sus obligaciones, si de hecho no se han practicado ni cumplido. Si queremos gozar una tan dulce consolacion en la muerte, el solo medio de procurárnosla es el vivir ahora como querriamos entonces haber vivido y hacerlo sin dilacion, porque la muerte no puede estar muy lejos, y los proyectos aun los mas bellos, pero sin ejecucion, serán entonces incapaces de disminuir nuestra amargura y dolor.

Segundo. *Diferencia á la vista de lo venidero.* — Lázaro en su próxima muerte no ve otra cosa que el fin de sus males, las misericordias de Dios, y las recompensas que espera. El rico no ve otra cosa en el fin de sus placeres, y si tiene algun vislumbre de la religion, la Justicia de Dios y sus venganzas, y sino lo tiene una incerteza cruel y desesperada ¡Ah! ello es cierto, que es sumamente amarga la muerte para aquellos que han establecido y colocado su

reposo, y su felicidad en los placeres de este mundo. Aquellos son sabios que emplean la vida presente, de manera que puedan esperar en la muerte su felicidad por lo venidero. ¿Queremos ser de este número? Pongamos desde ahora mano á la obra, no perdamos un momento y perseveremos valerosamente hasta el fin.

Tercero. *Diferencia en los sentimientos de lo presente.* — Lázaro acostumbrado á padecer y á ofrecer sus penas á Dios, toleraba con alegría y consuelo, los dolores de una muerte; que le anunciaba su eterna salud y felicidad. Pero ¡o cuán duro le debió parecer á este Rico voluptuoso el sentir los dolores de la enfermedad, ver aquel cuerpo que habia idolatrado, perder su color, su frescura y su fuerza, caer en deliquio para resolverse dentro de poco en podredumbre en un sepulcro, sin que la compasion de sus amigos, ni la atencion de sus criados, ni los socorros del arte; puedan disminuir sus dolores, ni arrebatarlo de los brazos de la muerte! Y ¡o qué penas son estas cuando no vienen aligeradas por algun motivo de religion, ni por alguna esperanza de la otra vida! ¡Qué terrible situacion! ¿No será esta un dia la nuestra? Aprendamos, pues, á bien morir con disponernos cada dia, y hacer buen uso de los bienes y de los males de la vida presente.

PUNTO III.

De la diferencia entre el Rico y Lázaro despues de la muerte.

Primero. *Diferencia en la acogida hecha á sus almas al salir de este mundo.* — Sucedió, pues, que el mendigo murió y fue llevado por los Angeles al seno de Abrahan. Y murió tambien el Rico y fue sepultado en el infierno... » Haga aquí la filosofía sus reflexiones sobre un suceso que cada dia se renueva delante de sus ojos. Sigamos nosotros las luces de nuestro Divino Maestro, que penetran aun mas allá de la muerte, y nos revelan cuanto sucede en la eternidad. Al dejar esta vida, Lázaro fue acogido y recibido de los Angeles de Dios, conducido y llevado entre sus manos. Este pobre que ni aun parecia digno de una mirada; cuya vista causaba horror, y cuyas llagas eran lamidas de los perros, helo aquí servido de los Angeles y hecho su conciudadano... El Rico inhumano, en el dejar esta vida, es arrebatado de los demonios, de quienes viene á ser presa y víctima... ¿Dónde estan los amigos de su mesa, los compañeros de sus placeres, los criados que tenia en tanto número? Estan aun sobre la tierra. Han podido estos aliviarlo, consolarlo aun en el lecho de su dolor; podrán acompañar su cadaver hasta el sepulcro; pero de allí para adelante él ha pasado solo, y no encuentra otra

compañía que la de los demonios. O Dios ¡qué catástrofe! ¡Qué cambiamiento de escena para el uno y para el otro!

Segundo. *Diferencia en la habitacion que les fue señalada en el otro mundo.* — Lázaro llevado por los Angeles, fue puesto en el seno de Abrahan; esto es en el Limbo de los padres, en aquel delicioso reposo, donde las almas santas esperaban la venida del Salvador que les debia abrir el Cielo, y procurarles el gozar de Dios mismo.... ¡Ah! ahora esta habitacion gloriosa está abierta á nuestros deseos; y despues de esta vida son colocados en el seno de Dios aquellos, que por su fervor, por los sufragios de la Iglesia, y por los Sacramentos, han acabado de purgar las reliquias de sus pecados, y de purificarse las manchas inevitables á la fragilidad humana. ¡O qué felicidad! ¿Qué cosa no debemos emprender, qué cosa no debemos sufrir para llegar á ella? El Rico fue precipitado por los ddmonios, y sepultado en el golfo del infierno, para sufrir y padecer allí tormentos eternos. Así se disuelve la escena de este mundo, donde el impío se ve ensalzado, y oprimido el justo, he aquí la solucion de aquella dificultad, la reparacion del escándalo, y la justificacion de la providencia... O ¡y cuán limitados somos, cuán cortas nuestras miras, cuán débiles en nuestros medios, y cuán inconsiderados en nuestros juicios! Querriamos que los designios de Dios se nos aclarasen, y manifestasen sobre la tierra, y que aun desde esta vida tuviesen su debido cumpli-

miento. ¡Ay de mí! Tenemos en mira solo esta vida y olvidamos fácilmente que Dios reina en la eternidad.

Tercero. *Diferencia en las exequias que se hacen á sus cuerpos.* — ¿Estando ya instruidos del destino de sus almas, con qué ojos veremos la diferencia de sus funerales? ¿despreciaremos nosotros esta simple sepultura que se da al pobre Lázaro? ¡Ah! ojalá que pudiese mi cuerpo ser sepultado como el suyo, y colocada como la suya mi alma! ¿Admiramos nosotros la pompa fúnebre, y el numeroso cortejo que acompaña el cadaver del rico al soberbio mauseolo que se le ha erigido? ¡Ah desgraciado! ¿De qué te sirve este último aparato de tu pasada grandeza...? Borrado tu nombre del libro de la vida, ha caido en un eterno olvido, y el de Lázaro vivirá eternamente. En el último dia, el cuerpo de Lázaro, igualmente despreciado durante su vida, que despues de muerto resucitará glorioso, para participar de las delicias de su alma, y el tuyo cubierto en vida de vestidos preciosos, y cerrado despues de muerto debajo del marmol y del pórfido, saldrá de sus cenizas hediondo, y abominable para participar del suplicio eterno á que estás condenado. — ¡O escena del mundo, qué vana eres y qué engañosa! ¡Qué mudanza se debe, pues, hacer un dia en el destino y en la condicion de los hombres!

Peticion y Coloquio.

O Dios mio: haced que yo me haga digno de aquella felicidad que goza en el Cielo aquel pobre, que purgado en la tierra con tanto padecer, y que ya libre de todos los males que tienen solo la apariencia, pero que en sí son verdaderos bienes, reposa ahora en vuestro seno con todos los justos; y en él goza, y está colmado de una consolacion infinita. Amen.

MEDITACION CCIII.

CONTINUACION DEL RICO MALVADO, Y DE LAZARO.
S, Luc. XVI, v. XXIII, XXVI.

SUPLICIOS DEL RICO MALVADO.

Primer suplicio; pensar que hay un Paraiso: segundo suplicio; experimentar, que hay un Infierno: tercer suplicio: comparar los bienes y los males del tiempo con los de la eternidad: cuarto suplicio; estar seguro de una eternidad de penas.

PUNTO PRIMERO.

Primer suplicio; pensar que hay un Paraiso.

Primero. *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un Paraiso lleno de inmortales delicias.* — « Y alzando los ojos estando en los tormentos, vió desde lejos á Abrahan, y á Lázaro en su seno...» Mientras que vivimos aquí en la tierra, todas nuestras miras estan vueltas hácia la tierra para buscar en ella nuestra felicidad. Los bienes que aquí poseemos, se apegan á nuestro corazon,

y lo ocupan enteramente. Los placeres que en ellos se gustan, nos alhagan, y nos trasportan de modo que nos contentariamos para siempre, y consentiriamos en no tener jamas otros. El encanto ó por mejor decir el furor va tan adelante, que aunque experimentamos cuán vanos son, y cuán incapaces de satisfacer, y saciar nuestros deseos; cuán viles y vergonzosos, cuán llenos de contrariedades, y de agitaciones, y aunque sabemos, cuán frágiles son, y estamos ciertos de que se nos han de quitar un dia, todavía nada de todo esto puede hacernos alzar los ojos hácia el Cielo, y pensar en aquella habitacion de reposo, de tranquilidad, de gloria, y de delicias inmortales. Las miserias mismas de esta vida, los males, las desgracias, las enfermedades, y la caducidad, no despegan de ellos nuestro corazon, y nos no llevan á pensar que hay un Paraiso, donde está en nuestra mano procurarnos un puesto. ¡O ceguedad! ¿Son pues necesarios los tormentos del infierno, para hacernos pensar en él? Sí; entonces pensaremos en él, pero inútilmente, y este mismo pensamiento, que sobre la tierra hubiera sido causa de nuestra salvacion, servirá solamente entonces para aumentar nuestro suplicio y tormento.

Segundo. *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un Paraiso perdido para ellos.*— « Vió desde lejos á Abrahan. » Quien piensa en el Cielo sobre la tierra, y trabaja para adquirirlo, lo ve de cerca: este dulce objeto de su esperanza no está

lejos; el intervalo es solamente de algunos dias, que bien presto se pasarán. La esperanza misma acerca el objeto: de él le da ya pruebas, y anticipa su posesion. Pero el réprobo no lo ve sino en una distancia inaccesible; en él piensa, pero como en el Sumo Bien perdido eternamente para él.. ¡O pérdida! ¡O dolor, y amargura indecible! ¡Dios para mí perdido! Dios criador mio, la fuente, y el centro de todos los bienes, lejos para siempre de mí, y solo me deja para mi porcion tormentos, justo precio del olvido que he hecho de su Ley, y del desprecio en que la he tenido!

Tercero. *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un Paraiso, ocupado por otros.*— « Vió á Abrahan, y á Lázaro en su seno.... » Los réprobos no ignoran que el Paraiso que ellos han perdido, está ocupado por otros. ¿Y quién son estos otros? De los Lázaros; de aquellos mismos que ellos han despreciado, burlado, tratado inhumanamente, insultado, calumniado, y perseguido. Sí, aquellos estan en la gloria, en las delicias, y ellos en los tormentos. ¿De quién mas ven los réprobos ocupado el Paraiso? De personas del mismo estado, de la misma profesion, de la misma condicion que ellos; de personas que habian encontrado los mismos obstáculos para su salvacion; que habian tenido las mismas pasiones, que se habian hallado en las mismas ocasiones, pero que en vista del Cielo habian sabido resistir á todas las cosas, y hacerse violencia; de personas finalmente que habian pecado

otro tanto, y acaso mas que ellos; que habian contraido los mismos hábitos que ellos; pero que el pensamiento de la muerte, y el deseo de su salud los han movido á un sincero arrepentimiento, los han vuelto otra vez á Dios; los han humillado delante de Dios, hasta hacerlos ir á los pies de sus ministros para hacer la confesion sincera de sus desórdenes, y los han finalmente empeñado á hacer una vida penitente y del todo nueva. ¡Ah! Exclaman los miserables, ¿y por qué no he hecho yo otro tanto? ¡mi habitacion seria el Cielo y estoy en el infierno!

PUNTO II.

Segundo suplicio: esperimentar que hay un infierno.

Primero. *El segundo suplicio de los condenados es experimentar, que hay un infierno: esto es: un lugar de tormentos.* — « Exclamando (el rico malvado) dijo: Padre Abrahan ten misericordia de mí; y envia á Lázaro que bañe la punta de su dedo en el agua para refrescar mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama..... » Los tormentos de la tierra; cuanto de mas cruel, y de mas bárbaro ha inventado el furor de los tiranos, cuanto de mas doloroso hacen sufrir las mas acerbas enfermedades, todo esto es nada en comparacion de los tormentos del infierno. Tormentos universales en el

espíritu, en el corazon, en los sentidos, en todas las potencias del alma, en todas las partes del cuerpo; tormentos continuos sin interrupcion, sin diminucion, sin consolacion; finalmente tormentos eternos.... La tierra es el lugar, donde estan mezclados los tormentos, y los placeres, y el infierno lugar solo de tormentos.

Segundo. *El segundo suplicio de los condenados, es experimentar que allí hay un infierno; esto es, un lugar de fuego y de llamas.* — « Estoy atormentado en esta llama.... » El fuego del infierno, aquel instrumento terrible de la cólera de Dios, tiene unas cualidades, que nos son del todo desconocidas é incomprensibles : se pega inmediatamente á los espíritus privados de cuerpo, como á los cuerpos mismos; y sin esplendor y sin luz, obra con discrecion, y atormenta mas ó menos, á proporcion de la multitud y de la enormidad de los pecados; es agudo y penetrante de modo, que el nuestro, en comparacion del fuego del infierno, es un fuego sin fuerza, y sin vigor; y finalmente abrasa sin consumir, y sin destruir; y por consiguiente sin debilitarse, y sin apagarse. — Pecador, si por ir al objeto de tu pasion, tuvieras que pasar por el fuego, te volverias atras; y no piensas, que siguiendo tu pasion, ella te conduce al fuego. ¡ Ah ! ¿ tú temes el fuego, y no temes el infierno?

Tercero. *El segundo suplicio de los condenados, es experimentar que allí hay un infierno; esto es un lugar de gritos, y de desesperacion.* — « Exclamando dijo...

ten misericordia de mí... La punta del dedo en el agua, para refrigerar mi lengua... » En el infierno no hay ya mas piedad; ya no hay mas misericordia, ya no hay consolacion, no hay alivio; la mas mínima diminucion de penas, el mas mínimo alivio pedido por favor, y deseado con ansia en tan horribles tormentos, les es absolutamente negado. De aquí se excita en el corazon de los réprobos una rabia, y un furor, que no se pueden concebir. Se la toman con Dios, que querrian derribar de su Trono; se la toman con los compañeros de su suplicio; con los demonios que los han tentado; con los seductores que los han engañado; con los cómplices de sus desórdenes que los han animado; se la toman consigo mismos; se maldicen, se despedazan; querrian, en una palabra, aniquilarse, aniquilar al mismo Dios, y todas las criaturas. Todo se les niega á sus deseos. ¡Ah! ¡de qué gritos, de qué alaridos retumbarán continuamente los profundos abismos! ¡Qué habitacion es, pues, la del infierno! ¡Ah Señor! es ya muy tarde el implorar vuestra misericordia en el infierno: yo la imploro ahora. Tened piedad de mí, o Dios mio, o Padre mio, o Criador mio, y mi Juez; ¡tened piedad de mí! No permitais que yo caiga en aquel horrible golfo, y que me ocupe en blasfemaros eternamente! Reconozco que lo he merecido, y sin vuestra infinita misericordia, ya estaria en él, y ya no habria jamas esperanza para mí. Pero ya que me habeis conservado la vida, me habeis tambien conservado la esperanza, y no

quereis que yo perezca. Dejais aun á mi disposicion el agua de la penitencia; voy á lavarme en ella, á purificarme en ella, y no viviré ya mas sobre la tierra sino para serviros para daros pruebas de mi amor, sufriendo con alegría todas las penas, que os agradará enviarme; las que siempre me parecerán muchísimo mas ligeras que las del infierno, que tantas veces he merecido.

PUNTO III.

Tercer suplicio, comparar los bienes, y los males del tiempo con los de la eternidad.

Primero. *El tercer suplicio de los condenados es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, compararlos con los bienes, y con los males de la eternidad, y ver su infinita desproporcion.* — « Y Abrahan le dijo: hijo acuérdate que recibiste los bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males: pues ahora él es aquí consolado, y tú atormentado... » Sí; el réprobo se acuerda de eso, y esta memoria es para él un cruel suplicio. ¡Ah! va diciendo entre sí mismo ¿que bienes han sido los de la tierra, por los que yo estoy privado de los bienes del Cielo, y sufro los males del infierno? ¿Qué males han sido los de la tierra, por los cuales aquel otro está libre de los males del infierno, y goza los bienes del Cielo? ¡Ah! ¿eran grandes aquellos bienes de la tierra, que me han cerrado

el Cielo, y abierto el infierno? ¿Podian acaso ellos saciar y satisfacer? ¿Eran bienes tranquilos? ¿Estaban acaso sin mezcla de males? ¿Eran continuos, duraderos, y eternos? Pero he aquí, en materia de bienes, cuál ha sido mi porcion. Los he recibido, y ya no recibiré jamas sino males, y males crueles, continuos é interminables... ¿Y cuáles han sido los males de la tierra, que han cerrado el infierno, y abierto el Cielo á aquel otro? ¿Eran males devorantes, sin consolacion, sin respiracion, sin esperanza, y sin alguna mezcla de bienes? He aquí, que por solos los males que aquel ha padecido, y no padecerá ya otros jamas; por aquellos pretendidos males que ha sufrido, está ya destinado á llevar corona en la cabeza, y á gustar delicias inefables y eternas.

Segundo. *El tercer suplicio de los condenados, es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, comparándolos con los bienes y los males de la eternidad, y ver la necedad de su eleccion.* — Soy yo, se dirá á sí mismo el réprobo, yo soy el que he hecho una eleccion tan insensata. He tenido delante de mí el pecado, con todos sus falsos atractivos, con sus vanos placeres, con sus frívolas dulzuras, con sus bienes quiméricos, y sabia sus consecuencias. He visto la virtud con sus rigores, con su austeridad, con su gravedad, con su silencio, con su paciencia, con su solicitud, con su pureza, con su modestia, con su recogimiento, y conocia sus recompensas. He visto á los que habrian escogido

el pecado, y no obstante sus placeres, los he visto atemorizados, inquietos, y jamas satisfechos. He visto tambien los que habian escogido la virtud, y no obstante sus mortificaciones, los he visto gozar una paz envidiable, consolante y siempre contentos de todo. He experimentado yo mismo la una y la otra situacion. He pasado de un estado al otro, y bien que mi experiencia haya estado toda en favor de la virtud, he escogido con todo eso el pecado y á él me dediqué. ¿Qué cosa, pues, me ha determinado á una eleccion tan funesta y tan insensata? ¡Ay de mí! Por gustar un placer momentáneo, por gozar de una libertad fatal, por no privarme de una vana satisfaccion, por no hacerme un poco de violencia, que habria debido tener en la confesion; una palabra de burla, ó de desprecio que en el mundo me habria convenido sufrir; un poco de sujecion que me habria sido necesario tomar; un poco de atencion que habria debido tener en mí mismo, ha perdido el Cielo, y me he precipitado en el infierno. ¡O furor, o necedad! pero necedad irreparable, y sin remedio.

Tercero. *El tercer suplicio de los condenados, es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, comparándolos con los bienes y con los males de la eternidad, y ver en ellos la equidad de los juicios de Dios.* — A la memoria de los falsos y fugitivos bienes que ha gustado sobre la tierra, y por los que le viene negada la entrada en el Cielo, y está agravado de los tormentos del infierno, entrará el

réprobo en furia y en una horrible desesperacion, vomitará mil blasfemias contra el Cielo y contra Dios; pero se verá obligado á volver su furor contra sí mismo y á reconocer la equidad de los juicios de Dios. Los bienes que ha gustado el pecado, eran nada en sí mismos: pero estos bienes estaban prohibidos por el Criador y por el Soberano Señor de todas las cosas, el cual pedia esta señal de sumision y de dependencia, estaban prohibidos bajo la pena del infierno, para aquellos que los gustasen, y con promesa del Cielo, para aquellos que se abstuviesen de ellos. Ahora pues, haber puesto debajo de los pies la Ley de Dios, haber igualmente despreciado sus promesas y sus amenazas, y esto, por un bien tan vil, tan despreciable y tan pasagero, es un pecado que el infierno jamas podrá borrar. — Los males que se hallaban en la virtud eran nada en sí mismos, es verdad; pero abrazados y sufridos por amor de Dios, por obedecer á su Ley, y por el temor de ofenderlo: abrazados y sufridos, sostenidos y continuados hasta la muerte, sobre la fe de su palabra, de sus promesas y de sus amenazas, son un homenage digno de Dios, y homenage que la grandeza de Dios requiere que sea recompensado por Dios.

PUNTO IV.

Cuarto suplicio, estar el réprobo seguro de una eternidad de penas.

La eternidad presenta al espíritu de un réprobo tres objetos que sin cesar lo atormentan, y lo llevan á la desesperacion.

Primero. *El infierno, en que está detenido y de que no podrá jamas salir.*— Añadió Abrahan... « Fuera de que hay un grande abismo entre nosotros y vosotros: de donde los que quieren pasar de aquí á vosotros, no pueden, ni de ese lugar pasar hasta aquí... » No se puede concebir, ni exprimir, cuán horribles sean los tormentos del infierno; pero con todo serian como nada, si se hubiesen de acabar un dia, aun cuando fuese despues de siglos y millones de siglos. La esperanza de este término cambiaria la naturaleza del infierno y mitigaria en él todos los tormentos; pero lo que pone el colmo al rigor de estos atroces suplicios, es la certeza de que serán siempre los mismos y de que jamas se acabarán. Siempre arder, no cesar jamas: siempre, para siempre jamas, he aquí las terribles palabras, de que retumba el infierno. Si pudiese á lo menos un condenado retirar su espíritu de un tan cruel pensamiento; pero no, el rigor de los tormentos continuamente se lo presenta, y este horrible pensa-

miento pone continuamente el colmo á todos sus tormentos.

Segundo. *El Cielo, donde él no se halla y de donde no saldrán jamas los que estan en él.* — La misma eternidad que hace el suplicio y la desesperacion de los réprobos, pone el colmo á la felicidad y al reposo de los escogidos. Ninguna cosa turbará jamas su felicidad; no se acabará jamas y estan seguros de gozarla eternamente. Un caos inmenso los separa para siempre de la multitud de los réprobos y la alegría de haber evitado una suerte tan espantosa, y no haberla de tener jamas, es para ellos un aumento de felicidad, de reconocimiento y de amor. Pero este mismo pensamiento, en un sentido opuesto ¡o y cuán insoportable es para el réprobo! ¡Ay de mí! grita entre sí mismo; aquellos estan en las delicias y en ellas estarán eternamente. Yo estoy en los suplicios y en ellos estaré eternamente. ¿O penitencia, dónde estás tú? ¿O Sangre del Redentor, qué es lo que te has hecho? Pero gritos impotentes y que jamas encontrarán piedad. ¡Un caos, un intervalo inmenso puesto por las manos de Dios y consolidado por su omnipotencia, nos separa para siempre. ¡O eternidad, eternidad de delicias para los otros, eternidad de suplicios para mí!

Tercero. *La tierra, donde ha vivido, cuyas extremidades toca únicamente, y sobre la cual no volverá jamas á vivir.* — No hay pasage desde el infierno al Cielo, ó ni del Cielo al infierno. Desde el Cielo, ó

desde el infierno tampoco hay pasage para la tierra para mudar habitacion. Desde la tierra solamente está abierto el paso para el Cielo, ó para el infierno. Nuestra primera demora es sobre la tierra, en esta hemos sido criados, en esta debemos hallarnos por algunos momentos, y desde ella debemos entrar en una eternidad, ó de suplicios, si salimos culpados y pecadores, ó de delicias, si salimos justos y purificados. Ahora, esta tierra, donde nuestra demora es tan breve, donde el réprobo ha vivido y ha muerto en el pecado; pero donde habria podido vivir y morir en la justicia, estará siempre presente á su espíritu, maldecirá su necedad; deseará volver sobre la tierra, para empezar en ella una nueva vida. ¿Y o qué vida no emprenderia? ¿Qué objetos podrian jamas lisonjearlo, ó tentarlo? ¿Qué dolores, ni desgracias serian jamas capaces de sacarle una sola queja? ¿Qué rigor de penitencia, qué austeridad de vida podria aterrarlo? Pero ¡deseos quiméricos! Se vive solo una vez sobre la tierra; una sola vez se muere en ella, y de aquí se entra en la eternidad; pero de la eternidad ya no se vuelve á habitar en la tierra. Jamas gustarán ya sus conveniencias, los réprobos y los santos jamas correrán ya sus peligros. Nosotros solos, nosotros que vivimos, podemos aun abusar, ó aprovecharnos de la libertad, que Dios nos deja de escoger entre las dos eternidades, debiendo la una, ó la otra ser necesariamente, y bien presto nuestra porcion. No se nos deja la eleccion entre la tierra y la eternidad, sino

entre la eternidad feliz, ó infeliz, porque nosotros debemos necesariamente dejar la tierra y entrar necesariamente en una de estas dos eternidades.

Peticion y coloquio.

¡O eternidad, á que me acerco en cada instante, si yo hubiera pensado en tí hasta ahora, cuántas culpas habria evitado, y qué progreso no habria hecho en la virtud! Estoy resuelto, o eternidad, no te perderé ya jamas de vista, serás la regla de todas mis acciones. Diré continuamente á mí mismo; yo camino hácia la eternidad, todo lo que hago, lo que pienso, lo que digo, me conduce á la eternidad. ¿Pero á cuál de las dos eternidades van dirigidos mis pasos? ¿A la feliz, ó á la infeliz? ¡Ah! Pensemos, o alma mia, porque separada una vez de este cuerpo vil y despreciable, tu suerte será decidida sin remedio; y de la una de las eternidades en que te hallarás, no verás otra cosa que un caos inmenso entre tí y la otra eternidad. ¡O Dios, quién no temerá al meditar estas verdades! ¡Quién podria aun ofenderos, despues de haberse bien internado en ellas! por mí, o Señor, ya esto es hecho, detesto mi iniquidad y no quiero ya mas recaer en ella. ¡O Jesus, quiero ser vuestro en el tiempo y en la eternidad bienaventurada. Amen.

MEDITACION CCIV.

FIN DEL RICO MALVADO, Y DE LAZARO.
S. Luc. c, XVI, v. XXVII, XXXI.

DE LA FE DE LA OTRA VIDA.

Primero, de la Sabiduría de Dios en la manera con que nos ha hecho conocer esta verdad. Segundo, de la necedad de aquellos, que querrian que un muerto resucitase para asegurarnos de esta verdad. Tercero, de la inutilidad de la aparicion de un muerto en orden á los que no creen esta verdad.

PUNTO PRIMERO.

De la Sabiduría de Dios en la manera con que nos ha hecho conocer esta verdad.

« Y (el Rico) dijo, pues te suplico ó Padre que lo envies á casa de mi Padre, porque tengo cinco hermanos para que les testifique no sea que vengan ellos tambien á este lugar de tormentos. Y Abrahan le dijo: ellos tienen á Moises, y á los Profetas oíganlos... »

Primero. *La importante verdad de la otra vid*

nos es manifiesta por la tradicion. — Dios la reveló al primer hombre, y por él á toda su posteridad. Adan, despues de su pecado, asegurado de haber de morir, y advertido de la futura venida de un Redentor, en quien debia esperar, no ignoró el motivo, por qué quedaba aun sobre la tierra, por el que debia salir de ella, y donde debia ir dejándola segun la manera, con que habria vivido en ella. Esta verdad la fueron heredando de padres á hijos hasta el justo Noe, y sus hijos, que no la dejaron ignorar á sus descendientes. En todas las naciones se hallan vestigios de esta tradicion, bien que mas ó menos alterados por las fábulas, y por los sistemas que la fuerza de las pasiones; y la debilidad del espíritu humano han hecho inventar.

Segundo. *La importante verdad de una otra vida, nos viene manifestada por la conciencia.* — Dios la ha estampado en el corazon del hombre, y en la constitucion misma de este mundo. Nuestra conciencia, que nos justifica ó nos condena: nuestros deseos insaciables é ilimitados: los desórdenes mismos de este mundo, y las injusticias que en él se cometen, todo grita una otra vida, todo la anuncia, y la prueba... Por otra parte, ¿cuál seria el fin de la creacion si no hubiese otra vida? ¿Nos habrá criado Dios, para un momento sobre la tierra, como á las bestias, sin algun otro fin? ¿El vicio y la virtud, el bien y el mal, el culto y la blasfemia, la crueldad y la paciencia, tendrán, acaso un mismo mérito á los ojos del Ser Supremo y Sobe-

rano? ¿Tendrá Dios acaso menos equidad que nosotros; nosotros, que la tenemos solo porque Dios nos ha impreso el sentimiento de ella?

Tercero. *La importante verdad de la otra vida, nos viene manifestada por la Escritura.* — Dios la ha descrito en las santas Escrituras que nos ha dejado por testamento. Esta verdad tan importante y tan interesante, tan sensible, y tan palpable, sí; ha sido puesta en olvido, sofocada, y desfigurada por las pasiones de los hombres, que debia ella tener en freno. Dios ha querido todavía imprimirla de nuevo en los escritos, inspirados, que durarán hasta la consumacion de los siglos, y pondrán continuamente delante de los ojos de los mortales el fin para que han sido criados. La Ley de Moises y los escritos de los Profetas; ó suponen en todo la verdad de una otra vida, ó formalmente la exprimen. Este es el motivo, por qué Abrahan responde al Rico malvado, « tienen á Moises, y á los Profetas, oíganlos. » Pero en la plenitud de los tiempos, Dios, segun su promesa nos ha enviado su Hijo; no solo para asegurarnos de nuevo de la verdad de la otra vida, sino para explicarnos tambien de una manera que podamos entenderlo y en cuanto es necesario para nuestra salvacion, cuanto sucede en esta otra vida. El fuego que quema, abrasa y atormenta los pecadores muertos en su pecado; fuego, que jamas se apagará y siempre atormentará. El Cielo que colmará de delicias, y de gloria á aquellos, que habrán creido en él, y

habrán muerto en su gracia. El Hijo de Dios era aquel á quien pertenecia revelarnos tan importantes secretos ; este que los habia sacado del seno de su Padre : este, que estaba encargado de rescatar los hombres, de instruirlos, y de juzgar un dia los vivos y los muertos : este que del Cielo ha venido sobre la tierra, y ha vuelto á subir al Cielo : este, que durante su vida, por prueba de su mision, ha interrumpido á su gusto el curso de la naturaleza, y con una sola palabra ha resucitado los muertos. El que no cree esta verdad sobre un tal testimonio, es un furioso que por su gusto, quiere perderse eternamente á sí mismo. Nosotros en todo caso, creámosla, y de una manera tan firme, y tan eficaz, que venga á ser nuestra regla, nuestra fuerza, y nuestra consolacion.

PUNTO II.

De la necedad de aquellos que querrian que un muerto resucitase para asegurarlos de esta verdad.

« Pero (el Rico) dijo : No Padre Abrahan ; mas si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia... » No es cosa rara encontrar personas, que para creer ó asegurarse de su fe, querrian tener el testimonio de un muerto vuelto del otro mundo ; y justamente para curarnos, y sanarnos de esta ilusion hace aquí el Salvador hablar en estos términos al rico malvado. — Estemos, pues, persuadidos

que un deseo semejante es una necedad, y hagamos las reflexiones siguientes.

Primera. *La resurreccion, ó la aparicion de un muerto para instruirnos, no conviene á la Sabiduría de Dios.* — Dios quiere conducirnos por medio de la fe, ó de su palabra, y no por medio de visiones particulares... Por la fe se han salvado los que nos han precedido, y por ella debemos tambien salvarnos nosotros: nuestra conducta no debe ser diferente de la suya. Si nosotros queremos el testimonio de un muerto, lo querrán tambien otros. ¿Será, pues, necesario que cada hombre tenga su revelacion y vea delante de sus ojos un muerto. Cuando se habrá disminuido la impresion que habrá hecho sobre nosotros aquella vision, y nos sobrevendrá otra duda, desearíamos todavía ver un muerto. ¿Seria, pues, necesario enviárnoslo, como tambien á cada uno de los vivientes segun su fantasía? ¡Qué extravagancia!

Segunda. *La resurreccion, ó la aparicion de un muerto para instruirnos, no conviene al estado de los muertos.* — No son los muertos los que estan encargados de instruirnos, sino los vivos; nuestros padres, nuestros amos, nuestros pastores, nuestros directores, nuestros predicadores, Moises, los Profetas, los Apóstoles, la Iglesia, Jesucristo Hijo de Dios, que nos ha hablado por sí mismo, que ha inspirado los Profetas y los Apóstoles, y ha dejado su espíritu á su Iglesia. Los muertos no estan encargados de este ministerio, y seria una necedad

el esperarlo de ellos. Han sido resucitados muchos muertos por Jesucristo, y por sus siervos, en el antiguo, y muchos mas aun en el Nuevo Testamento; su resurreccion ha probado, es verdad, la divina Mision de aquellos que los resucitaban; pero ninguno de ellos ha venido encargado de referirnos cuanto habia visto en el otro mundo. Puede Dios haber permitido que algunos muertos, se hayan aparecido, pero jamas ha sido para enseñar los secretos de la otra vida... Jesucristo mismo ha resucitado, segun lo habia prometido, y su resurreccion ha puesto el sello á las verdades que nos ha anunciado; pero nos las ha anunciado en el curso de su vida mortal. Las sabia antes de haber bajado al infierno y antes de bajar sobre la tierra; las habia sacado del seno de Dios mismo, su Padre, ninguna otra cosa mas aprendió con su muerte, y con su resurreccion; y si despues de su resurreccion se detuvo con sus discípulos á discurrir del Reino de Dios, lo hizo para mostrarles cómo habian de gobernar su Iglesia, y no para enseñarles nuevas verdades, en las que lo hubiese amaestrado la muerte, y que antes no les hubiese enseñado.— Consultemos, pues, sus divinos oráculos, estudiemos la escritura, y escuchemos la Iglesia. Es una insensatez esperar de los muertos luces nuevas, ó mas seguras.

Tercera. *La resurreccion ó la aparicion de un muerto para instruirnos, no conviene á nuestra presente situacion.* — Cuál seria nuestra tranquilidad

sobre la tierra, si estuviésemos siempre en la expectacion, ó en el temor de la aparicion de cualquier muerto? ¿Cuál seria la unanimidad de nuestra fe, si cada uno regulase la suya por lo que habria oido, ó creido haber entendido de un muerto, y sobre la interpretacion que daria á sus palabras? ¿Cuál finalmente seria nuestra desesperacion, ó nuestra presuncion, si supiésemos cuál de nuestros parientes, ó de nuestros amigos estan en el infierno, y cuáles en el Cielo? — Esta será una ojeada que podremos soportar solamente cuando estaremos enteramente unidos á Dios, y trasformados en él. Luego el deseo de ver muertos, para entender de ellos lo que sucede en el otro mundo, es una necedad de que debemos guardarnos nosotros, y si es posible, curar los otros.

PUNTO III.

De la inutilidad de la aparicion de un muerto en orden á aquellos, que no creen esta verdad.

« Y él (Abrahan) le dijo: si no oyen á Moises, y á los Profetas; ni tampoco creerán aunque resucitase uno de la muerte... ¿Por qué? Porque la aparicion de un muerto no destruiria los obstáculos, que ellos oponen á la fe.

Lo primero. *La aparicion de un muerto no calmaria las agitaciones voluntarias de su imaginacion.* — Lo que hace caer, y destruye nuestra fe, es que nosotros queremos concebir la naturaleza de los

misterios. Por ejemplo nos dejamos turbar pensando en la eternidad de Dios, en su inmensidad, en la Trinidad de las personas, en la Encarnacion del Verbo, en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía : queremos formar en nosotros imágenes de estos misterios, y no pudiendo salir bien con ello, caemos en la agitacion y somos tentados de no creerlos. Nos turba tambien en modo especial la eternidad de las penas de los réprobos; en vano medimos, calculamos, amontonamos siglos sobre siglos, nuestra imaginacion se calienta, caemos debajo del peso de nuestros esfuerzos, y á veces concluimos con desechar esta verdad, ó por lo menos con dudar de ella : y esto porque no podemos imaginarla... El alma fiel apoyándose únicamente sobre la palabra de Dios ; cree los misterios revelados, sin hacer algun esfuerzo para formarse imágenes de ellos, se deja penetrar sin turbarse de los sentimientos que estas verdades inspiran, ó sea de respeto, ó sea de amor ó de temor... ¿Pero es posible que la aparicion pasagera de un muerto, pueda calmar estas imágenes, en aquellos en que no puede calmarlas la palabra de Dios siempre subsistente?

Lo segundo. *La aparicion de un muerto no podria contener los falsos razonamientos de su espíritu.* — Quieren algunos razonar sobre los misterios que son superiores á nuestra razon, se internan demasiado, se alambican los sesos, y no producen otra cosa que quimeras; establecen principios que no

tienen certeza alguna, y sacan consecuencias que no tienen conexion con ellos. Hacen á Dios de la misma naturaleza que los hombres : le atribuyen propiedades humanas, y juzgan de él por sí mismos. Quieren que en el otro mundo tenga la misma conducta que tiene en este; y porque en esta vida está lleno de bondad y de misericordia para con los pecadores, quieren que sea lo mismo en la otra; y porque una eternidad de suplicios sobrepasa su inteligencia, y los malvados en las llamas les causan compasion, quieren que lo mismo sea de Dios... El alma fiel cree á la palabra de Dios, y en ella encuentra la tranquilidad del espíritu. Sin querer profundizar el abismo de las riquezas de su Sabiduría y de su ciencia, se aprovecha aquí en la tierra de sus misericordias, espera sus recompensas, y teme sus castigos. ¿Pero cómo la aparicion de un muerto, sin consecuencia, sin conexion y sin autoridad, podia refrenar en el incrédulo la pasion de razonar, si la palabra de Dios continuada desde Adan, desde Moises y desde Jesucristo hasta nosotros, si esta palabra tan instructiva, tan resplandeciente, apoyada sobre tantos prodigios, anunciada con tanto esplendor no la puede refrenar?

Lo tercero. *La aparicion de un muerto no pondria remedio á las pasiones desenfrenadas de su corazon.* — Confesémoslo sinceramente, el interes solo es el que nos hace dudar de la otra vida y de una eternidad, esta verdad la procuramos oscurecer solo en favor del pecado y de las pasiones... ¡Ah! en

los dias felices de nuestra inocencia, no teniamos sobre esto duda alguna. Ni aun cuando despues de algunas caidas habiamos recurrido á la penitencia, y estábamos aplicados á domar nuestras pasiones, y conseguiamos de ellas gloriosas victorias, dudábamos de ello. Solo despues que hemos empezado á ceder á su esfuerzo, á dejarnos arrastrar y llevar de su corriente, entonces nos hemos vanamente persuadido, que no hay infierno, que no hay eternidad... ¡O pecador! ¡O necio! Tú contradices las luces de la razon, los remordimientos de la conciencia, la voz de la naturaleza, el grito de las naciones, y toda la magestad de la religion: pides la resurreccion de un muerto para creer un infierno; deberias antes pedirla para asegurarte que no lo hay, y entonces poder darte impunemente en presa del pecado. En todo otro cualquier negocio en que te corre mayor riesgo, el partido debe ser el mas seguro, y aquí para poner en peligro tu ser, y la miseria eterna de tu ser, no pides prueba alguna, mientras que de la parte en que no temerias algun riesgo, no te falta ninguna prueba, y ninguna te puede satisfacer. ¡Ah! Reconoce una vez, que la pasion sola es la que te puede cegar á este término.

Peticion y coloquio.

O Dios mio, por vuestra gracia especial y no merecida estoy aun en el mundo, como estaban los

hermanos del Rico malvado, y puedo sacar provecho de su desgracia. ¿Qué otra cosa espero yo para tomar y cumplir buenas resoluciones? ¿Querré acaso ver un muerto resucitado? ¿Pero qué me diria un réprobo que se me apareciese, si no lo que me dice el Rico condenado? « Yo estoy atormentado en esta llama... ¿Una tal vision, seria acaso mas cierta para mí que el Evangelio? Yo tengo la Escritura : ¡ah! si no me aprovecho de ella, tampoco daria fe á las palabras de un muerto resucitado, Con que, o Dios mio, quiero concluir de una vez; depongo todo espíritu de orgullo, lejos de mí toda semilla de endurecimiento, creo que hay otra vida, y quiero merecerla, queriendo solo servirme de la presente para Vos, y en una manera digna de Vos. Amen.

MEDITACION CCV.

DE ALGUNAS INSTRUCCIONES QUE EL SALVADOR REPITE A SUS DISCIPULOS.

S. Lucas, c. XVII, v. 1, VI.

Primero, sobre el escándalo Segundo, sobre el perdon de las ofensas. Tercero, sobre la fe.

PUNTO PRIMERO.

Sobre el escándalo.

Lo primero. *No os debeis sorprender del escándalo.* — « Y dijo (Jesus) á sus discípulos : « es imposible que no vengan escándalos... » Es verosimil, que el Salvador se hallase solo con sus discípulos, cuando tuvo con ellos este discurso... Esta necesidad del escándalo no viene de otra causa que de la corrupcion y de la malicia de los hombres, pues los hombres siendo tales cuales son, no es posible que no sucedan escándalos en el mundo, en la Iglesia y en los estados aun en los mas santos. ¿No acaeció esto por ventura en el colegio mismo de

los primeros Apóstoles? Es imposible que esto no suceda, y es mas importante de lo que pensarán algunos, el estar bien convencidos de esta verdad, para no quedar sorprendidos de los escándalos, para no vacilar en la propia fe, y para que no nos aparten de la práctica de la virtud. Si vemos escándalos, no quedemos sorprendidos, viviendo nosotros entre hombres. Si sucede un escándalo, no nos conturbemos por él; es un hombre el que lo ha dado, un hombre debil como nosotros; pero guardémonos nosotros de propagarlo por nuestra malicia, y de suponer culpados de él á otros muchos que estan tan inocentes en el caso como nosotros. Si estos escándalos se multiplican, no pensemos por esto que todo está ya perdido, ó que la Providencia no gobierne el mundo, porque estos escándalos mismos estan ya predichos.

Lo segundo. *No se debe dar escándalo.* — « ¿Pero ay de aquel por quien vengan. Mejor seria para él, que se le pusiese al cuello una piedra de molino y le arrojasen al mar, que escandalizar á uno de estos pequeñuelos... » Esten escondidos cuanto quieran, y multiplíquense estos escándalos; Dos sabrá muy bien distinguir el Autor. De lo que nos dice aquí el Salvador podemos juzgar, cuál será despues la venganza que tomará. ¡Ah! meditemos estas palabras. Examinémonos á nosotros mismos, principalmente sobre lo que mira á los pequeños; esto es á aquellos que por su edad ó por su condicion son inferiores á nosotros.

Lo tercero. *Guardémonos de tomar escándalo.* — « Estad atentos á vosotros mismos.. » Estad atentos no solo para no ser sorprendidos del escándalo, y para no darlo, sino tambien para que el escándalo no llegue á vosotros, y no os sirva de ocasion de caida. No os imagineis que una cosa sea permitida porque otros la hacen, ó que ella sea irreprensible delante de Dios porque lo es delante de los hombres. La Ley de Dios, el Evangelio, la conciencia, la Iglesia; estas son las que deben ser reglas para vosotros, y no la práctica, la costumbre, y la usanza del mundo.

PUNTO II.

Sobre el perdon de las injurias.

« Si tu hermano pecare contra tí, repréndelo, y si se ha arrepentido perdónale: y si siete veces al dia pecare contra tí, y si siete veces al dia vuelve á tí, diciendo me arrepiento, perdónale... »

Lo primero. *De las ofensas que hacemos á los otros.* — Estemos atentos para no ofender á alguno; pero si por viveza ó por inadvertencia le ofendemos, suframos que nos reprenda, y escuchemos su correccion con humildad: si no nos reprende, reprendámonos nosotros mismos, y reconozcamos nuestra falta; vamos despues á encontrarlo, digámosle que nos hemos arrepentido, y supliquémosle que nos perdone.

Lo segundo. *De las ofensas que los otros nos hacen.* —Reprendamos con dulzura á aquellos que nos ofenden, perdonémoslos en nuestro corazon, y luego que ellos se reconocen, asegurémosles que nosotros los perdonamos, sin que la multitud de sus recaidas cansen nuestra paciencia, y resfrien nuestra caridad.

Lo tercero. *De las ofensas hechas á Dios.* —¿Quién es aquel hombre que siete veces al dia venga ofendido, á quien se le pida perdon siete veces al dia, y que deba conceder este perdon? ¿Quién es aquel que tenga una tan grande dulzura, y que tenga ocasion de ejercitar una tan grande caridad? ¡Ah! Señor, sois Vos, es vuestra divina caridad la que aquí manifestais, y que quereis que venga ejercitada por vuestros Apóstoles con los pecadores arrepentidos. De hecho, apenas vuelve á Vos sinceramente, y sabe deciros esta afortunada palabra... *Yo me arrepiento*, Vos todo lo olvidais, Vos todo lo perdonais. Apenas os ofendo, me reprendeis, apenas me arrepiento, Vos me perdonais. ¡Ay de mí! A cada momento os ofendo y mas de siete veces al dia, y á cada momento Vos estais pronto para perdonarme. ¡O dulzura inefable, o bondad infinita: Vos pedís de mí estas dos solas condiciones, que me arrepienta, y que perdone!

PUNTO III.

Sobre la fe.

Lo primero. *De la diminucion y frialdad de la fe.* — « Y los Apóstoles dijeron al Señor, acreciéntanos la fe... » Los Apóstoles no habian sido reprendidos jamas de Jesucristo por haber faltado á la caridad; pero sí, y bien frecuentemente por haber faltado á la fe. Esto es, por ventura lo que les hace decir al Salvador: *Acreciéntanos la fe...* La fe es un don de Dios en su principio, en su aumento, y en su perfeccion. Nuestros cotidianos pecados, nuestra disipacion y el contagio del mundo, no dejan de disminuir en nosotros la fe. Presentemente, acaso tenemos menos que en nuestra edad mas tierna: la diminucion de la fe insensiblemente hace que pequemos con mas frecuencia, mas gravemente y con menos dificultad. Esta diminucion nos hace pesado el yugo del Señor, la virtud difícil, la frecuencia de los Sacramentos insípida, y la práctica de la oracion, y del recogimiento enfadosa y molesta: Avivemos, pues, aquella poca fe, que nos queda aun, y trabajemos para aumentarla.

Lo segundo. *Del aumento de la fe.* — La fe se aumenta por medio de la oracion, de la instruccion, y de las obras... Pidamos continuamente al

Señor que aumente en nosotros la fe. Esta súplica de los Apóstoles sea nuestra oracion ordinaria, principalmente en las tentaciones, en los disgustos, y en las ocasiones de ejercitar una virtud que nos cuesta dificultad. Pero orando, trabajemos de nuestra parte para aumentar nuestra fe, por medio de piadosos discursos, de buena leccion, y de santas meditaciones.

Lo tercero. *Del uso de la fe.* — « Y dijo el Señor, si tuviéreis fe, cuanto un grano de mostaza direis á este arbol de moras, desarraígate y trasplántate en el mar y os obedecerá... » Manera de hablar bien enérgica para exprimirnos la fuerza de la fe. No, sin duda, no han hecho jamas los Apóstoles uso de su fe, para obrar tales maravillas inútiles y de ostentacion, ni esta era la intencion del Salvador, ni este es el sentido de sus palabras. Mas los Apóstoles confirmados en la fe, obraron otras maravillas mucho mas útiles y resplandecientes, echando los demonios, curando enfermos y resucitando muertos. Con esto convirtieron el mundo entero, y desarraigaron la idolatría que como precipitada en el fondo del mar, no ha vuelto despues jamas á aparecer. ¡Ah! Si tuviésemos fe, no habria en nosotros inclinaciones, ni hábitos que no cediesen á nuestras órdenes, y que no se desarraigarán hasta la última raiz para no brotar ya jamas. Esta es la fe que ha hecho triunfar los Santos del mundo, de los tiranos y de sí mismos... ¡Ah! Hagamos uso de nuestra fe, y triunfaremos como ellos.

Peticion y Coloquio.

Aumentadme á mí la fe, o Señor y Salvador mio, dadme aquella fe viva que me haga tocar, como con la mano, las verdades de la salud : aquella fe ardiente, que me saque fuera de la tibieza en que estoy, y me haga abrazar valerosamente las máximas que ella me enseña. No os pido ya, o Señor, aquella fe que ha hecho obrar prodigios á vuestros Santos, sino aquella fe que los ha hecho Santos ; no aquella fe que los ha ilustrado á los ojos de los hombres, sino aquella fe que los ha hecho ser humildes, mortificados y enemigos de sí mismos, y finalmente aquella que los ha hecho agradables á vuestros ojos. Amen.

MEDITACION CCVI.

PARABOLA DEL SIERVO QUE HACE LO QUE DEBE.
S. Luc. c. XVII, v. VII, X.

Consideremos primero, el trabajo exterior. Segundo, el trabajo interior. Tercero, los sentimientos de este buen siervo.

PUNTO PRIMERO.

Del trabajo exterior del siervo bueno.

Los Apóstoles cuya fe debia obrar grandes maravillas, tenian necesidad de una grande humildad para no gloriarse, ni de sus inmensos trabajos, ni de su éxito feliz. Por esto les propuso el Salvador una parábola muy propia para instruirlos, y para instruirnos á nosotros mismos. Se trata de un Señor que teniendo un siervo lo aplica al trabajo.

Primero. *Trabajo dependiente y mandado.* — « ¿Quién, pues, hay de vosotros (dice Jesucristo) que teniendo un siervo que ara, ó hace de pastor, cuando vuelve del campo le diga, pasa luego, ponte

á la mesa...? » El Señor ocupa al siervo, como le agrada. El siervo hace la voluntad de su Señor, y no la suya. Si el Señor lo envia al campo va allá, si le manda labrar, ó apacentar el ganado, lo hace... Este mundo es el campo del Señor y los hombres son su rebaño. Los Apóstoles han trabajado y cultivado este campo, han conducido el rebaño y lo han apacentado. Toda su vida externa ha estado empleada en hacer en esto la voluntad de su Señor. Los hombres apostólicos han recibido de Dios el mismo empleo, los Pastores de la Iglesia, segun su grado, mas ó menos tienen tambien parte. Todos los hombres de cualquiera condicion que sean, son los siervos de Dios, él los ha puesto en este mundo para trabajar cada uno segun su estado y segun la voluntad de su Soberano Señor. ¿Cómo cumplimos nosotros esta obligacion?

Segundo. *Trabajo penoso y enfadoso.*— Trabajar la tierra, he aquí lo penoso, conducir el rebaño, he aquí lo enfadoso, esto es lo que Dios mandó, y á lo que fue condenado el hombre pecador. En cualquiera estado que la providencia nos coloque, hemos de trabajar siempre como pecadores para cumplir con nuestra obligacion; si en nuestro trabajo encontramos dificultad, peso, ó fastidio, guardémonos de quejarnos, ó de dispensarnos de él.

Tercero. *Trabajo asiduo y constante.*— A la tarde solamente vuelve el siervo de la campaña, donde lo ha enviado su Señor y donde ha trabajado todo el dia, y si vuelve á la tarde, para tomar un poco

de reposo, lo hace para volver al trabajo la mañana siguiente y continuarlo así todos los dias. Tal debe ser la vida del hombre sobre la tierra, mientras que goza de sanidad. Debe continuamente ocuparse en un trabajo proporcionado á sus fuerzas; pero util y serio, y trabajar así hasta la muerte. Tal es la voluntad de nuestro Señor ¿pero cómo la cumplimos nosotros? Nos pedirá de esto cuenta ¿cómo nos tratará pues, si al fin de nuestros dias no tenemos que presentarle otra cosa que una vida pasada en las delicias, en el ocio, en la delicadeza, ó en un trabajo que no era para él, que él no lo habia mandado y acaso que él lo tenia prohibido?

PUNTO II.

Del trabajo interno del siervo bueno.

« Y no le diga antes bien, hazme la cena, prepárate y sírveme mientras como y bebo, y despues comerás tú y beberás... » Despues del trabajo externo de la campaña, le queda aun un trabajo interno y doméstico.

Primero. *Trabajo honroso.* — El siervo que ha empleado sus atenciones en los bienes de su Señor, debe tambien emplearlas por el mismo Señor, y servir al mismo. Los Apóstoles despues de haberse empleado todo el dia por las necesidades del próximo, en las funciones del Apostolado, pasaban buena

parte de la noche con Dios en oracion. Despues de haber nosotros trabajado en el curso del dia, para cumplir las obligaciones de nuestro estado, debemos antes de nuestro reposo, señalarnos un tiempo para atender á la oracion; para alabar á Dios, para darle gracias, para darle cuenta de nuestro trabajo, para pedirle perdon de nuestras faltas, y la gracia de pasar mejor el dia siguiente. Tambien por la mañana debemos fijar un tiempo semejante para ofrecerle nuestros homenages; para pedirle su socorro, y ofrecerle nuestro trabajo. ¿Qué cosa hay mas honrosa para un siervo, que servir de este modo á su Señor, que recibir sus órdenes, que entretenerse con él?

Segundo. *Trabajo indispensable.* — Sin este trabajo interno, el externo es muy sospechoso. El siervo que tiene cuidado del bien de su Señor, y despues rehusa servir á su persona, no cumple su obligacion, no puede agradar á su Señor, y muestra no amarlo... Guardémonos bien que nuestro trabajo externo, aun cuando sea estimado de los hombres; aun cuando sea util á otros; aun cuando sea para nosotros gravoso, nos impida servir á nuestro Señor, porque seria entonces un trabajo solo de capricho, de inclinacion, de vanidad, ó de necesidad, y no un trabajo de obligacion, que pueda agradar á Dios. Y si al trabajo externo de la accion unimos el trabajo interno de la oracion y la devocion, podemos esperar entonces haber cumplido con nuestro deber.

Tercero. *Trabajo recompensado.* — Despues de haber cumplido el siervo todas sus obligaciones dentro y fuera, en campaña y en casa, entonces le toca á él alimentarse, y despues tomar su reposo. Entonces justamente un alma fiel gusta la satisfaccion de haber servido á su Señor, de haberle agradado, de estar en su gracia, y de tener su aprobacion... ¿Pero podemos nosotros oir estas palabras del Salvador... « *Comerás y beberás tambien tú.* » Sin acordarnos del pan y del vino que él mismo nos ha preparado? ¡O alimento Divino! ¡O qué delicias gusta en él el alma! ¡O digna recompensa de los trabajos de esta vida y prenda segura de una recompensa eterna!... Nosotros no nos reprendemos en cosa alguna tal vez sobre el trabajo externo ¿pero el interno cómo lo hacemos, cómo lo cumplimos? ¡Ah! olvidándolo, no nos maravillemos, si no gustamos la dulzura del servicio de Dios y si nos acercamos hasta la comunion sin fervor y sin devocion.

PUNTO III.

De los sentimientos del siervo bueno.

Sentimientos de humildad. — Jesucristo propuso justamente esta parábola, para establecer á los Apóstoles en la humildad. Habiendo, pues, expuesto las obligaciones cumplidas por el siervo,

pregunta el Salvador: ¿Por ventura debe dar gracias á aquel siervo; porque ha hecho lo que le mandó? Pienso que no. (Despues añade.) Así tambien vosotros, cuando habreis hecho todo aquello que se os ha mandado, decid: somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debiamos hacer... » No se tiene obligacion alguna al que nos da lo que nos debe, ¿de qué, pues, ensoberbecernos? ¿Por qué tener nosotros tanta satisfaccion y tanta estima de nosotros mismos, habiendo solamente hecho lo que se nos ha mandado? Digamos, pues, entonces con sinceridad, *« somos siervos inútiles.. » Siervos inútiles respecto al éxito...* El éxito, no solo en lo que mira á la salud del alma y á la gloria de Dios; sino tambien en todos los otros negocios que emprendemos, depende totalmente de Dios, y á él se debe referir del todo. — *Siervos inútiles* en orden á los medios. Los medios que empleamos para procurar la gloria de Dios, ó para otra cualquiera cosa ¿no nos los ha dado por ventura Dios? El espíritu, los talentos, las fuerzas, la vocacion, las ocasiones, todo viene de Dios, y á él pertenece.— Finalmente *siervos inútiles* en orden á la misma voluntad, y al buen uso que hacemos de nuestra libertad. Esta buena voluntad no podemos nosotros dárnosla á nosotros mismos, nos la da Dios. Sin el socorro de su gracia no podemos elegir el bien, y huir y evitar el mal; si hacemos buen uso de nuestra libertad, y nos determinamos al bien, lo debemos al socorro de su gracia. Por esto, no solo debemos á

Dios nuestros servicios, sino que de él reconocemos tambien el poder y el querer servirlo: por esto nuestro trabajo y nuestra fidelidad, nuestra exactitud, y nuestros méritos son dones de Dios, y cuando nos recompensará nuestros méritos, recompensará sus propios dones. La humildad, pues, no está fundada sobre la mentira, sino sobre la verdad. Los mas grandes Santos, mas fieles siervos de Dios, que mas han trabajado, y mas han merecido, han sido los mas humildes, y han reconocido mejor delante de Dios su inutilidad... ¡Pero ay de mí! O Señor, tengo tambien otros muchos motivos de humillarme. Bien lejos de poder decir, que he hecho lo que debia: ¡ah! ¿cómo es posible que no pueda ser humilde despues de haberos servido tan mal, despues de haberos ofendido tantas veces, despues de haber por tan largo tiempo quebrantado vuestra Ley, y resistido á vuestra gracia? Y con todo eso, hago de mí un gran concepto, y quiero ser estimado. El mas mínimo indicio de desprecio, la mas mínima humillacion, me saca fuera de mí mismo; una palabra, una falta de atencion, una cosa de nada me ofende, me turba, me irrita. ¡O Dios! ¿Cómo pueden juntarse en mí tanto orgullo, y tanta soberbia, con tantos motivos para humillarme?

A estos sentimientos de humildad, que son el fin y el objeto de la parábola, añadamos aun estos dos que ciertamente le son muy propios.

Primero. *Sentimientos de reconocimiento.* — No:

el Señor no tiene alguna obligacion al siervo, por haber hecho lo que se le ha mandado hacer. ¿Pero cuán obligado no está el siervo á su Señor, por haberlo sacado de la miseria, recibiéndolo en su servicio, y conservándolo en él?

Segundo. *Sentimientos de amor.* — ¡O y cuánto merece ser amado un buen Señor! ¿Hay por ventura otro mejor que aquel á quien nosotros servimos? ¿Hay por ventura otro mas dulce, mas compasivo, y mas magnífico en sus recompensas?

Peticion y coloquio.

Sí, o Señor, soy con mucha distancia, mucho mas vuestro que un esclavo: mi obligacion es de serviros, en esto encuentro mi provecho y mi gloria, Vos podeis obrar sin mí, sin perder cosa alguna de lo que es vuestro; Vos podeis exigir de mí todo cuanto soy y cuanto puedo, sin deberme cosa alguna; pero es tal vuestra grandeza, es tal vuestra infinita misericordia, que quereis tener cuenta, hasta de mis mas mínimos deseos de serviros y de agradaros y quereis recompensarme, como si todo me lo debiéseis. ¡Qué exceso de bondad! Para merecerla todavía mas, o Dios mio, resuelvo duplicar mis esfuerzos y mis trabajos; pero sin cesar de mirarme siempre como un siervo inutil. Amen.

MEDITACION CCVII.

JESUS YENDO Á JERUSALEN PARA LA FIESTA DE LA DEDICACION SANA DIEZ LEPROSOS.

S. Luc. c. XVII, v. XI, XIX.

Observemos primero, la súplica de los leprosos. Segundo, su fe. Tercero, su reconocimiento.

PUNTO PRIMERO.

Su súplica.

« Y sucedió, que yendo á Jerusalen pasaba por medio de la Samaria, y de la Galilea. Y entrando en una Aldea le salieron al encuentro diez hombres Leprosos, los cuales se pararon á lo lejos: y alzaron la voz diciendo: Maestro Jesus ten piedad de nosotros... » Quiso Jesus comparecer aun otra vez en Jerusalen antes del último viage, que debia hacer para consumar allí su Sacrificio. Dejó, pues, la Galilea, y despues de haber recorrido esta Provincia, atravesó la Samaria, y entró en la Judea. Estaba para entrar en una aldea que acaso era la

de Betania, donde vivian Marta, María su hermana, y Lázaro su hermano, que no estaba muy distante de Jerusalen, cuando diez leprosos, de los cuales nueve eran Judíos, y el décimo Samaritano, estando informados de su pasage, se unieron para pedirle su sanidad. Observemos las calidades de su súplica.

Lo primero. *Súplica humilde.* — Se paran lejos de Jesus, y fuera del camino, como ordenaba la Ley á los leprosos.. Así tambien nuestra oracion debe ser humilde, y esta humildad debe nacer del conocimiento de nuestra indignidad... ¿Quién soy yo delante de Vos, o Dios de la santidad, sino un indigno leproso, que no merece acercarse á Vos? Toda mi vida no es otra cosa que una lepra, tantos pecados que he cometido, tantas faltas é imperfecciones en que caigo cada dia, son otras tantas manchas que desfiguran mi alma, que la ensucian que la hacen indigna de acercarse á Vos. Me estoy, pues, lejos y á parte, reconozco mi indignidad; pero del fondo de mi miseria gritaré hácia Vos, ya que me es aun permitido el implorar, y esperar vuestras misericordias.

Lo segundo. *Oracion fervorosa.* — Luego que los leprosos vieron á Jesus en una tal distancia de poderlos oir, alzaron la voz, y se pusieron á gritar.. Gritaban, porque estaban apartados.. Cuanto mas distante de Dios se siente una alma, tímida, perezosa y disipada, tanto mas debe alzar la voz, y gritar hácia él. Gritaban tambien por el deseo que

tenian de su sanidad, y por el temor en que estaban, de que se les escapase una ocasion tan bella... ¡Ah! ¿Si conociéramos la miseria de estar lejos de Dios, y separados del comercio de los Santos, ¿con qué ardor no pediriamos ser librados de aquellos pecados, de aquella tibieza, de aquella dureza de corazon, de aquella disipacion, de aquella indevocion que son la causa de una tan funesta separacion?

Lo tercero. *Súplica esclarecida.* — Los dos títulos, que los leprosos dan á aquel, cuyo socorro imploran, son los de Jesus, ó de Salvador, y Maestro. La codicia y la ignorancia son una lepra doble, que contragimos antes de nacer, y de la que el Bautismo no nos ha librado; borrando el pecado original. Pero tenemos en Jesucristo un Salvador para hacernos triunfar de las pasiones de nuestro corazon, y un Maestro para disipar las tinieblas de nuestro espíritu. Invoquémoslo, pues, bajo de estos dos títulos... Jesus, Salvador mio, y mi Maestro, derramad sobre mí vuestra gracia divina, que es una gracia de fuerza y de luz, para que jamas ni el pecado ni el error me separen de Vos.

Lo cuarto. *Súplica comun.* — La misma desgracia, y la misma esperanza habia unido y juntado estos infelices, sin distincion de pais, ni de nacion... Levantaron juntamente la voz, y suplicaron, no cada uno de por sí, sino en comun y por todos... « *Ten piedad de nosotros...* » Esta union de oracion, tan encomendada por Jesucristo mismo,

no podia no serle acepta, y obtenerlo todo de él, segun su promesa.— Unámonos, pues, todos juntos para implorar las misericordias del Señor. Si nosotros nos separamos de la union de Religion, si no nos unimos á la oracion comun que se hace en la Iglesia, y en la propia Parroquia, no estando impedidos por un legítimo motivo, nos exponemos visiblemente á ser privados de muchas gracias: cuando al contrario unidos todos juntos, ó se enciende nuestro fervor, ó mútuamente se comunica. El fervor de los unos suple por la negligencia de los otros, y aquel grito comun hace una armonía dulce, y una dulce violencia al Señor, cuya bondad no puede hacer allí resistencia alguna.

PUNTO II.

De su fe.

Lo primero. *Fe humilde, y sin queja.* — « Habiendo oido Jesus sus gritos... » Mirádolos, dijo: id, mostraos á los Sacerdotes.... ¡Qué magestad, qué poder en este mandato! Pero era menester una fe bien humilde para ejecutarlo sin quejas. Era costumbre de Jesucristo, cuando sanaba algunos enfermos, tocarlos y hablarles con bondad. Lo mismo habia hecho con el leproso, que habia sanado, bajando del monte; pero á estos no les deja acercarse, no los toca, nada les dice, y nada les

promete; solo les grita desde lejos, que se retiren, y que vayan á dejarse ver de los Sacerdotes. Un sentimiento de orgullo en estos leprosos habria acaso impedido su sanidad. En una ocasion casi semejante, el orgullo de Naaman, aquel Señor de la Siria que fué á encontrar al Profeta Eliseo, para ser sanado de su lepra, faltó poco para hacerle perder el fruto de su viage *. Nosotros queremos que los enviados de Dios nos sirvan segun nuestro gusto, segun nuestras ideas, y segun nuestras pretensiones. Si un Confesor, si un Director, si un Predicador falta á ciertos respetos, que pretendemos de él, nuestro orgullo se irrita; se suscitan en nuestro corazon amargos lamentos, y á las veces rebientan; se sigue el despecho, y por falta de humildad nos quedamos sin la salud.

Lo segundo. *Fe simple y sin razonamiento.* — La Ley de Moises, que seguian tambien los Samaritanos, obligaba los leprosos á presentarse á los Sacerdotes; pero cuando ya estaban sanos; para que estando auténticamente reconocida su sanidad, fuesen restablecidos en el comercio de la vida civil; pero estos podian decir; somos enviados á los Sacerdotes, y no estamos sanos ¿qué cosa hemos de hacer nosotros allí en el estado en que nos hallamos? Así discurria Naaman enviado por el Profeta á las aguas del Jordan... ¿Qué no tenemos por ventura nosotros en Siria rios, que valgan por Jordan? ¿Y

* Lib. IV, Reg. c. V, v. xi.

qué, se habrá siempre de razonar con Dios en hechos de Religion? ¡Ah! dejémonos guiar; creamos y obedezcamos con simplicidad. Este es un homenage que Dios pide de nosotros, y á que ha vinculado nuestra salvacion. Los leprosos no razonaron; obedecieron, y su fe fue coronada.

Lo tercero. *Fe recompensada sin dilacion.* — « Y mientras iban, quedaron limpios..... » Lo mismo sucedió á Naaman, cuando finalmente obedeció al Profeta. Lo mismo sucederá, á quien renunciando á sus prejuicios, á su orgullo, á sus ideas, y á sus falsos razonamientos, irá donde Dios lo envia, y caminará con humildad, y simplicidad, en el camino que el Señor le ha prescripto, sujetará su juicio al de la Iglesia; creerá la perpetuidad, la indefectibilidad, y la Santidad de esta Iglesia, recibirá de ella las escrituras; los Sacramentos, las ceremonias, los ejercicios, las decisiones, y las Leyes. Este hallará en su fe, y en su obediencia la paz del corazon, la tranquilidad del espíritu, la pureza del alma, su sanidad, y su salvacion.

Lo cuarto. *Fe docil hasta el fin.* — No nos dice el Evangelista, que estos leprosos se hayan efectivamente presentado á los Sacerdotes; pero fuera de que esta era una práctica mandada formalmente en la ley, y comunmente observada, la orden que habian recibido de su poderoso Libertador, no permite dudar, que no se hayan conformado con él. Se presentó sin duda el Samaritano como los otros, á los Sacerdotes de Jerusalen, sin andar á buscar

los Sacerdotes Cismáticos de Samaria, á los cuales entendió muy bien, que Jesucristo no lo habia enviado. Por cualquiera gracia que se haya recibido del Cielo, nada nos dispensa de la observancia de la Ley; ninguna cosa puede apartarnos de la jurisdiccion de los superiores legítimos. Donde faltan la docilidad y la obediencia, no puede haber otra cosa, que error, y engaño.

PUNTO III.

De su reconocimiento.

Lo primero. *Consideremos cuán justo es el reconocimiento para con Dios...* « Y uno de ellos cuando vió que habia quedado limpio, volvió atras, glorificando á Dios en alta voz... » Uno de estos diez leprosos, que era el Samaritano, viendo que su sanidad era cierta, y que no le quedaba vestigio alguno de su lepra y de su impura deformidad, reflexionando por otro lado, con qué bondad, á su primera súplica, con qué poder, y con un solo acto de su voluntad los habia Jesus sanado á todos, entró en un tan grande exceso de júbilo, de admiracion, y de reconocimiento, que sin pensar á gozar de su fortuna, volvió inmediatamente atras, para dar las gracias á su divino Libertador... ¿No tenemos por ventura nosotros los mismos motivos de reconocimiento? ¿No nos colma Dios en todos los instantes

de sus beneficios, con la misma bondad, con la misma potencia, salvándonos de nuestros pecados, librándonos de mil males? Cuánto, pues, debe ser nuestro reconocimiento?

Lo segundo. *Consideremos cuán expresivo debe ser nuestro reconocimiento para con Dios.* — « Y se postró en tierra á sus pies, dándole gracias; y era este un Samaritano.... » Este Samaritano volvió atras á encontrar á Jesus donde lo habia visto próximo á entrar, y volvió allí alabando á Dios en alta voz, y no cesando en todo el camino de celebrar sus beneficios. Luego que llegó delante de Jesucristo, se echó á sus pies, postrándose en tierra. ¡ Ah ! ¿Quién podria decir, cuáles fueron entonces los sentimientos de su corazon? Apenas podia exprimirlos débilmente con la boca, pero Jesus los veia, y su postura los indicaba.—¡ Ay de mí! ¿No deberia yo estar continuamente postrado á vuestros pies, Divino Salvador de mi alma, Vos que me habeis librado, no una vez sino tantas de una lepra mucho mas vergonzosa, y para mí mas peligrosa; de la lepra de mis pecados; Vos, que no contento de limpiarme, os dignais tambien de alimentarme de vuestra carne, y de darme á beber vuestra sangre, y de comunicarme vuestro ser divino? ¡ Ah! ¿No deberia toda mi vida ser un continuo hacimiento de gracias por tantos beneficios? Y con todo eso es bien debil mi agradecimiento, jamas hablo de vuestras gracias, ni jamas las considero para conmigo mismo.

Lo tercero. *Consideremos cuán raro es el reconocimiento para con Dios.* — « Y respondiendo Jesus dijo: ¿Por ventura no son diez los que han quedado limpios? ¿Y los nueve dónde estan? ¿No se ha hallado quien volviese, y diese gloria á Dios sino este extrangero?.... » El que sabia tan bien el número de los leprosos que habian quedado sanos, no ignoraba dónde se hallaban los nueve ingratos, de quienes daba las quejas, pero habla así para darnos á entender cuán raro es el reconocimiento, y quiénes son los que por lo ordinario son los mas ingratos..... ¿Despues de una solemnidad, de una mision, de un retiro, despues de las fiestas de la Pascua, en que muchos pecadores han sanado de su lepra, se ven, acaso, muchos de estos en otra próxima fiesta volver al Salvador, y mostrarle su reconocimiento? ¿De diez de estos apenas se ve uno? ¿y los otros nueve dónde estan? Han puesto en olvido la gracia recibida, y acaso la han perdido ya. Atienden á sus intereses temporales, se abandonan á la disipacion, á la alegría, á los placeres, y acaso estan sumergidos en sus mismos malos hábitos... Solo el extrangero se mueve al reconocimiento, porque se considera, como el mas indigno del favor que ha recibido. En nosotros quedan sofocados los sentimientos de gratitud; porque nos imaginamos como los Judíos, que todo nos es debido. ¡Ah! Si por el contrario reflexionásemos, que respecto de la fe, somos nosotros extrangeros, en cuanto ella no nos es debida de modo alguno:

si pensásemos, que el deseo de recurrir á la penitencia es una gracia del Salvador, que aquella absolucion que recibimos con tanta indiferencia es el precio de su Sangre, y de su muerte; que es un exceso de sus misericordias, y que si hubiésemos muerto un momento antes de recuperar su gracia, estábamos eternamente condenados, entonces, por ventura reconoceríamos el precio de nuestra reconciliacion, y mostrariamos nuestro agradecimiento... Tal vez se mueven mal al reconocimiento los mas grandes pecadores; aquellos que parecian estaban mas lejos de Dios; que aquellos que gozan cada dia de sus beneficios.

Lo cuarto. *Consideremos cuán util es la gratitud para con Dios, para el que está penetrado de ella.* — « Y le dijo: levántate; vete que tu fe te ha hecho salvo... » Los otros tambien habian sido salvos por su fe: pero no tuvieron la dicha de oírselo decir de la boca de Jesucristo mismo... ¡Ah! cuánto mas iluminada, aumentada, y ardiente quedó la fe del Samaritano por esta divina palabra del Salvador! El temor de los Sacerdotes habia acaso sofocado en los nueve Judíos la voz del reconocimiento. ¿Pero si entonces fueron tan tímidos, y tan ingratos, cuáles vendrian á ser poco tiempo despues, cuando la persecucion contra Jesucristo, y sus Apóstoles, se declaró manifiestamente? En orden á nuestro fiel Samaritano, que habia levantado la voz en Jerusalen, y en la Judea, podemos bien creer que no guardó silencio cuando la Sama-

ria hubo recibido la palabra del Evangelio *. La gratitud es un fuerte indicio de la perseverancia : la ingratitud anuncia la inconstancia.

Peticion y coloquio.

O Dios mio; reconozco, y deploro mi ingratitud para con vos. ¡Ah! Señor; acoged un pecador que el reconocimiento conduce en este instante á vuestros pies, y quiere estarse aquí para siempre. Animad, y fortificad Vos mismo la gratitud de que en este momento estoy penetrado, y hacedla estable, y permanente, para que continuamente pueda sacar de ella un nuevo esfuerzo para caminar por las sendas de la Justicia. Amen.

* Act. c. VIII, v. XIV, XV.

MEDITACION CCVIII.

DISCURSO DE JESUCRISTO CON LOS JUDIOS DE JERUSALEN EN UN DIA DE LA FIESTA DE LA DEDICACION.

S. Juan, c. X, v. xxii, xxx.

Primero, Jesucristo les reprende su incredulidad. Segundo, les habla de sus ovejas. Tercero, de sus misterios.

PUNTO PRIMERO.

De la incredulidad de los Judíos.

Lo primero. *De la incredulidad hipócrita.* — « Y se hacia en Jerusalen la fiesta de la dedicacion, y era invierno. Y Jesus caminaba por el Templo en el pórtico de Salomon. Y los Judíos lo cercaron.... « Cuando llegó el Salvador á Jerusalen, se celebraba la fiesta de la renovacion de la dedicacion del Templo, instituida por Judas Macabeo *. Esta fiesta se celebraba con octava, como las tres grandes solemnidades prescriptas por la Ley. Esta caia en el in-

* I. Macab. c. IV, v. LVI, LIX.

vierno, y comenzaba segun nuestra manera de contar hácia el fin de Diciembre, cerca de dos meses despues de la fiesta de los tabernáculos. Estaba ya el Salvador al fin del año treinta y dos de su edad, y bien presto iba á empezar el treinta y tres, que debia ser el último de su vida mortal. Si en el curso de esta fiesta, no dió Jesucristo motivo de admiracion á los ojos de los Judíos con alguna de sus maravillas con que habia siempre señalado su demora en la capital, se puede decir que ya en ella se habia hecho anunciar con diez milagros visibles en la persona de diez leprosos que habia enviado á los Sacerdotes : compareció en el Templo bien temprano por la mañana, y como segun la estacion hacia frio, se paseaba en el pórtico de Salomon, esperando que la Asamblea se juntase. Era este un grande atrio á que se habia dado el nombre del primer fundador del Templo. Apenas tuvieron noticia de la llegada de Jesus, se dieron priesa para venir á encontrarlo, y en poco tiempo se halló cercado de una grande multitud de oyentes. Los principales de los Judíos, y sus mortales enemigos, hallándose mas cercanos á él dieron principio á la conferencia... « Y le decian, ¿hasta cuándo tendras tú en suspension nuestros ánimos? Si tú eres Cristo dínoslo abiertamente... » ¿Quién no creeria al oir estos Hipócritas que se hallaban en las mas favorables disposiciones para con Jesucristo, y que injustamente se les negaba la declaracion que pedian, y que parecia tan justa y racional? Pero Je-

sus conocia el fondo de sus corazones, y su mala fe.—Así tambien nosotros debemos hacer poco caso de los lamentos de los Impíos y de los Hereges, cuando nos dicen que ellos piden solamente una prueba decisiva, una explicacion clara y precisa; una decision auténtica de la Iglesia para sujetarse. ¡Miserable artificio! No es la claridad, la precision, la evidencia, las luces, las que faltan; lo que falta es la humildad, la docilidad y la buena fe que ellos echan á un lado. ¡Ah! adquiramos estas virtudes, tengamos los ojos de la fe, y veremos la luz, y no haremos ya mas pregunta alguna.

Lo segundo. *Incredulidad obstinada.* — « Les respondió Jesus, os los digo y no creeis : las obras que yo hago en el nombre de mi Padre, estas dan testimonio de mí... » ¡Qué testimonio! ¡Y qué obstinacion se requeria para resistirte! Obstinacion que camina al mismo paso que la de los incrédulos de nuestros dias. Todo habla, y ellos no creen : la historia, los monumentos, los siglos, la Iglesia, los pastores, los pueblos, el universo habla, y ellos nada quieren entender, no quieren creer.

Lo tercero. *Incredulidad orgullosa.* — Añadió el Salvador. « Pero vosotros no creeis porque no sois del número de mis ovejas..... » En estas dos palabras se hallan el origen, y el castigo de la incredulidad. El orgullo, aquel vicio tan opuesto á la dulzura y á la docilidad de las ovejas : el orgullo hace que no seamos ovejas dóciles : he aquí el origen de la incredulidad, y la incredulidad hace que seamos

separados del número de las ovejas, he aquí el castigo. En vano el Judío reconoce á Moises, el Deista á Dios, el Herege á Jesucristo: en vano el impío lleva el hombre que recibió en el Bautismo: en vano el Herege se hace una Iglesia, ó se la figura en su idea, para unirse á ella: desde que salio de la Iglesia de Jesucristo, ó no tiene su fe, y no tendrá jamas parte en su Reino.

PUNTO II.

De las ovejas de Jesucristo.

Lo primero. *Su docilidad.* — « Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y me siguen... » Docilidad de espíritu: *escuchan su voz.* La escuchan en la leccion, en la meditacion de la Escritura, en la predicacion de la divina palabra. La escuchan en la enseñanza, y en las decisiones de la Iglesia, la escuchan en lo interior de sus almas, en el tiempo de la oracion, y de un profundo recogimiento. — *Docilidad de corazon.* Lo siguen en sus preceptos, en sus consejos, en sus sentimientos.— *Docilidad de accion.* Lo siguen en la oracion, en las obras del celo y de la caridad. Lo siguen al Templo, al desierto, en el retiro, en la soledad. Lo siguen el estado de la vida á que los llama, y en el cumplimiento de todas las obligaciones del estado de vida que han abrazado. Finalmente, lo siguen

al Calvario sobre la Cruz, y hasta en el sepulcro. ¡Almas afortunadas! Lo siguen finalmente en el Cielo y en la eternidad.

Lo segundo. *Su felicidad sobre la tierra.* — Jesus las conoce... « Y yo las conozco.... » Jesus conoce tambien aquellos que no quieren ser suyos; pero el conocimiento, que él tiene de sus ovejas, es un conocimiento de amor, de proteccion, de direccion. Él las ama, las distingue en medio del mundo, y entre las mas numerosas Asambleas. Las proteje, las defiende, las sostiene, y hace que se conviertan en provecho suyo, y sirvan á su perfeccion todos los acaecimientos. Las dirige, las guia, las inspira, y las hace conocer, cuanto es necesario, el camino que deben llevar, y el partido que han de seguir. Ovejillas afortunadas, conocidas de Jesucristo, vuestra suerte es bien digna de envidia. ¡Ah! procuremos ser ovejas dóciles, y seremos ovejas conocidas y amadas de Jesucristo.

Lo tercero. *Su recompensa en el Cielo.* — « Y yo les doy vida eterna, y no perecerán eternamente... » ¡O vida eterna! ¿Harás tú siempre una impresion debil sobre nuestros corazones? ¡Entrar en posesion de una vida eterna, huir los suplicios de una muerte eterna! A esta palabra no deberiamos jamas hallar alguna dificultad. Ambicion, placeres, intereses, envidia, odio, amor, regocijo, libertad, disipacion, todo debe ceder á esta grande palabra, *vivir eternamente*, *no perecer eternamente*. Puesto entre estos dos puntos, seguro de vivir, ó de padecer

eternamente, me arrojo á vuestros pies, o Divino Jesus, como la mas humilde y la mas docil de vuestras ovejas. ¡Salvadme, o Salvador mio! dadme la vida eterna, y no permitais jamas que caiga en la muerte eterna... Perdonadme mis pecados, mis pasados desvaríos, desvaríos tanto mayores, cuanto mas frecuentes. ¡Ah! Quiero comenzar en este dia á seros fiel. Os hago aquí la promesa solemne; concededme vuestra gracia para cumplirla.

PUNTO III.

De los misterios de Jesucristo.

Continuando Jesucristo su discurso, se explica de tal manera que declara, y nos hace advertir misterios que declaran la predicacion de los Apóstoles, y la fe de la Iglesia.

Primero. *Misterio de una potencia infinita.* — « Y ninguno las arrebatará de mi mano... » Las ovejas de Jesucristo, las almas fieles que creen en él, que observan su Ley, que tienen su fe, su gracia y su amor, estan en su mano, y ninguno ni hombre, ni demonio, por violencia ó por artificio, puede contra su voluntad quitárselas. Ninguna otra cosa tienen que temer, que á sí mismas, su propio corazon y su libertad. Pero cuando habrán perseverado hasta el fin, cuando la muerte habrá puesto el sello á su fidelidad, y no se tratará de otra cosa que

de su recompensa, libres entonces de todo peligro y de todo temor, reposarán entre las manos de su Salvador, y no podrá sacarlas de allí potencia alguna. ¡O qué felicidad! Pero comprendamos bien la razon que da Jesucristo de esto, y que sirve para descubrirnos otros muchos misterios capaces de arrebatarnos de admiracion, y de llevar tras sí todos nuestros pensamientos.

Segundo. *Misterios de la Encarnacion y de la Redencion.*— « Lo que el Padre me ha dado á mí, sobrepuja todas las cosas... » Una alma que cree en Jesucristo que es fiel á su Ley, y que persevera en su fidelidad; es un don que el Padre da al Hijo, porque esta alma cree, es fiel, y persevera solo por la gracia del Padre, merecida por el Hijo, merecida con las humillaciones, con los tormentos, y con la muerte del Hijo, y con todo lo que el Hijo ha padecido en su humanidad: ahora este don es mas grande que cualquiera otra cosa, sobrepuja todas las cosas, y es fuera de toda expectacion. ¿Quién le disputará al Hijo de Dios lo que Dios su Padre le ha dado?... ¡Almas bienaventuradas, cuán grande es vuestra gloria, cuán segura vuestra felicidad! ¿Qué es lo que yo no debo hacer para merecerme una tal ventura ¿O Dios, Criador mio, Padre mio, Vos ya me habeis dado á vuestro Hijo, para creer en él, cumplid, o Señor, vuestra obra, concededme la gracia de ser fiel á su Ley, y de perseverar en ella hasta la muerte; de ser del número de aquellos, que Vos le dais para reinar eternamente con

él. ¡Ay de mí! ¿tendré yo la desgracia de echarme fuera de una suerte tan gloriosa, y tan afortunada para entrar en otra? ¿Y á quién me daré yo? ¿Al demonio, que solo quiere mi perdicion? ¿Al mundo que perecerá? ¿A la carne, que caerá en la podredumbre y en el polvo? ¡Ah! A Vos me doy, o Dios mio, dadme á mi Salvador, yo á él me doy y á Vos, por el tiempo y por la eternidad.

Tercero. *Misterio de la consustancialidad y de la Trinidad.* — « Aquello que el Padre me ha dado á mí, sobrepuja á toda otra cosa, y ninguno puede arrebatarlo de la mano de mi Padre... » Permitid Señor, que yo os pida la explicacion de estas palabras... Vos habeis dicho poco antes, que ninguno sacará vuestras ovejas de vuestras manos, y aquí Vos decís que vuestro Padre os la ha dado, y que ninguno puede arrebatarlas de sus manos. Parece que habríais debido decir y repetir, que ninguno puede arrebatarlas de vuestras manos, entre las cuales han estado presentadas en don, que de ellas os ha hecho vuestro Padre. ¿Por qué decís Vos, pues, que ninguno las arrebatará de las manos de vuestro Padre...? Escucha alma mia, escucha con espanto, y con respeto las palabras de tu Salvador... « Yo, y el Padre somos una cosa sola... » ¡O abismo de profundidad! ¡O magestad adorable y terrible! Delante de Vos me reduzco á nada, mi espíritu se confunde, mis sentidos se turban, y cae en deliquio mi corazon. Animad vuestra criatura, o Dios mio, para que pueda contemplar en la

luz de la fe, la magestad de vuestro Ser. He aquí, pues, dos personas bien distintas, el Padre y el Hijo, el Padre que da á su Hijo, y el Hijo que recibe de su Padre. Y estas dos personas son un mismo ser, una misma naturaleza, una misma sustancia, una misma divinidad, una misma potencia, una misma esencia, un mismo Dios. ¡O Dios de magestad, qué gloria habitais Vos! ¿Y quién podrá contemplar su esplendor? ¿Pero comprendemos nosotros cómo, y cuánto participamos de estos profundos misterios? ¿Es pues cierto, que nosotros, hombres frágiles, y miserables criaturas sobre la tierra, hemos sido rescatados con la Sangre, y con la muerte de un Dios, que hemos sido santificados por la infusion del Espíritu Santo, que es la tercera persona de la adorable Trinidad, y en todo igual á las otras dos? ¿Es posible, que nosotros hayamos de ser en el Cielo el don, que Dios Padre hará á su Hijo, que Dios Hijo recibirá de su Padre, y que las tres divinas personas se harán gloria de poseer, sin que alguno pueda arrebatárselo?

Peticion y Coloquio.

¡A qué suerte feliz, o Dios mio, estoy yo destinado! Haced, o Señor, que en adelante conciba solo sentimientos dignos de una tal nobleza, y que esté siempre pronto á hacerlo todo, á sufrirlo todo, para llegar á un tan glorioso destino. Amen.

MEDITACION CCIX.

FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO CON LOS JUDIOS DE JERUSALEN EN UN DIA DE LA FIESTA DE LA DEDICACION.

S. Juan, cap. X, vers. XXXI, XXXIX.

Observemos primero, cómo calma Jesus el tumulto de los Judíos. Segundo, cómo se justifica en orden á la blasfemia que se le imputa. Tercero, cómo prueba y confirma todo lo que ha dicho.

PUNTO PRIMERO.

Jesus calma el tumulto de los Judíos.

Primero. *Furor de los Judíos.*— « Y echaron mano los Judíos á las piedras para apedrearlo... He aquí, pues, la buena fe de aquellos hombres, que no pedian otra cosa sino que el Señor no los dejase suspensos, y dudosos; y que les hablase claro. Apenas ha empezado á explicarse, se arman de piedras y no desean otra cosa que sangre... Se han visto en todos los siglos, tener los Hereges el mismo lenguage, y la misma conducta.. Sus cabezas han comenzado, con protestar, que ellos sometian todos

sus sentimientos y todas sus expresiones al juicio de la santa sede. ¿ Ha dado la santa sede alguna señal de reprobacion, algun breve de condenacion? Helos aquí ya irritados, reclamar, y pedir un decreto en la forma mas auténtica. Si se publica el decreto; helos aquí armados, desenfrenados, y con mayor furor, y pedir un concilio. ¿Ha decidido el concilio? Ya no toman medidas algunas. Las guerras, las persecuciones mas sangrientas son el fruto. Para no hablar de otras heregías, y atenernos á la que es á nuestro propósito, como la que ha negado la divinidad de Jesucristo. ¿El arrianismo cómo ha tratado al primer concilio ecuménico? ¿Cómo ha recibido el término de *consustancialidad*, tan propio para explicar claramente la fe Católica? ¿Cuántos artificios, cuántas mentiras, cuántas calumnias no se han empleado para eludir la decision del concilio? ¿ Y finalmente cuántos rios de sangre no ha hecho correr la heregía, por destruir esta verdad.

Segundo. *Dulzura y tranquilidad de Jesus.* — Ya se habian puesto otra vez los Judíos en movimiento para apedrearlo, * pero él se escondió, y de esta manera se huyó de sus manos. Despues de lo que poco ha habia dicho en orden á su poder, ¿no era por ventura conveniente que hiciese otro tanto en esta ocasion? Les hizo, pues, ver aquí, que él no temia su furor, y que era el Señor de todos los sucesos. Se contentó con decirles tranquilamente,

* S. Juan, c. VIII, v. LIX.

y con dulzura... « Jesus les respondió muchas buenas obras os he hecho ver por virtud de mi Padre. ¿Por cuál de estas obras me apedreais...? » ¿Vosotros os armais contra mí; estais sedientos de mi sangre? ¿Cuál es, pues, el motivo de tanto furor? ¿He hecho á vuestra vista obras admirables. Las he hecho para vuestro bien, y en vuestro provecho; las he hecho en el nombre, y en virtud de mi Padre? ¿Cuál, pues, de estas obras de poder, ó de misericordia, enciende vuestro odio? ¿Acaso la sanidad del Paralítico de treinta y ocho años: ó la del ciego de su nacimiento, excita vuestra indignacion? ¿Me quereis acaso apedrear por estas obras milagrosas, ó por tantas otras, que he obrado en vuestra presencia...? Apliquémonos estas palabras en el tiempo de la tentacion, ó en la ocasion de pecar... Alma mia, desde que Dios te ha puesto en el mundo, no ha cesado de colmarte de bienes, y te promete aun otros mayores en el otro? ¿Por cuál de estos beneficios quieres tú ofenderlo? ¡O Dios mio; cuán inexcusables me parecen mis pecados, cuando los comparo con vuestro amor, y con vuestros beneficios!

Tercero. *Acusacion de los Judíos.* — « Le respondieron los Judíos, y dijeron; No te apedreamos por una obra buena; sino por la blasfemia, y porque siendo tú hombre te haces el mismo Dios... » Habia en esta acusacion una contradiccion manifiesta. Las obras de que se trataba siendo obras milagrosas, y una interrupcion del curso de la na-

turaleza, era contradiccion que este hombre, que las hacia en nombre de Dios su Padre, pudiese blasfemar; y cuando haciéndolas aseguraba que bien que fuese hombre, era no obstante Hijo de Dios, una misma cosa con Dios, y Dios el mismo, era un oráculo que convenia adorar, y que no podia en tales circunstancias ser mirado como una blasfemia... ¿Hay acaso menos de contradiccion en la acusacion, que ciertos Cristianos se atreven á intentar contra la Iglesia, la Esposa de Jesucristo, cuando despues de haberle Jesucristo prometido su infalibilidad hasta la fin de los siglos, se atreven á acusarla de supersticion, y de idolatría y á imputarle que condenar, y persigue la verdad, y que blasfema contra el amor de Dios, contra su Omnipotencia, y contra su gracia? ¡Ah! Señor son vuestros enemigos, los que blasfeman contra Dios, blasfemando de esta manera contra Vos, y contra vuestra Iglesia! ¡O qué consolacion, ó que fuerza deben encontrar en Vos, los que por su adhesion á vuestra Iglesia, son acusados de blasfemia, viendo que Vos mismo habeis sido acusado de ella!

PUNTO II.

Jesus se justifica de la blasfemia que le viene imputada.

Lo primero. *Jesucristo se justifica con un argumento de paridad.* — « Les respondió Jesus, no

está escrito en vuestra ley, yo dije; vosotros sois Dioses... » Llamándoles á la memoria, que hay hombres que Dios mismo llama dioses en la Escritura *, y hijos del Altísimo, les hace bien conocer, que no conviene por tanto escandalizarse tan presto de esta denominacion, sin haber examinado primero, quién es el que se la atribuye. Ninguna cosa habia mas propia para sosegar los espíritus que este paso. Por eso el pueblo continuó á escucharlo sin interrumpirle, y el Salvador se aprovechó de su atencion, para instruirnos, y revelarnos los sublimes misterios de su divinidad.

Lo segundo. *Jesucristo se justifica con un argumento de menor á mayor.* — « Sí llamó Dioses á aquellos á quienes Dios habló, y la Escritura no puede faltar. Yo á quien el Padre ha santificado, y enviado al mundo, vosotros decís, que blasfemo, porque he dicho soy Hijo de Dios?... » El Salvador indica aquí dos diferencias que se hallan entre él, y los hombres á quienes la Escritura llama Dioses. La primera que ellos son jueces, á quienes Dios endereza la palabra, para reprenderles su poca rectitud, y la iniquidad de sus juicios; y él es aquel que el Padre ha santificado. Los Judíos no podian entender como nosotros, toda la fuerza de esta palabra. El Padre ha santificado al Hijo, porque lo ha engendrado eternamente en la plenitud de su Santidad, porque ha ungido su sagrada humanidad con la

* Psalm LXXXI, v. vi.

uncion de la divinidad misma, uniéndolo en unidad de Persona con el Verbo Eterno, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad; y en consecuencia de esta divina union ha puesto en ella los tesoros de la ciencia, de la sabiduraría, y de la gracia, y sobre ella ha hecho reposar su Espíritu Santo. Pero lo que veian los Judíos era á lo menos una vida santa, é irreprensible; una vida de prodigios, y de milagros inauditos... La segunda diferencia consiste en esto, que estos hombres eran Jueces, á los cuales se habia enderezado la palabra de Dios, para constituirlos jueces, enviándolos con esta calidad á su pueblo; y Jesus es aquel que ha enviado el Padre al mundo. Expresion única, y que no conviene á algun otro hombre, que á Jesucristo, porque él no es otra cosa que el Verbo Encarnado hecho hombre. Esta expresion supone que él existia antes de ser concebido en el seno de la Virgen, segun que el mismo Jesucristo habia dicho *, cuando los Judíos quisieron apedrearlo la primera vez... « Antes que fuese hecho Abrahan, yo soy... » Dios ha criado, y puesto en el mundo á todos nosotros, lo que supone que nosotros no éramos antes : al contrario para ser enviado conviene existir ya. De aquí ha escogido Dios entre nosotros aquellos hombres, que habia criado, y los ha enviado á este ó al otro pueblo para el tal, y el tal ministerio. Pero solo Jesucristo es el que ha

* S. Juan, c. VIII, v. LIX.

sido enviado á este mundo para rescatarlo, y santificarlo... ¡Os adoro, o Santo de los Santos, o Salvador adorable! Me alegro de lo que sois, doy gracias á Dios vuestro Padre, por haberos enviado, y á Vos, o Señor, por haber venido á nosotros con tanto amor, con tanta bondad, y con tanta misericordia.

Lo tercero. *Jesucristo se justifica con una tierna reprension.* — « Vosotros decís; tú blasfemas, porque he dicho soy Hijo de Dios... » Como si dijese: ¿Quién es, pues, el que me acusa, de blasfemia? Sois vosotros, vosotros digo, instruidos de la ley y de los Profetas, vosotros advertidos de la venida del Mesías y del tiempo en que debe comparecer; vosotros que sabeis que él debe ser *vuestro Dios con vosotros**. Vosotros que actualmente lo esperais; vosotros que habeis visto mis obras, y habeis gozado de mis beneficios; vosotros sois aquellos, que me decís que he blasfemado, porque he dicho que soy Hijo de Dios...? Despues de esta divina Apología, acompañada de una tierna reprension, debian por cierto las piedras caerse de las manos de los Judíos, manifestarse la confusion sobre sus frentes y penetrar el arrepentimiento sus corazones, pero si estos hombres endurecidos no os hacen justicia, permitidme, o Señor y Salvador mio, que yo me empeñe en daros una condigna recompensa con mis respetos, y con mi amor. ¿Es posible, o Dios

* Manuel.

de la Santidad, que los hombres os traten de blasfemo en el tiempo mismo que vos les descubrís los misterios de vuestra divinidad, para hacerlos participantes de ella? ¡Ah! ¿No es esto puntualmente lo que debe hacer nuestra gloria; y nuestra felicidad, tener un tal Salvador? ¿No es vuestra Divinidad el origen de nuestra consolacion, y el fundamento de toda nuestra esperanza? ¡Y Vos, o Señor; Vos escuchais con paciencia estas blasfemias que podeis castigar en un momento! ¡Vos os dignais de respondernos con dulzura, y en vez de disgustaros de nosotros y de abandonarnos, tomais siempre ocasion para mas intruirnos, y revelarnos vuestros mas profundos misterios! Qué misericordia!

PUNTO III.

Jesus prueba y confirma todo lo que habia dicho.

Primero. *Lo prueba con sus obras.*—« Si no hago las obras de mi Padre, no me creais; pero si las hago, cuando no querais creerme á mí, creed á las obras .. » Prueba decisiva. Milagros acompañados de todos los caracteres de la verdad, son el lenguage de Dios mismo, á que ningun hombre racional puede contradecir. — Prueba adaptada á la inteligencia de todo el mundo. El chico como el grande, el ignorante como el sabio, sienten su fuerza y se rinden á ella. — Prueba general que lo

prueba todo y nada deja indeciso, y ya no permite examinar otro punto, ni contradecirle. — Prueba incontrastable, porque consiste en hechos de suma importancia. Ahora estos hechos, si hubiesen sido falsos, no hubieran sido creidos por los primeros que hubieran sido testigos de su falsedad; mucho menos de las edades futuras, ni jamas hubieran llegado hasta nosotros, como verdaderos; sino á lo mas, como fábulas, ó imposturas, ni jamas hubiera habido en el mundo cristianismo. — Prueba inimitable. Por compendiosa y eficaz que sea esta prueba, ningun engañador, ningun entusiasta, se ha atrevido jamas á emplearla, para favorecer á su error; ninguno jamas ha tenido la audacia de decir « cuando no querais creerme á mí, creed á las obras... » Este lenguage divino estaba reservado al Hijo de Dios, y á los que obren en su nombre. Si alguno hubiese querido tentar este camino, no se hubiera llevado tras sí otra cosa que el desprecio. ¿Por qué? Porque consistiendo esta prueba en hechos públicos, no hubieran podido los hechos fingidos y supuestos obtener del público una fe general y durable. Ahora justamente, sobre esta prueba sólida, á que se unen otras muchas, está apoyado, como sobre un inmoble fundamento, el edificio de nuestra fe, que ninguna cosa de este mundo echará jamas por tierra, ni podrá conmover.

Segundo. *Jesucristo confirma todo lo que ha dicho, repitiéndolo.*—« Creed á los obras, para que conozcais y creais que el Padre está en mí, y yo en el

Padre... » Esto es lo que el Salvador habia dicho al principio, con aquellas palabras... « Yo, y el Padre somos una cosa sola... » No ha vuelto á tomar esta palabra, para modificarla, ó alterar lo que habia dicho, ni para rebatir como una calumnia, lo que se decia, esto es, que él se hacia Dios, vuelve bien sí, á tomarla, para insinuarles esta verdad, para persuadírsela con dulzura, y para confirmarla con expresiones aun mas fuertes. Las tres Personas de la Santísima Trinidad, bien que diferentes y realmente distintas entre sí, estan, no obstante la una en la otra, porque igualmente subsisten todas tres en la misma naturaleza, en la misma esencia, en la misma Divinidad, de manera que cada una de ellas es Dios y todas tres no son sino un Dios. He aquí la profundidad del Ser de Dios y la Magestad de nuestro Redentor. He aquí lo que debemos reconocer en orden á este grande misterio, lo que no podemos comprender; pero que debemos creer. He aquí lo que debe anonadarnos delante de nuestro Dios, arrebatarnos de admiracion, penetrarnos de reconocimiento y de amor y unirnos inviolablemente á Jesucristo nuestro Divino Salvador, nuestro Mediador y nuestro Dios.

Tercero. *Conclusion de este coloquio.* — « Intentaban por tanto prenderlo; pero él salió de sus manos... » El pueblo se estuvo en silencio. Muchos de cierto, debieron quedar sorprendidos de admiracion. Los de Jerusalen que creian en él, y eran sus discípulos secretos, quedaron consolados y

fortificados; pero las cabezas del pueblo, los Magistrados, los Sacerdotes, los Escribas y los Fariseos, no pudiendo dar alguna respuesta, ni pudiendo negar los hechos, quedaron mayormente enfurecidos. Abandonándose á los excesos del odio y de la envidia; y no atreviéndose á hacer en público alguna tentativa, determinaron prenderlo y condenarlo, segun todas las formas de un juicio regular: buscaron para esto la ocasion; pero Jesus se salvó todavía de sus manos, salió por la última vez de Jerusalen y para no volver ya mas, sino cuando vendria á entregarse al furor de sus enemigos, á ejecutar las órdenes de su Padre, y cumplir la obra de nuestra redencion. ¡Qué ceguedad en estos hombres! ¡Qué desventura para este pueblo, haber tenido tales cabezas, tales guias! Pero qué infelicidad tambien en este pueblo, haberse dejado engañar, contra sus propias luces, y contra los remordimientos de su conciencia, de los principales, cuya pasion, odio, é injusticia eran tan manifiestas.

Peticion y coloquio.

Gran Dios, ¡cuán profundos son vuestros caminos, é impenetrables vuestros secretos! ¡Preservadme de la ceguedad de estos indóciles Judíos! Admirable Sabiduría de mi Dios, Vos no habeis querido obligarme á creer misterios superiores á la

razon, sin haber hecho primero obras superiores á la naturaleza para confirmármelos. ¡Ah! Quiero vivir y morir en la fe práctica de esta santa y adorable religion que Vos me habeis revelado. Amen.

MEDITACION CCX.

JESUS DEJA A JERUSALEN, Y SE RETIRA A LA OTRA PARTE DEL JORDAN.

S. Marc. c. X, v. 1.—S. Juan, c. X, v. XL, XLII.—S. Mat. c. XIX, v. 1, 11.

Observemos primero, el lugar donde Jesus se retira. Segundo, las ocupaciones de Jesus en el lugar de su retiro. Tercero, el razonamiento que hace el pueblo sobre la persona de Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Del lugar donde Jesus se retira.

« Y partiéndose se fué hácia los confines de la Judea á la otra parte del Jordan... á aquel lugar, donde Juan habia dado principio á bautizar y allí se detuvo... » S. Mateo y S. Marcos dicen que « Jesus se partió de la Galilea y fué hácia los confines de la Judea, á la otra parte del Jordan... » Esto es ciertamente verdad; pero no se debe concluir que el retiro de Jesus á la otra parte del Jordan, se haya seguido inmediatamente á su partida

de la Galilea. Entre estos dos acontecimientos, ocurrieron otras muchas cosas que cuentan S. Juan, y que ya hemos explicado *. El Salvador, pues, inmediatamente despues de su salida de Jerusalen, se retiró á la otra parte del Jordan, como dice S. Juan, para echarse fuera de las pesquisas de los Judíos, sobre la ribera occidental de este rio, donde se detuvo cerca de tres meses. Habia ya comparecido en estas partes, cuando el precursor lo habia mostrado á sus discípulos, como el Cordero de Dios **, despues de haber dado testimonio de él delante del pueblo, y á los diputados de la Sinagoga. Aquí justamente habia empezado el Divino Salvador á juntar discípulos, de los cuales los primeros fueron Pedro, Andres, Felipe y Natanael***. Aquí finalmente Juan Bautista mismo, echado por los Escribas, de los primeros desiertos que habia santificado con sus predicaciones **** se habia retirado, para bautizar, é instruir antes de ser obligado á huirse hasta la Galilea para evitar nuevas persecuciones *****. Observemos por tanto las particulares circunstancias de este lugar.

Lo primero. *El lugar donde se retiró el Salvador, fue un lugar de soledad y de penitencia.* — Aquí tambien nos debemos nosotros retirar con él, princi-

* Med. CL, hasta la presente.

** S. Juan, cap. I, v. XXIX.

*** S. Juan, c. I, v. XXXVIII, XLVII.

**** S. Math. c. III, v. XIII.

***** S. Juan, c. III, v. III.

palmente en el tiempo de afliccion y de persecucion.

Lo segundo. *El lugar donde se retiró el Salvador, fue un lugar de bautismo y de consagracion*, para enseñarnos á revolver muchas veces en nuestra memoria, las obligaciones contraidas en nuestro bautismo y en nuestra vocacion; las obligaciones de nuestro estado y los sentimientos del primer fervor.

Lo tercero. *El lugar donde se retiró el Salvador, fue un lugar de testimonio y de verdad.* — Aquel que hallándose perseguido por la verdad se refugia, no en el centro de la unidad católica, sino entre los hereges y cismáticos, apetece su amistad y su proteccion y de ellos viene acogido como amigo y confederado, contradice á sí mismo, hace traicion á su causa, y manifiesta su error.

PUNTO II.

De las ocupaciones de Jesucristo en el lugar de su retiro.

Lo primero. *Jesus enseñaba.* — « Y se juntaron de nuevo al rededor de él las turbas... » No obstante la furia, casi general de los Sacerdotes del Santuario, y la violencia declarada de los cabezas de la República, luego que Jesus se mostró sobre los confines de la Judea á la otra parte del Jordan, los habitadores mismos de Jerusalen, que se ha-

bian unido constantemente á él, ganados de sus instrucciones y de sus milagros: y un grandísimo número de prosélitos esparcidos acá y allá, de los que la mayor parte habian sido discípulos de su Precursor, vinieron á encontrarlo, y él los confirmaba en la fe, y los instruia... Vamos tambien nosotros á este Divino Salvador. Le hallaremos en la soledad, en la oracion, y en el recogimiento: roguémosle que nos instruya, que nos ilumine, que nos haga gustar sus divinos misterios, y sus santas máximas, y no nos desechará.

Lo segundo. *Jesus sanaba los enfermos.* — « Y lo seguian muchas turbas, y los sanó allí... » Muchos enfermos corrieron á buscarlo, ó se hicieron llevar á sus pies, para ser libertados de sus males, y los sanó.. Sigamos nosotros tambien con confianza á este Divino Salvador: expongámosle nuestras enfermedades, y los achaques de nuestra alma, despues de haber adquirido un perfecto conocimiento de ellos: tengamos un verdadero deseo de sanar de ellos, y él los sanará.

Lo tercero. *Jesus hace todo esto.* — « Como lo solia hacer... » Así como por todas partes en sus trabajos tenia el mismo fin: esto es, de preparar el Pueblo de Israel al establecimiento del Reino de Dios; por todas partes tambien observaba el mismo método, y jamas se veia diversidad en sus ejercicios... Imitemos á nuestro Salvador. En cualquier parte donde vayamos; en cualquier lugar que la Providencia nos coloque, con cualquiera persona

que hayamos de tratar, adoptemos esta buena costumbre; esta nos siga en todo lugar; esto es, de instruir segun nuestro estado; de edificar, de hablar de Dios, de dar buenos consejos; de inducir al bien y á la virtud; de consolar los afligidos, de visitar y aliviar á los enfermos; sin que la persecucion de los hombres, su malicia, su ingratitud, el poco fruto que recojamos de nuestras penas, nos hagan jamas aflojar en la práctica de estas buenas obras. ¡Pero ay de mí! ¿No tenemos nosotros por ventura una costumbre del todo contraria? No somos acaso de aquellos que en todos los lugares escandalizan, que se estan ociosos, y son inútiles en todas partes, ó que al mas mínimo disgusto recibido, lo abandonan todo, ó todo lo hacen con disgusto y negligencia? ¡Ah! ¿Ignoramos nosotros, por ventura, que servimos á un Dios, y que de él solo debemos esperar nuestra recompensa?

PUNTO III.

Del razonamiento que hace el pueblo.

Cuando el pueblo se veia en libertad, y no estaba cercado de sus falsos doctores: entonces discurria sobre Jesus en una manera muy juiciosa. Aquí compara á Jesus con Juan Bautista, que él habia visto y oido en este mismo lugar. Sobre esto hace dos reflexiones juiciosísimas; observa dos cosas, y de ellas saca una consecuencia justísima.

Primera Observacion: Que Juan Bautista no habia hecho algun milagro. — « Y volvieron muchos á él, y decian: Juan, en verdad, no hizo ningun milagro... » Esto es, Juan Bautista compareció con la mision ordinaria de los enviados de Dios; no ha hecho ni siquiera un milagro, y con todo eso nosotros no hemos dejado de creer á su palabra. La austeridad de su vida, el esplendor de sus virtudes, la fuerza y la sabiduría de sus discursos, nos lo han hecho mirar como un Profeta, han bastado para llevar á él todo el mundo, y para formar un gran número de discípulos. ¿Pero Jesus no tiene un mérito mucho mayor que Juan? su vida no parece tan austera ¿pero su santidad, con una vida comun en la apariencia no es aun mas luminosa? Los ejemplos de virtud que da en todos géneros son adaptados á la capacidad de un mayor número de personas, y se insinuan con mayor dulzura. Sus discursos al pueblo, y sus respuestas á los Fariseos, son de una sabiduría, y de una autoridad muy superior á la de la predicacion de Juan. Sobre todo, ejercita un poder absoluto sobre toda la naturaleza; obra todos los dias prodigios que no pueden venir de otra parte que de Dios. ¿Por qué, pues, tendremos nosotros dificultad de creer en él? ¿y podremos nosotros mismos, sin incurrir la tacha de necios, dispensarnos de esto?

Segunda Observacion: Que lo que Juan Bautista habia dicho de Jesus era verdad.— « Y todas las cosas que de este dijo Juan, eran verdaderas... »

Juan, continuaban ellos, Juan no se ha calificado jamas por aquel á quien nosotros debamos unirnos siempre: al contrario, no predicaba otra cosa, sino para anunciar á otro que vendria despues de él; que debia crecer, mientras que él seria disminuido; y que no era digno de desatar las cintas de sus zapatos... Juan mismo ha mostrado á Jesus, diciendo: veis allí el que os he anunciado. Juan ha anunciado á Jesus, como el Hijo de Dios, y este mismo Jesus dice ahora que es el Hijo de Dios, y hace sus obras. Por esto la reputacion de Jesucristo; el número de sus discípulos; la grandeza de sus milagros; y la persecucion misma que él experimenta de nuestros Príncipes y de nuestros Sacerdotes... todo esto se concilia y concuerda con el testimonio de Juan. ¿Despues de tantas pruebas, no seremos inexcusables, si no creyésemos en él?

Tercera. Conclusion de estas observaciones. — De estas reflexiones se infiere que un gran número creyó en Jesucristo y se vino á él: « y muchos creyeron en él... » Si los impíos, si los hereges quisieran cándidamente reflexionar sobre la historia de la Religion; sobre cuanto Dios ha obrado en el mundo y establecido sobre la tierra, para guiar los hombres, iluminarlos y llamarlos á sí, no tardarian de mudar partido y los veriamos, con suma consolacion nuestra, reunidos á la Iglesia de Jesucristo ¿Pero nosotros que creemos todas estas verdades y que reflexionamos sobre ellas; somos verdaderos discípulos de Jesucristo? ¿Cuál es nuestra

adhesion á él? ¿Cuál es la viveza de nuestra fe? ¿Cuál la fidelidad de nuestro amor? ¿Cuál nuestro ardor en observar su Ley? ¿Seremos, pues, siempre nosotros negligentes, tímidos, lánguidos en el servicio de un tan gran señor, que ha hecho todas las cosas por nosotros, y que nos promete todavía tan grandes recompensas?

Peticion y Coloquio.

¡O Dios mio, reconozco y detesto mis defectos, mi languidez y mi corbadía; de Vos mismo espero la sanidad de tantos males! ¡O Divino Salvador, o cordero de Dios, o esposo de mi alma, o fuente de gracia, o luz de los hombres, o Jesus, aumentad mi fe, mi confianza y mi amor; aumentad tambien mi reconocimiento! No os alejeis de mí como habeis hecho con los Judíos de Jerusalen, quiero ser vuestro discípulo fiel en vida y en muerte, para que despues de haber creido en Vos en el tiempo, os contemple y os posea en la gloria de la eternidad. Amen.

FIN DEL TOMO SÉPTIMO.

INDICE

DEL TEXTO EMPLEADO EN LAS MEDITACIONES DE ESTE SÉPTIMO TOMO.

(El asterico * indica el fin del capítulo.)

SAN MATEO.

Capitulos.	Versiculos.	Meditaciones.	Páginas.
XIX. —	I, II.	— CCX.	— 284

SAN MARCOS.

X. —	I.	— CCX.	— 284

SAN LUCAS.

XIV. —	I, XIV.	— CLXXXVIII.	— 66
—	XV, XXV.	— CLXXXIX.	— 77
—	XXIV, XXVII.	— CXC.	— 87
—	XXVIII, XXX.	— CXCI.	— 93
—	XXXI, XXXV *.	— CXCII.	— 104
XV. —	I, VII.	— CXCIII.	— 115
—	VIII, X.	— CXCIV.	— 123
—	XI, XIII.	— CXCV.	— 130

	—	XIV, XVI.	— CXCXI.	—	141
	—	XVII, XX.	— CXCVII.	—	151
	—	XX, XXIV.	— CXCVIII.	—	160
	—	XXV, XXXII *.	— CXCIX.	—	168
XVI.	—	I, IX.	— CC.	—	179
	—	X, XVIII.	— CCI.	—	193
	—	XIX, XXII.	— CCII.	—	202
	—	XXIII, XXVI.	— CCIII.	—	212
	—	XXVII, XXXI *.	— CCIV.	—	226
IX.	—	I, VI.	— CCV.	—	237
	—	VII, X.	— CCVI.	—	244
	—	XI, XIX.	— CCVII.	—	252

SAN JUAN.

IX.	—	I, XII.	— CLXXXI.	—	1
	—	XIII, XXXIV.	— CLXXXII.	—	12
	—	XXXV, XLI *.	— CXXXXIII.	—	24
X.	—	I, V.	— CLXXXIV.	—	34
	—	VI, X.	— CLXXXV.	—	43
	—	XI, XVIII.	— CLXXXVI.	—	49
	—	XIX, XXI.	— CLXXXVII.	—	59
	—	XXII, XXX.	— CCVIII	—	66
	—	XXXI, XXXIX.	— CCIX.	—	77
	—	XL, XLII.	— CCX.	—	87

INDICE

DE LAS MEDITACIONES DE ESTE SÉPTIMO TOMO.

Páginas.

MEDITACION CLXXXI. El ciego desde su nacimiento sanado por Jesucristo. 1

— CLXXXII. El ciego desde su nacimiento presentado á los Fariseos. 12

— CLXXXIII. El ciego desde su nacimiento instruido por Jesucristo. 24

— CLXXXIV. Ultimo discurso de Jesucristo en Jerusalen, despues de la Fiesta de los Tabernáculos, y despues de haber sanado al ciego. 34

— CLXXXV. Continuacion del discurso de Jesucristo, despues de haber sanado al ciego de nacimiento. 43

— CLXXXVI. Fin del discurso de Jesucristo, despues de haber sanado el ciego de nacimiento. 49

— CLXXXVII. Del cisma que nació entre los Judíos por el discurso precedente. 59

— CLXXXVIII. Jesus come en casa de un Fariseo, donde sana un hidrópico. 66

— CLXXXIX. Parábola de los convidados á un gran convite. 77

— CXC. Del verdadero discípulo de Jesucristo. 87

— CXCI. Parábola de la torre que se quiere edificar. 93

— CXCII. Parábola de un Rey en guerra contra otro. 104

— CXCIII. Bondad de Jesus para con los pecadores, justificada con tres Parábolas. Primera parábola de la oveja perdida. 115

— CXCIV. Segunda parábola, de la dracma encontrada. 123

Paginas.

— CXCV. Tercera parábola del Hijo Pródigo; necedad de su partida. 130

— CXCVI. Primera continuacion del Hijo Pródigo; desventura de su demora en un pais extraño. 141

— CXCVII. Segunda continuacion del Hijo Prodigo; la sabiduría de su retorno. 151

— CXCVIII. Tercera continuacion del Hijo Pródigo: los favores de su recibimiento. 160

— CXCIX Fin de la parábola del Hijo Pródigo: quejas del Hijo mayor. 168

— CC. Parábola del Administrador infiel, pero prudente. 179

— CCI. De algunas máximas del Salvador. 193

— CCII. El Rico avariento, y Lazáro: de la diferencia de su suerte. 202

— CCIII. Continuacion del Rico avariento y Lazaro: suplicios del Rico malvado. 212

— CIV. Fin del Rico avariento y de Lázaro; de la fe de la otra vida. 226

— CCV. De algunas instrucciones que el Salvador repite á sus discípulos. 237

— CCVI. Parábola del Siervo bueno que hace lo que debe. 244

— CCVII. Jesus yendo á Jerusalen para la fiesta de la dedicacion sana diez leprosos. 252

— CCVIII. Discurso de Jesucristo con los Judios de Jerusalen un dia de la fiesta de la dedicacion. 263

— CCIX. Fin del discurso de Jesucristo con los Judios de Jerusalen un dia de la fiesta de la dedicacion. 272

— CCX. Jesus saliendo de Jerusalen, se retira á la otra parte del Jordan. 284

FIN DE LOS INDICES.

248.3
D76
Duchesne
AUTHOR
Evangelio Meditado, El
TITLE
vol. 7